La astucia de la mujer
vale dos y
la astucia del hombre vale una,

y otros cuentos tunecinos de

Lela Ula

MOHAMED ABDELKEFI

MITÁFORAS, 17

MADRID, AGOSTO DE 2022

La astucia de la mujer
vale dos y
la astucia del hombre vale una,

y otros cuentos tunecinos de

Lela Ula

Grabación, transcripción, traducción
y explicación de Mohamed Abdelkefi

Edición de Mohamed Abdelkefi
y José Manuel Pedrosa

Epílogos de José Manuel Pedrosa
y Óscar Abenójar

Mitáforas, 17

Madrid, agosto de 2022

Mohamed Abdelkefi (nacido el 16 de junio de 1928) es un escritor, periodista, traductor, profesor y folclorista nacido en Túnez que vive desde hace más de cuarenta años en España y tiene la nacionalidad española. Es en la actualidad corresponsal del periódico Al-Arab de Londres y presidente del Club Internacional de Prensa. Entre sus obras cabe destacar la novela en árabe (publicada en Beirut en 1966) *Entre dos corazones*. Y los ensayos *España de la dictadura a la democracia* (1991, en árabe), *Los árabes ¿por qué?* (1991, en español) y *El decano del arabismo español Pedro Martínez Montávez* (2016, en árabe). En 2010 publicó en español un primer volumen de *Cuentos populares tunecinos narrados por Lela Ula*, que aparecería también en árabe, en Túnez, en 2012. En 2018 apareció otro volumen: *En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*. Y en 2021 uno más, *La montaña de abanicos y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*. Es autor de otros ensayos acerca de los refranes, las costumbres, las fiestas y las canciones tradicionales de Túnez y de **Libia.**

Lela Ula (1925-2015) fue una mujer tunecina, de la ciudad de Sfax, muy apreciada entre sus familiares y allegados por su calidad humana y por su extensísimo repertorio de cuentos tradicionales, que sabía transmitir, en el abrigo de su casa, con arte inimitable. Las reuniones en las que ella era el centro eran auténticas fiestas para quienes tuvieron el privilegio de concurrir a ellas. Nunca contó cuentos fuera de su casa. En sesiones que se desarrollaron entre 1970 y 1990 más o menos su voz fue grabada, en cintas de casete, por su amigo de la primera juventud Mohamed Abdelkefi, quien después pasó muchos años transcribiendo y traduciendo aquellos relatos. Hoy, los cuentos de Lela Ula constituyen un tesoro de las artes verbales de Túnez, de la tradición en lengua árabe en general y del mundo entero. Son muy pocos los repertorios personales documentados en ningún otro lugar que puedan compararse en calidad y variedad con los de esta prodigiosa Sherezade **moderna**

Queda permitida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, siempre que sea sin ánimo de lucro, y con la cita explícita y completa de estos créditos: "Mohamed Abdelkefi, *La astucia de la mujer vale dos y la astucia del hombre vale una, y otros cuentos tunecinos de Lela Ulá*", grabación, transcripción, traducción y explicación de Mohamed Abdelkefi, edición de Mohamed Abdelkefi y José Manuel Pedrosa, epílogos de José Manuel Pedrosa y Óscar Abenójar, Madrid: *Mitáforas*, 2022".

© Mohamed Abdelkefi 2022
© José Manuel Pedrosa 2022
© Óscar Abenójar 2022
© Mitáforas Editorial

Primera edición: Madrid, agosto de 2022

ISBN: 978-84-695-6369-4

ÍNDICE

LA LITERATURA ORAL DE TÚNEZ
QUE HA ACOMPAÑADO MI VIDA
POR MOHAMED ABDELKEFI
(9-31)

¿CÓMO EMPEZABA Y CÓMO TERMINABA
LELA ULA SUS CUENTOS?
POR MOHAMED ABDELKEFI
(32-36)

CUENTOS

EL JOVEN QUE LLEGÓ ADONDE HABÍA
LLEGADO SU PADRE EL SULTÁN
(38-62)

LOS DOS CAMINANTES
Y LOS CUATRO ENIGMAS
(63-65)

LA ASTUCIA DE LA MUJER VALE DOS Y LA
ASTUCIA DEL HOMBRE VALE UNA
(66-83)

EL SULTÁN QUE APRENDIÓ UN OFICIO
PARA PODER CASARSE
(84-94)

LA JOVEN HUÉRFANA Y LA SERPIENTE QUE LE DIO SU ORO
(95-107)

EL PADRASTRO JUDÍO, EL HUÉRFANO Y LA ESPOSA AHORRADORA
(108-120)

LA PRINCESA QUE DIJO NO AL PRETENDIENTE QUE HABÍA TOMADO UN GRANO DE GRANADA DEL SUELO
(121-130)

LA JOVEN QUE DIO UNA LECCIÓN A SU MARIDO AVARO
(131-150)

EL SULTÁN LOCO DE AMOR Y LA AMADA ASTUTA QUE LO SANÓ
(151-173)

EL JOVEN QUE HABÍA SIDO PROMETIDO A UNA VIEJA MALA Y ELUDIÓ SU DESTINO
(174-196)

LAS SIETE PROMESAS DE AICHA LA PODEROSA
(197-208)

EL SANTO *SIDI* BEN ARUS Y SU OFENSOR MUERTO POR UNA VÍBORA
(209-212)

LA CUCARACHITA Y EL RATONCITO
(213-218)

DOS EPÍLOGOS

LAS BODAS DE EDIPO Y LA ESFINGE, CON LA MUERTE DE CUCARACHITA POR RATONCITO (MÁS PARADOJAS DEL ARTE ORAL DE LELA ULA)
por José Manuel Pedrosa
(220-241)

EL CUENTO DE *EL SULTÁN LOCO DE AMOR Y LA AMADA ASTUTA QUE LO SANÓ*: UNA VERSIÓN CELESTINESCA DE *LA MUÑECA DE AZÚCAR* (ATU 879)
por Óscar Abenójar
(243-272)

La literatura oral de Túnez que ha acompañado mi vida

Mohamed Abdelkefi

Mi vida está siendo muy larga, muy viajera, llena de aventuras y con muchos momentos de felicidad. Nací el 16 de junio de 1928 en Sfax, Túnez, y veo con gozo la publicación de este libro en Aravaca, Madrid, España, cuando ya he cumplido noventa y cuatro años.

Nací arrullado por las canciones, los juegos y los cuentos de mi Túnez natal, y sigo trabajando cada día, en la España que me ha adoptado como hijo y a la que yo tengo por segunda madre, en la recuperación de los cuentos, las canciones y los juegos a cuyo ritmo ha transcurrido mi vida.

Mi amor por la literatura oral de mi país tiene mucho que ver con la nostalgia. He vivido más años de mi vida fuera que dentro de Túnez. Salí de mi país en el año 1955, exiliado por razones políticas, porque primero luché en la resistencia contra la ocupación francesa, que acabó en el año 1956, y después contra las dictaduras que sufrimos en las décadas de 1950 y 1960.

Viví en países diversos, además de en España; en Libia entre los años 1955 y 1972, aunque por aquellos años tuve estancias de varios meses e incluso de años en Egipto, Italia o Alemania. Mi oficio principal ha sido el de periodista especializado sobre todo en temas literarios, culturales y artísticos,

aunque en Libia también enseñé francés en colegios y liceos.

Llegué a España en el año 1974, con la intención tan solo de cubrir, como periodista, la agonía y la muerte del dictador Franco, sin saber todavía que este sería el país en el que me iba a enamorar, a casar, a integrarme como uno más… Y aunque llevo ya casi la mitad de mi larga vida en España, mantengo el vínculo con Túnez, con mi familia de allí y con el patrimonio cultural y la literatura oral de mi gente.

El poder poner punto final a la edición, en tres volúmenes, de los cuentos que empecé a grabar en cintas de casete, durante una estancia que hice en Túnez, en el año 1972, a Zohra Ali Elkefía, Lela Ula (1925-2015), la gran narradora de cuentos cuyo arte oral me había fascinado desde mi juventud, es casi cerrar un círculo para mí. Casi porque todavía estoy cerrando otros círculos, trabajando a diario y rematando otros libros y artículos sobre la literatura oral de mi país, que espero poder culminar en breve.

En cualquier caso, la voz de Lela Ula ha sido la más importante para mí, y ha estado siempre presente en mi vida y en mis recuerdos, desde mi juventud hasta hoy mismo, cuando me parece que todavía sigo escuchando su timbre.

Eso sin negar que junto a la voz de ella me han acompañado muchas otras voces muy notables. Porque la literatura oral es al mismo tiempo un arte personal, en el que

muy pocos destacan con excelencia, como fue el caso de Lela Ula; pero es también, al mismo tiempo, un arte de la comunidad, de todos y de cualquiera.

Hablar de la literatura oral de mi pequeño gran país, Túnez la verde, como lo llamaron los primeros árabes que entraron en lo que se había llamado Ifriqía o África (el nombre dado por los romanos a su provincia y consulado del norte del continente que había al sur) no es tarea fácil, y se complica mucho más cuando me piden que condense mi comprensión o mi experiencia de tan vasto legado en un breve preludio, como dirían los músicos, o en un breve prólogo, como dirían los literatos.

La literatura oral es un arte que han cultivado sobresalientemente los pueblos árabes desde tiempos perdidos hasta hoy; del mismo modo que lo han hecho todos los demás pueblos y países, por supuesto. Túnez no ha sido una excepción, y ha preservado la expresión literaria oral durante muchos siglos, a pesar de que a partir de ciertos momentos la voz tuvo que competir, en mi país y en todos, con la escritura y con la imprenta, y después con la radio, la televisión y los ordenadores. Es verdad que en las últimas décadas han entrado en declive muchos repertorios de nuestra literatura oral, y que ya no es fácil (puede que sea ya imposible) dar con transmisores-creadores de la calidad admirable que tenía la gran narradora Lela Ula. Pero la literatura oral se

mantiene, todavía, como parte muy importante de nuestra memoria y de nuestra identidad.

Como los demás jóvenes de mi generación, que surgió en un periodo que pudiera ser llamado de renacimiento para Túnez y para todo su entorno (de renacimiento porque luchamos y triunfamos para convertirnos en un país soberano), yo nací y crecí, ya lo he dicho, al son de la literatura oral. Y me interesé especialmente por ella porque siempre me interesaron la cultura y la historia de mi país, que, por haber sido una encrucijada de corrientes civilizatorias, fue acumulando desde hace tres mil años o más un variadísimo patrimonio de creencias, tradiciones, costumbres, leyendas, supersticiones, mitos, cuentos, poesías, refranes, cantos y danzas, que se expresaron en tiempos remotos en el idioma líbico, el cual se extendió por el conjunto del Magreb y dejó un sinfín de lenguas y dialectos tamazighes o bereberes, antes de que fuese implantado en el país el idioma árabe, con su variante dialectal tunecina y sus distintos acentos regionales.

Desde muy joven me sentí fascinado por el saber del pueblo, por la cultura popular. Recuerdo los cuentos de las abuelas de mi infancia y juventud, y en especial los de narradoras especialmente dotadas y benévolas, que además eran parientes o amigas; una era Lela Ula, otra era Ummi Siala. Ellas animaban las veladas familiares

que hacíamos alrededor de un buen té con pasteles, en especial en las largas noches invernales.

A Ummi Siala quisiera dedicarle un recuerdo en estas páginas. *Ummi* podría traducirse como "mi madre", y en Túnez y en otros países árabes es nombre que podría ser equiparable a "señora" o a "doña"; se aplica a mujeres mayores que son dignas de respeto y estima. Siala es patronímico de Sialia, que era y creo que sigue siendo una de las más famosas y nobles familias de Sfax. Nunca supe su nombre real, porque nadie lo pronunciaba, ni hacía falta.

Ummi Siala, que en mi infancia era una señora ya de cierta edad, era viuda, y creo que no tenía hijos. Era la bondad, la paciencia, la simpatía, la alegría hechas mujer. De estatura media tirando a alta, ancha o gordita, con cara redonda, bastaba mirarla para sentir tranquilidad, atracción y afecto. Con ella entraba la alegría en la casa que visitaba. Los Siala eran amigos de los Abdelkefi. Las dos eran familias de viejas raíces y de mucha consideración en Sfax. Y gracias a ello tuvimos a Ummi Siala como amiga que nos hacía visitas que duraban no menos de una semana. En esos períodos era como una más de la familia.

Con su presencia se abría el edén de los niños, más que de los adultos. Las veladas a su lado significaban para nosotros pasar horas y horas escuchando cuentos narrados con un arte irrepetible, condimentados con

bromas, comentarios, observaciones, a veces inventadas al momento, tan alegres y tan dulces que provocaban lágrimas emotivas. Por desgracia, Ummi Siala murió, creo que sería en torno al año 1940, y nunca tuve la oportunidad de grabar su voz ni sus cuentos. Yo tenía muy pocos años, cinco, seis, cuando recibíamos sus visitas en nuestra casa. Si hubiese podido grabar su voz, creo que podríamos disfrutar ahora de otro tesoro verbal equiparable al que nos legó Lela Ula. Descanse en paz, Ummi Siala.

A medida que iba entrando en la juventud mi interés se fui inclinando más hacia la poesía, recitada o más bien cantada, por poetas que eran llamados *ghannay* en singular, *ghannaya* en plural. Es voz que significa "cantante". Los *ghannaya* eran como juglares o cantautores que tenían grandes repertorios de versos tradicionales, pero que eran capaces también de improvisar. Eran muy solicitados en los festejos familiares o tribales: en las circuncisiones, noviazgos, bodas, etc. El *ghannay* era y es, en cierta medida, una especie de transmisor ambulante de la información, porque nunca deja de plasmar en sus cantos los grandes acontecimientos y las noticias de interés común. Hoy es una figura que todavía está presente en nuestra sociedad, pero con mucha menos fuerza que cuando yo era joven.

Más adelante, creo que a partir del año 1946, cuando yo ya podía tener qué decir y

qué hacer, tuve la suerte de dar con buenos guías o profesores relacionados, de una manera o de otra, con la enseñanza y la cultura en general, la popular y la oral incluidas. Nombraré aquí a dos de ellos que me orientaron y me animaron cuando les hablé de un paralelismo que hice entre unos versos de la poesía popular nuestra y ciertas poesías árabes y francesas de la literatura clásica. Aquellos inolvidables maestros míos fueron el gran historiador y profesor Othman Kaak y el gran jurista, poeta y periodista, señor Husein Aljaziri.

El historiador y profesor Othman Kaak

Después diré algo más acerca de ellos. Pero ahora quiero especificar que uno de los casos que a mí me había llamado la atención y que expuse a sus benévolos comentarios fue un verso del gran escritor francés Corneille, quien en su drama famoso *Le Cid*, cuando el conde decía al Campeador que era demasiado joven, recibía esta respuesta: "je suis jeune, il est vrai; mais aux âmes bien nées, la valeur n'attend point le nombre des années": "soy joven, es verdad; pero para las almas bien nacidas, el valor no aguarda al número de años". Resultaba que un *ghannay* tunecino de gran prestigio, cuyo nombre ahora no recuerdo, originario de Gafsa, que es una ciudad del sur de Túnez, que nunca había aprendido la lengua de Victor Hugo y era posiblemente iletrado, decía: أنا صغير السن وعقلي شارف, es decir, "soy de edad joven; pero mi cerebro es viejo".

Recuerdo también que el famoso héroe legendario Antar ibn Chaddad, cuyas hazañas corrían en cuentos y leyendas que son patrimonio de todos los países árabes, decía en uno de sus poemas: سيذكرني قومي إذا جدّ جدّهم ففي الليلة الظلماء يفتقد البدر, es decir, "mi gente se acordará de mí, porque en la noche oscura se echa de menos a la luna". Un *ghannay* tunecino del que tampoco recuerdo el nombre dijo: تجي حزتي وتتفكروني فيكم ناس حسبتوني عدو خاطيكم, es decir, "llegará mi ocasión y se acordarán de mí gentes que me consideraron enemigo suyo".

El primero de los dos profesores que nombré, Othman Kaak, tenía en aquella época un programa en la radio nacional que se llamaba عادات الأمجاد في الأعياد, es decir, *Tradiciones y costumbres de los notables en las fiestas*. Por su parte, el jurista señor Husein Aljaziri era además un gran poeta humorístico y editor de un periódico que se llamaba النديم, *Ennadim*, es decir, *El contertulio*. Al primero lo tuve como profesor en el liceo y en la Escuela de Teatro, que estaba en vías de creación, y luego como amigo. Y al segundo lo conocí porque él fue conferenciante en la radio tunecina, en la segunda mitad de los cuarenta y la primera de los cincuenta, cuando trabajaba yo allí como locutor y presentador.

Mohamed Abdelkefi, en el estudio de Radio Túnez, finales de la década de 1940

El profesor Othman Kaak, entrevistado por Mohamed Abdelkefi, en la Feria del Libro de Trípoli, 1961. Quien sostiene el micrófono es el señor Omar Alí, responsable de la Radio; detrás, el profesor Mohamed Remadi, exalumno también de profe Kaak y profesor de francés en Garian (Libia).

El señor Kaak era profesor de Historia. Él me abrió la puerta del pasado y me hizo descubrir la variedad de los orígenes de nuestras tradiciones, costumbres, leyendas, supersticiones y mucho más, que entre el bereber y el árabe musulmán habían pasado también por el filtro romano, fenicio cartaginés, otomano y de varios países vecinos mediterráneos.

Con su ayuda y orientación preparé un largo cuestionario de lo que yo debería buscar y documentar en lo que tendría que haber sido mi trabajo de campo y entrevistas: las visitas de las mujeres a los mausoleos de los santos, las ofrendas en ocasiones como el estreno de una casa, las procesiones, las actividades de la *taggasa* y el *rammal* (la *tagassa*

suele ser mujer, muchas veces campesina y beduina, y el *rammal* suele ser hombre), que son personas que pretenden leer o adivinar o prever el porvenir de las personas, las formas del mal de ojo, contra el cual se usaban métodos varios, como la mal llamada mano de Fátima, o el pez.

El jurista, poeta y periodista Husein Aljaziri

También había que documentar, conforme a aquellos cuestionarios, la costumbre de enviar la cena a los vecinos nuevos, o la de las comidas que se enviaban a las mezquitas en la víspera de las fiestas, o lo que hacían las muchachas para encontrar

novio, o los cantos de los jóvenes cuando imploraban al cielo que enviase la lluvia, o la *raghata* o solidaridad entre campesinos que en el verano cooperaban para recoger las cosechas y en el otoño para arar, o los estruendos que se hacían en los pueblos para disipar el eclipse.

Había que interesarse también por lo que yo llamo pedagogía o educación popular, que se manifiesta en forma de consejos o instrucciones para hacer o no hacer tal cosa, y que a veces está más cerca de lo supersticioso que de lo racional. Así, a los niños se les decía: no juegues con las tijeras, porque son motivo de peleas; no dejes tus zapatos boca abajo, porque el demonio rezará encima; no barras por la tarde, porque eso traerá pobreza. Todas esas instrucciones tienen, en realidad, ciertas razones y explicaciones lógicas y morales, aunque no sean fáciles de entender por la mentalidad occidental, o por las ideas científicas.

Había también, por supuesto, que recoger la poesía, los cantos propios de las diferentes ocasiones y, cómo no, los refranes. Y tantas otras cosas que sería muy fatigoso enumerarlas todas.

El señor Jaziri me ayudó, por su parte, a elaborar una lista de las regiones y de los pueblos más importantes y posiblemente, de cultura oral más conservadora en aquella época.

Lamentablemente no pude llevar a cabo tan importante y necesaria labor, que me hubiera convertido en todo un etnógrafo. Las circunstancias no me lo permitieron: Túnez estaba luchando para liberarse del yugo del colonialismo; en muchas regiones se necesitaba un salvoconducto de las autoridades militares (francesas, por supuesto) para acceder a ellas; los jóvenes estábamos, directa o indirectamente, implicados en la acción nacionalista. Y además estaba, por supuesto, la necesidad de continuar con los estudios secundarios todavía, y mi trabajo en la radio como locutor. Así que todo se quedó en pura confección del proyecto y en ordenación del repertorio sobre el papel, mas no en el trabajo de campo real.

Pero la llama de la vocación nunca se apagó. Me vi obligado a abandonar mi país, pero me tomé la revancha en Libia, donde llegué a recopilar bastantes datos acerca, por ejemplo, de las costumbres de las bodas. Viajé mucho por Libia y conocí a sus varias gentes; es posible que más y mejor que muchos libios. En Libia ya dije que estuve trabajando como periodista, autor y presentador de programas literarios y artísticos en la radio nacional, y como profesor en liceos y colegios. Por eso orienté a algunos alumnos, a los que vi especialmente sensibles a la cuestión, para que hiciesen también trabajos de recolección etnográfica en sus pueblos. Edité una parte

del material que yo recogí en un libro que escribí y publiqué en el año 1964 en francés, con el título de *Les mariages en Tripolitaine*, es decir, *Los matrimonios en la Tripolitania*. Fue traducido y publicado en inglés en más de una edición.

En Libia también recopilé, allá por la década de 1960, material suficiente para hacer otro librito que se publicó en árabe, en el año 2012, con el título de العادات الليبية في المواسم الدينية, es decir, *Las tradiciones libias en las fiestas religiosas*.

Me interesé además por los refranes, y en el año 1968 publiqué en inglés y en la editorial Vernon & Yates, LTD, Londres, un libro que titulé *One Hundred Arabic Proverbs from Libya* (*Cien proverbios árabes de Libia*), con la idea de poder continuar más adelante aquel proyecto, recuperando las tradiciones de refranes de otros países árabes. Pero de nuevo las circunstancias lo impidieron.

Me mantuve paciente y no desistí. Allá por los años 90 empecé a preparar una colección de refranes de Túnez y de todo el Magreb, esta vez en español. Fruto de ese trabajo es el libro *Proverbios de la otra orilla: Túnez, Libia, Argelia y Marruecos*, que ha publicado muy recientemente la editorial Diwan Mayrit, en Madrid en 2022. Estoy muy orgulloso de él, porque es el cumplimiento de un largo sueño.

De regreso a mi tierra, a principios de los años setenta, volví al ataque, y tuve la afortunada iniciativa y el privilegio de grabar

un cierto número de cuentos de la voz de la gran narradora Lela Ula, de la que ya he hablado en los diversos prólogos que he escrito para los tres volúmenes en que estoy publicando la traducción definitiva de sus cuentos, con la colaboración y los complementos que están aportando los profesores José Manuel Pedrosa y Óscar Abenójar.

Una parte de lo grabado lo traduje al español y fue primero publicado por la editorial Miraguano, en un libro que llevaba el título de *Cuentos populares tunecinos* (2010). Animado por el señor doctor Essayed Essayed Suheym, director del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos, que acogió la presentación de la obra, y por muchos otros amigos, tuve que traducir el libro, o más bien tuve que devolverlo a su lengua árabe. Lo publicó دار المغرب الإسلامي, es decir, la Editorial del Magreb Islámico

Me complace, por supuesto, decir que ha habido muchos más estudiosos, en especial después de la independencia de la potencia colonial, que se han interesado por el patrimonio de la literatura oral tunecina. Bajo los auspicios del Ministerio de Cultura y de la Radio Nacional se promovieron grupos que buscaban la recuperación y la preservación de la música, las canciones y las danzas populares. Destacaron las labores, por los años de 1960, de la orquesta del famoso Boudaya, del bailarín Ali Warda y de

mi difunto amigo el gran bailarín y maestro de baile Mohamed (Hamadi) Ellaghbabi.

El gran periodista y comentarista señor Abdelaziz El Aroui, a quien tuve el placer de tener como colega y amigo (a pesar de la diferencia de edad, pues él tenía treinta años más que yo) en la radio, allá por los años cuarenta, pudo, con su exitoso programa de *Cuentos del Aroui,* grabar y preservar para la eternidad un gran número de cuentos que le proporcionaban los oyentes de todas las partes del país. Esa obra tan importante se puede escuchar en la red, en YouTube. Sus voces magistrales reviven en los enlaces de la serie *Al Aroui, contes traditionnels*.

En la generación actual, el profesor de Historia señor Abdesattar Amamu está muy comprometido con el renacimiento del personaje del narrador público, o del cuentacuentos, llamado *fdawi* en Túnez y *hakawati* en Egipto y en otros países. Y él mismo se mete en el papel de quienes cultivan ese arte, una vez por semana, en alguna cafetería del país. Cuenta cuentos del patrimonio nacional. Su meta es resucitar la figura del *fdawi* o cuentacuentos oral.

Desde el año 2012 se celebra el festival anual مهرجان أيام الفداوي بسوسة, es decir, Festival de las Jornadas del *Fdawi* en la ciudad de Susa, con la participación de intelectuales, profesores, actores, sociólogos y mucho público, con el objetivo de resucitar el arte del *fdawi* y de conservar el cuento oral y reivindicar su importancia. Uno de los

impulsores del gran festival, el gran actor Alaedine Ayoub, ha escrito, en el diario *Assabah*, estas palabras que yo traduzco al español:

> Esta tradición oral está bien arraigada en Túnez: acordémonos de los cuentos de nuestras abuelas, cuyas historias servían como material pedagógico y comunicaban valores y formas de saber vivir. Esos cuentos eran también una manera de fortalecer los vínculos entre padres e hijos. Y de dar un papel a los abuelos que envejecían sin poder ejercer ya otras actividades; los cuentos eran el mejor medio que les quedaba para comunicarse con sus descendientes y para conservar alguna utilidad en el seno de la familia. La tradición oral ha ganado visibilidad en Túnez gracias al trabajo de Abdelaziz El Aroui, pero existía desde hacía siglos. Los narradores se desplazaban en aquellas épocas de ciudad en ciudad. Era su profesión. Iban adonde había reuniones de gente y se ponían a narrar sus cuentos. Cuando el suspense aumentaba, fingían tener que irse. La gente insistía entonces en que terminaran sus historias y les agasajaban.

Uno de los repertorios de la poesía oral que más me ha interesado siempre es el de los refranes, que no en vano han recibido el calificativo elogioso de "la sabiduría de los pueblos". Los proverbios árabes son altamente inspirados, y están en un estilo agudo, ingenioso y sutil. Enseñan, por ejemplo, que "las palabras que no decimos son las flores del silencio". En Túnez y en el resto del mundo los refranes han sido los traductores e intérpretes del pensamiento popular en cada una de las circunstancias por las que pasa el individuo mientras camina por este valle de lágrimas, como se suele decir.

En mi país, y hasta fecha muy cercana, el refrán estaba en boca de todos: mujeres y hombres lo utilizaban para reflexionar, comentar, criticar, preguntar, contestar y casi cantar. No me extraña que el refranero haya sido el repertorio de la literatura oral más y mejor estudiado por los estudiosos de mi patria. Un trabajo monumental es el de los *Proverbes tunisiens*, en dos volúmenes (1993-1994), que fueron recogidos y publicados por el señor Hédi Balegh. Por su parte, mi llorado amigo el estudioso señor Jilani Belhadj Yahya publicó en 1996 una edición crítica impresionante del viejo manuscrito de Mohammad Ben Uthman al-Hachaichi, al que puso el título de *Coutumes et traditions tunisiennes*, que contenía, entre muchas joyas, un gran repertorio de refranes. Se echan de menos, en cualquier caso, estudios de calidad

y profundidad equiparables a los que acabo de citar.

Mi grano de arena en este campo ha sido mi libro ya mencionado, *Proverbios de la otra orilla: Túnez, Libia, Argelia y Marruecos*, que como ya he dicho ha publicado muy recientemente la editorial Diwan Mayrit, en Madrid en 2022.

En los últimos años mi pasión por la literatura oral tunecina y árabe en general no se ha apagado: al contrario, se ha convertido en una pasión más intensa. He tenido la suerte de tratar a grandes amigos arabistas, procedentes algunos de diversos países árabes, y naturales otros de España. Y con ellos he departido (y aprendido) mucho sobre literatura oral. Entre los nacidos fuera quiero nombrar a Mohamed Elfaqih Salah, al doctor Jaled Salem, al doctor Ali Hameda, al doctor Abdul Hadi Abdul Hadi Sadoun. Y entre los españoles, a Pedro Martínez Montávez, a Carmen Ruiz Bravo-Villasante, y a tantos otros. Por invitación de ellos y de otros estudiosos he tenido la oportunidad de participar en asociaciones, reuniones, actos culturales, actos académicos, lecturas de tesis doctorales, sobre literaturas orales árabes. Siempre con grandísimo aprovechamiento para mí.

Además, en junio de 2014 conocí al profesor José Manuel Pedrosa, de la Universidad de Alcalá, gran experto en tradiciones orales y en cuentos populares del mundo hispánico y de otros mundos, quien

ya había leído mi traducción al español de una selección de los cuentos de Lela Ula que yo había publicado en la editorial Miraguano en el año 2010. El profesor Pedrosa se había quedado maravillado por la riqueza del arte narrativo de la gran contadora de cuentos tunecina. Desde aquel mismo momento hemos mantenido una comunicación y una colaboración estrechas. Cuando él supo que en mis cintas de casete se habían quedado, sin transcribir ni traducir, muchos de los cuentos que me había contado Lela Ula hacía más de cuarenta años, me animó a transcribirlos, a trabajar sobre ellos y a preparar una edición muy revisada y completa de todos los cuentos que llegué a grabar, acompañados además de estudios críticos.

Me lancé a la labor con entusiasmo: volví a escuchar las cintas con la voz de Lela Ula, transcribí, traduje, y él revisó pacientemente, una y otra vez, la redacción, la presentación, la ordenación de los textos, y añadió además profundos estudios críticos. En esa labor crítica ha colaborado también el profesor Óscar Abenójar, otro querido y admirado amigo, que trabaja hoy en El Colegio de México y es un gran especialista en cuentos bereberes de Argelia (puesto que fue profesor durante bastantes años en el Instituto Cervantes de Argel), y en cuentos del Magreb y de otros muchos lugares del mundo. Con la colaboración de los profesores Pedrosa y Abenójar, y con la

hospitalidad de Mitáforas Editorial, he conseguido rematar este proyecto, que ha servido para honrar, tantos años después, la memoria y el arte de mi nunca olvidada amiga Lela Ula. Y con la ayuda de los dos espero poder seguir metiéndome en más proyectos.

Junto a ellos conocí a otras personas por las que siento enorme aprecio y admiración: al gran cuentacuentos Héctor Urién, que ha tenido la sensibilidad de contar en público algunos de los cuentos de Lela Ula, que en su voz suenan frescos y fascinantes; a Blanca Calvo y las demás organizadoras y organizadores del Maratón de los Cuentos de Guadalajara, con quienes pasé jornadas memorables en el Maratón de 2018, en el que impartí una conferencia y conté cuentos después de pasada la medianoche, en un escenario montado ante cientos y cientos de personas, justo en la fecha en que yo cumplía mi nonagésimo cumpleaños; o a Aziz Amahjour, profesor de la Universidad Mohamed I de Nador, gran especialista en los cuentos de Marruecos.

La vida sigue, la literatura oral sigue, los cuentos de Lela Ula seguirán, y la eternidad no consentirá que sean olvidados, gracias a que hemos podido culminar felizmente la labor de edición y publicación que nos ha llevado años y esfuerzos que podemos ahora decir que han merecido la pena.

Solo me queda lamentar que desde el año 2015 Lela Ula no esté ya aquí, en

persona, enseñándonos e iluminándonos, y que tengamos que conformarnos con leer sus palabras y con imaginar su gesto desde la distancia.

Cómo empezaba y cómo terminaba Lela Ula sus cuentos

Mohamed Abdelkefi

Lela Ula siempre comenzaba y terminaba sus cuentos evocando alguna de las muchas fórmulas tradicionales que se emplean en Túnez para abrirlos y para cerrarlos.

Si en la lengua española los cuentos suelen empezar con la fórmula *Érase una vez,* en el árabe tunecino la fórmula, o las fórmulas, suelen ser más largas y complejas. Se trata sencillamente de frases hechas, rimadas, que dan consejo, moraleja, educación. Estas frases van siempre de tres en tres con una misma rima. Son como un prólogo para el cuento; después de estas frases se empieza ya con algo parecido al español "érase una vez".

Suele haber también una llamada de atención del oyente, con una proclamación de que *Dios es Único,* a lo que se añade, rítmicamente, que *quien tenga pecados que pida perdón.* Los presentes responden, a coro como otras veces, *perdóneme Dios; mía es la culpa.*

La segunda fórmula es también introductoria y rimada. Dice así:

Señores honorables,
que Dios nos guíe y os guíe

en el camino del bien y de la felicidad.

La tercera fórmula suele decir:

Nuestro hablar está ordenado;
sus palabras son dulces y a veces extrañas.
Nosotros y vosotros alabamos al Profeta querido.

A continuación, se inserta una muy extensa fórmula, que viene a decir lo siguiente:

Primera *hia*, segunda *hia*, tercera *hia*[1].

Primera *hia*: no hay cordero sin *lya*[2].

Segunda *hia*: no se considera casa si no hay en una asistenta persa en ella[3].

Tercera *hia*: no se puede ser hermano más que con una hermana[4].

Primer *hbal*, segundo *hbal*, tercer *hbal* (*hbal:* locura)

Primer *hbal*: loco es quien entra en una pelea sin hombres[5].

Segundo *hbal*: loco es quien entra al mercado sin dinero.

---

[1] *Hia*, 'ella'; designa certeza.

[2] *Lya*, 'cola de las ovejas'. El cordero tunecino tiene una cola redonda, de unos veinte o treinta centímetros de diámetro, y muy grasa. Es muy apreciada como exquisitez gastronómica.

[3] Estamos, muy posiblemente, ante algún eco de los contactos antiguos entre las civilizaciones árabe y persa. Se consideraba que las mujeres persas, ya fueran esposas, concubinas o esclavas, aportaban refinamiento y delicadeza al hogar.

[4] Aconseja que el matrimonio sea fecundo tanto en hijos como en hijas.

[5] Sugiere, a quien busque conflictos, que se rodee de ayudantes.

Tercer *hbal*: loco es quien trepa a una palmera sin pantalones[6].

Primera *hana,* segunda *hana,* tercera *hana* (*hana:* bajeza).

Primera *hana*: loco está quien vuelve a vivir con la mujer enfadada.

Segunda *hana*: loco está quien construye un banco delante de su casa[7].

Tercera *hana*: loco está quien deja a su mujer ir al cementerio; o loco está quien se harta y deja a su mujer con hambre[8].

Primer *huf*, segundo *huf,* tercer *huf*[9].

Primer *huf*: no hay más oveja que la que tiene lana.

Segundo *huf*: loco está quien niega su procedencia cuando su padre es conocido[10].

Tercer *huf*: loco está quien se casa con otra y deja a su prima[11].

---

[6] Fórmula que recomienda no trepar a las palmeras para coger los dátiles, con la túnica o con la chilaba, para no exponer las partes íntimas a los curiosos. Pero los pantalones aquí no aluden exclusivamente a la vestimenta, sino a los medios necesarios para progresar en la vida.

[7] Se recomienda no dar demasiadas facilidades para la instalación cerca de casa de forasteros y paseantes.

[8] Insta a no permitir que la esposa salga demasiado, y mucho menos a sitios demasiado apartados. No se trata solo de que se ausente con motivo de asuntos relacionados con la comida, sino de que no vaya en busca de los placeres y divertimentos de la vida. Es eco de formas de vida de antes que obligaban a que las mujeres no saliesen apenas de casa. La segunda fórmula pide que la mujer vea satisfechas en casa todas sus necesidades, para que no tenga que buscar nada fuera.

[9] *Huf*, 'necedad'. Es probable que la elección de esta palabra se justifique solo para que rime.

[10] Es decir, no se debe renegar de la familia ni de la educación recibida.

[11] El casamiento con primas era, hasta hace no mucho, muy bien considerado en la sociedad tradicional

Primer *áh,* segundo *áh,* tercer *áh*[12].

Primer *áh*: pobre de aquel que esté enfermo y no encuentre su medicina.

Segundo *áh*: pobre de quien hace el bien y no encuentra quien lo merece.

Tercer *áh*: parecido a mi corazón, ¿dónde lo encuentro?

Las fórmulas de clausura son mucho más sencillas. Las más habituales son:

Haba, *haba*
wel aam aam saba.

Es decir:

"mucho, mucho,
este año tiene buena cosecha".

O bien:

Mshit u jalithum,
bi aini ma rithum,

"Los dejé sin verlos
con mis propios ojos";

o bien:

Tahu fisbat
hata matet u mat

---

tunecina. En ocasiones, en lugar este verso se dice "loco está quien no agradece un favor".

[12] *Áh*, '¡ay!', exclamación de dolor.

“Y cayeron en la tranquilidad
y el sueño hasta que murieron”.

Cuentos

EL JOVEN QUE LLEGÓ ADONDE HABÍA LLEGADO SU PADRE EL SULTÁN

Se cuenta de un sultán, *aunque no haya sultán más que Alá,* al que una enfermedad tenía postrado en la cama. Cada vez que sus hijos iban a visitarlo les preguntaba si habían llegado hasta donde había llegado él, sin darles ninguna explicación más.

Se figuraron los hijos que a lo que su padre podría referirse era al viajar y descubrir países, y por esa razón viajaron por oriente y occidente. Y cuando regresaban a ver a su padre y le contaban por dónde habían pasado, él les repetía siempre lo mismo:

—Pero, ¿habéis llegado adonde llegué yo?

Un día el más joven de entre ellos andaba dándole vueltas a la pregunta de su padre e intentando encontrarle algún sentido. Y en esto pasó a su lado un anciano. Le extrañó ver al emir, al hijo del sultán, tan triste y tan pensativo, y le preguntó:

—Hijo mío, ¿en qué pensamientos andas? Tú eres el hijo del sultán: todo lo que pides te es dado; todo lo que ordenas se hace; posees dinero, gloria y honor. ¿A qué viene ese andar por ahí tan pensativo?

El joven emir salió de sus pensamientos y respondió con mucho respeto al viejecito:

—Tiene usted mucha razón, mi señor; pero el hecho es que nuestro padre está

enfermo y nos pregunta, en cada visita, si hemos llegado hasta donde él llegó, y no nos da ninguna más explicación. No sabemos qué es lo que quiere decir ni qué es lo que espera de nosotros.

—Pues es tu madre la que ha de saber ese secreto —le dijo el anciano—; pregunta a tu madre.

El viejo se despidió y siguió su camino, y el emir se dirigió derecho a su madre. Hizo el saludo besando su mano y su cabeza, y le preguntó:

—Dime, madre, ¿hasta dónde llegó mi padre?

—¿Y yo qué sé? —le contesta ella.

—Pues tienes que decírmelo, madre.

—Pero, hijo, ¿qué puedo saber yo de lo que haya hecho tu padre?

—¡O me lo dices ahora mismo, o te mato, o me separo de todos vosotros, me voy y no vuelvo más!

—Pero sé razonable, hijo mío, y no digas esas cosas. ¿Qué voy a saber yo de los asuntos de tu padre? Yo no sé nada de eso.

—Pues insisto: o me lo dices o ya sabes lo que pienso hacer.

La pobre mujer, al ver lo determinado que estaba su hijo, temerosa de perderlo, le dijo que fuera a preguntar a la yegua de su padre:

—Ella te lo dirá.

El joven emir dejó a su madre muy inquieta y se dirigió al establo. Allí anduvo buscando y rebuscando, hasta que encontró

en un rincón una yegua flaca, casi muerta, y tan dejada de todos que hasta *tenía la telaraña encima,* como se suele decir.

Se acercó, y el animal al verlo a su lado soltó un relincho y le dijo:

—Yo soy la yegua de tu padre.

Extrañado pero contento, nuestro emir acarició a su nueva amiga, llamó a uno de los mozos que estaban a cargo del establo y le pidió que la lavase y la limpiase bien, que le diese de comer forraje, cebada y hierba fresca, que le pusiese bebida y que la sacase a cabalgar para que fuese recuperando sus fuerzas y costumbres.

El emir se quedó tranquilo en lo que respecta a la yegua, pero se dio cuenta de que aquello era tan solo el inicio de su aventura. Salió de allí, llamó a los sirvientes y les encargó que preparasen lo que fuera preciso para un viaje que podía ser largo y difícil.

Preparó la provisión
para la manutención
de su cuerpo y de su corazón,
con la firme intención
de recorrer muchos países.

Pasaron unos cuantos días. La yegua parecía ya otra. Había recuperado sus fuerzas y su buen aspecto. Los preparativos del viaje llegaron a su fin, y las provisiones quedaron listas. El emir se despidió de los suyos, se subió a la yegua de su padre y salió rumbo a lo desconocido.

Por aquí, por allá, por alrededor,
por los caminos del Señor.

Día sí y día también anduvieron de un país a otro, hasta que en cierta jornada, mientras caía el sol y salían las estrellas, se cubrió el cielo de nubes tan negras y bajas que daba la impresión de que le rozaban la cabeza. Detuvo el emir su cabalgadura y le dijo:

—Yegua de mi padre, las nubes van a tocarme la cabeza.

—Pues saca tu espada y córtalas —le respondió ella.

El joven príncipe obedeció y dio con su espada un golpe tal que parecía que iba a rajar las nubes enteras. Según lo hizo cayó una pluma que iba diciendo:

quien me recoja se arrepentirá;
y quien me deje se arrepentirá.

Con dudas sobre lo que sería conveniente hacer, el emir viajero se dirigió a la yegua y le dijo:

—¡Yegua de mi padre! La pluma dice que

quien me recoja se arrepentirá;
y quien me deje se arrepentirá.

—Pues recógela y arrepiéntete —le respondió su cabalgadura.

Cayó la noche y llegó la hora del descanso. Descabalgó bajo un gran árbol, dio a la yegua su forraje, tomó alguna cosa y se acostó. Por la mañana montó sobre su yegua y volvió al camino.

En el primer país con el que dio entró, buscó una posada y descabalgó. Pidió que diesen pienso y agua a la yegua, tomó algún alimento y entró en su habitación. Allí puso la pluma al lado de su cama y se fue a hacer sus abluciones para la oración vespertina.

A su regreso, ya oscurecido, la gran sorpresa: la pluma que había recogido emitía una especie de tarareo e iluminaba la habitación como si fuera una vela. Su canto se oía desde fuera, de manera tal que obligaba a detenerse a quienes pasaban por allí cerca. Nadie había oído un canto como aquel.

La gente se congregó en tal número que llamó la atención de los guardias del sultán de aquel país. Extrañados como todos, se presentaron ante el monarca y le dijeron:

—Señor, hay un forastero que se aloja en la posada *Al Amán*[13]; y de su habitación sale un canto que atrae la gente de por aquí. Es un canto fuera de lo común. La aglomeración de personas va en aumento, y parece como si quedaran encantadas.

El sultán se sintió sorprendido y ordenó al visir que despachase a algún guardia que trajese al forastero a su presencia.

---

[13] *Al Amán*, seguridad, lugar seguro.

Por la mañana un guardia del palacio se presentó en la posada y llevó a nuestro viajero ante el sultán. Antes de salir a la calle, pidió al guardia permiso y fue a ver la yegua. Le dio de comer, la acarició y le dijo:

—¡Yegua de mi padre! Me está llamando el sultán de este país.

—Pues te va a preguntar acerca de esa pluma —le respondió la yegua—. Si lo hace, tú contéstale sin rodeos y cuéntale todo lo que sabes.

Regresó junto al guardia y se dirigieron ambos al palacio. Fue conducido ante el monarca, saludó con las reverencias debidas y se quedó a la espera. El sultán, tras pasar su mirada sobre él y estudiar su cara y aspecto, le dijo:

—Nos gustaría saber cómo y por qué razón, siendo forastero, armas tanto escándalo, y de dónde sacas ese canto.

—Con todo el respeto, señor, yo no he armado ningún escándalo ni he venido aquí para causar desorden ni molestia. Lo que ha sucedido es que me he hecho con una pluma que, en cuanto cayó la noche, llenó de luz mi habitación y se puso a cantar.

—Curiosa pluma esa —dijo el sultán—. ¿Me la podrías entregar?

—Es toda suya, señor —dijo el joven.

Se despidió del monarca y volvió a su posada acompañado por un guardia al que entregó la pluma. La llevó el guardia a su amo, y él la envió a sus apartamentos.

Cuando el sultán terminó sus ocupaciones subió a sus aposentos, hizo sus abluciones, rezó, cenó y bajó a sus salones. Y se sentó junto a sus familiares para escuchar el canto de la pluma. Pero la pluma se quedó en silencio. El sultán le hizo preguntas y le pidió que cantase.

—¿Cantar? —le respondió ella—. Yo no canto mientras no me traigan la paloma de la cual me he caído.

El sultán, extrañado, miró a su visir y le dijo:

—¿Estás oyendo lo que dice la pluma? Que quiere que le traigan su paloma.

—Sí, señor —dijo el visir—, lo he oído, y no creo que eso pueda ser demasiado problema:

El que trajo la pluma
traerá la paloma.

Al día siguiente, muy de mañana, el guardia del sultán volvió a presentarse ante el joven príncipe y le informó de que el sultán quería que fuese a verle.

—Pues enseguida —dijo él.

Se preparó y, antes de acompañar al guardia, pasó a ver a la yegua y le informó de que el monarca volvía a reclamarlo.

—Va a pedirte que le traigas la paloma —dijo la yegua—. Si es así, pide al sultán que haga fabricar una jaula de oro, incrustada de diamantes, con un largo hilo de oro atado a su puerta, de tal modo que si se tira de él se

cierre al instante. Y no te preocupes de nada más —le dijo la yegua—, que yo te conduciré hasta allí.

Salió nuestro joven de la posada tranquilo y confiado, y se dirigió al palacio siguiendo los pasos del guardia. Le hicieron entrar en la sala de audiencias, en la que esperaba ya el sultán, el cual, apenas saludó el joven príncipe, le dijo que necesitaba la paloma dueña de aquella pluma.

—Pues a sus órdenes, señor —respondió él—. Pero necesitaré una jaula de oro incrustada de diamantes, con un hilo en oro que cierre la puerta si se tira de él.

Como siempre, *las órdenes de los sultanes son obediencia,* y el sultán hizo los encargos correspondientes, y en muy poco tiempo estuvo la jaula fabricada y entregada al joven emir.

Regresó él a su posada con la jaula, hizo los preparativos para un viaje que acaso fuese largo y, cuando estuvo listo, montó sobre la yegua y se dejó guiar por ella. ¿Hacia dónde? El emir lo ignoraba.

Al cabo de un largo viaje se encontró justo donde había caído la pluma. Se detuvo allí la yegua y él, siguiendo las instrucciones que ella le daba, colgó la jaula en un árbol y se escondió con el hilo de la puerta de la jaula en una mano.

Un poco antes de oscurecer llegaron dos palomas volando y se posaron en el árbol. Una de ellas vio la jaula y le dijo a su hermana:

—Mira, mira qué jaula tan bonita.

—Sí que es bonita —dijo la otra—; pero seguro que es una trampa.

—¿Una trampa de quién? —dijo la primera—; en esos campos desiertos, ¿quién podría andar poniéndonos trampas?

—Pues seguro que detrás de esta jaula ha de haber algo más.

—¡Anda, anda, vamos a entrar y a ver cómo está por dentro!

Entraron en la jaula, la encontraron cómoda y espaciosa, se pusieron a cantar, saltar y bailar llenas de satisfacción y de alegría. Llegó la hora de acostarse, se posaron cada una en uno de los mecedores de la jaula y se durmieron. El príncipe, que había estado atento a los movimientos de las palomas, tiró del hilo y la jaula se cerró con las dos cautivas dentro.

A la mañana siguiente, apenas salido el sol, el joven emir se aseó, hizo sus abluciones, cumplió con la oración matinal, montó sobre la yegua y tomó el camino de regreso.

Llegó sin contratiempos y se dirigió a su posada para asearse y descansar; cuando estuvo listo se fue al palacio con la jaula y las palomas. Las entregó al sultán y él, tras cenar y rezar la última oración del día, tomó asiento en la sala de estar rodeado de los suyos, y pidió a las palomas y a la pluma que cantasen.

—¿Cantar nosotras? ¡Qué fácil es decirlo! No cantaremos mientras no venga

aquí nuestra señora Siléisila[14], la hija del sultán de los genios.

Por más que insistió el sultán, no logró sacarles nada más; se dirigió por eso al visir y le dijo que habría que buscar alguna solución para aquel nuevo problema.

—Pero señor —dijo el visir—, si la cosa es bien fácil:

El que trajo la pluma y las palomas
traerá a su señora.

A la mañana siguiente el emir viajero no había terminado aún de asearse ni de prepararse para salir cuando ante él se presentó el guardia del sultán.

—¿Qué es lo que pasa ahora? —le preguntó con voz curiosa y preocupada.

—Que el sultán quiere verte —le dijo el guardia.

—Pues vamos a verle. Pero espera a que vea cómo está mi yegua.

Dejó al guardia, entró en el establo y le dijo a su montura y compañera:

—¡Yegua de mi padre! El enviado del sultán está aquí; dice que el monarca quiere verme.

—Es para que le traigas a Siléisila, la hija del sultán de los genios.

—¿Y qué puedo hacer yo, si eso es lo que él quiere?

—Tú dile que te parece bien. Pero que tendrá que disponer una embarcación con

[14] *Siléisila*, Cadenita.

un motor que no se vea y una cabina en la que los pasajeros puedan estar sin que por fuera se note nada de nada. Cuando la tengan lista, que te la pongan en el puerto.

Dejó a la yegua y salió junto al guardia, que le acompañó hasta el palacio. Entró, cumplió con las deferencias debidas y esperó lo que tuviera que decirle el sultán. Él le hizo saber que ni la pluma ni las palomas querían cantar.

—Dicen que no lo harán hasta que venga su señora, quien según ellas se llama Siléisila y es hija del sultán de los genios. ¿Podrías traérsela?

—Creo que sí, Majestad —respondió él—. Pero para eso será necesario hacer ciertos preparativos….

—¿Como cuáles? —preguntó el soberano.

—Pues necesitaría una embarcación con motor y con una cabina cuyos ocupantes no pudieran ser vistos desde fuera. Cuando esté lista, habrá que dejarla a mi disposición en el puerto, y con una orquesta dentro de la cabina; todo lo demás será cosa mía.

Hizo el joven sus reverencias y salió, mientras el rey daba las órdenes para que fuese preparado todo lo que había pedido el joven forastero. En poco tiempo estuvo lista la embarcación y, con todo lo que hacía falta en su interior, dispuesta para hacerse a la mar. Cuando embarcaron el emir y los músicos, fue levada el ancla.

Ya en alta mar el emir pidió a los músicos que tocasen, y ellos llenaron el aire con sus ritmos y melodías. Parecía todo como de encantamiento: la temperatura agradable, el mar en calma y tranquilo, el sol comenzando su inclinación hacia el ocaso después de haber dado calor a la atmósfera, y la brisa agradable.

Todo incitaba a salir de paseo para gozar de las bellezas que el Señor creó para nuestro gozo y placer. Y aquello fue justamente lo que hizo Siléisila, la hija del sultán de los genios, quien en compañía de sus doncellas salió a pasear para disfrutar de unos momentos agradables. Mientras todas paseaban escucharon aquella música, y dijeron las doncellas a su señora:

—Mire, nuestra señora Siléisila, qué hermosa embarcación y qué dulce música sale de ella, pese a que no hay nadie dentro. Embarquemos para ver.

—Hacedlo vosotras si queréis —dijo la señora a sus acompañantes—; más tarde, si me apetece, subiré y me juntaré con vosotras.

Sin más espera, las alegres muchachas subieron a la embarcación y se pusieron a bailar y cantar al ritmo de lo que tocaba la orquesta que estaba en el interior del barco. Pasaron de aquella manera un buen rato; y a continuación bajaron para no dejar a su ama sola por más tiempo.

Pero a ella, que veía cómo las caras de sus doncellas resplandecían de alegría y de

felicidad, le picó una curiosidad irresistible y, sin pensárselo dos veces, se subió a la embarcación.

Apenas estuvo dentro, el motor se puso en marcha y la embarcación voló por sobre las olas, en dirección a la tierra firme.

Llegó al puerto, bajaron todos los viajeros, con el emir conduciendo consigo a la cautiva, y se dirigieron a toda prisa al palacio, sin muchos protocolos. Hicieron pasar al joven y a su acompañante a la presencia del sultán. Tras las reverencias y los saludos de rigor dijo el joven al monarca:

—¡Aquí tiene a quien me pidió, señor! Ahora, con su permiso, marcho a descansar.

Le dio el sultán su permiso, y él saludó, se retiró y fue directamente a visitar a su yegua y a reposar en su habitación.

Cayó el sol, entró la noche. En sus aposentos, el sultán cumplió con sus costumbres y obligaciones, y a continuación se dirigió a los salones en que ya estaba todo dispuesto para pasar la velada. Viendo que todo estaba listo, dijo el sultán a Siléisila:

—Di a tus palomas que nos canten algo.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Cantar? ¡Como si eso fuera fácil! Sepa, señor, que por el camino se me ha caído un anillo en el mar; así que no habrá canto mientras no tenga conmigo ese anillo.

Como siempre:

—*Opina, visir,*

si quieres
con tu cabeza seguir.

El sultán dio orden a su visir de que pusiese algún remedio, y él, sin pensárselo dos veces, dijo al sultán que mandase a por el joven forastero. El pobre, en cuanto se levantó al día siguiente, volvió a vérselas con el guardia:

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Que el sultán te quiere ver.

—¿Otra vez?

—Sí.

Muy a su pesar hubo de acompañar al guardia, pero no sin antes detenerse a hablar con su yegua, para informarle de qué era lo que pasaba.

—Yegua de mi padre —le dijo—, el sultán me reclama una vez más.

—Será seguramente por lo del anillo de Siléisila.

—¿Y qué es lo que me tocará hacer entonces?

—Pues dile al sultán que te harían falta dos barcas llenas de pan. Y cuando esté todo preparado, vienes a por mí.

El guardia acompañó al desdichado hasta el palacio. El sultán estaba ya esperando y, en efecto, le pidió que fuese a buscar y a traer el anillo de Siléisila, que se había caído al mar. El joven príncipe pidió al sultán que le diese las dos barcas, conforme a las instrucciones de la yegua.

Cuando lo que había pedido estuvo en la playa, un guardia le informó de que todo estaba preparado según sus deseos. Tomó su yegua y se dirigió con ella a la playa. Descabalgó y se sentó a su lado. Pasó un rato y le dijo la yegua:

—Anda, levántate y echa aquel pan al mar.

Obedeció y arrojó el pan al agua. De improviso, como si se encontrase dentro de un sueño, se vio frente a una puerta. Se quedó extrañado, sin saber qué hacer.

—¡Llama! —le dijo la yegua.

Sintiéndose no muy seguro y con una mano temblorosa llamó a la puerta, y al poco rato le abrió una señora sonriente que le llamó por su nombre, le dio la bienvenida y le invitó a entrar.

Luego condujo al visitante al interior, le ofreció un asiento y empezó a decirle:

—¿Cómo se encuentra tu padre? ¿Y cómo estáis todos? ¿Qué es eso de no visitar ni preguntar por vuestros hermanos? ¿Es que no sabéis que el buen trato con los parientes es algo que aconseja la fe? ¿Por qué no hay manera de veros a ninguno de vosotros? ¿Es que vuestro padre no os ha dicho que hagáis alguna visita de vez en cuando a vuestros hermanos?

El emir se quedó extrañado, sin comprender nada de aquella lluvia de reproches y de preguntas.

—¿De qué hermanos y de qué parientes me estás hablando? —respondió él—.

¿Cómo vamos a saber nosotros nada de eso, si nadie nos ha contado nada? Nuestro padre se halla enfermo, y cada mañana, cuando vamos a darle los buenos días y a interesarnos por su salud, nos pregunta si hemos llegado hasta donde llegó él, y no nos da ninguna explicación más. Sin saber a qué se refiere exactamente nos hemos puesto a recorrer el mundo desde el oriente al poniente, y a llegar hasta donde ha estado a nuestro alcance. Pero cuando regresamos para informarle, nos repite siempre la misma pregunta: "¿Pero habéis llegado acaso adonde yo llegué?". Hasta que un día yo tomé la determinación de recorrer el mundo y de no regresar a casa mientras no encontrase el lugar al que llegó nuestro padre, y al que él tiene tanto interés por que lleguemos nosotros también.

La mujer sonrió satisfecha y, con el rostro resplandeciente de felicidad, le dijo a su joven huésped:

—Pues ya has llegado. Este es el sitio que tu padre quería que conocierais. Él desea sin duda que me conozcáis a mí y a vuestros hermanos. Y ahora dime qué es lo que precisas.

—Pues es que estoy buscando el anillo de Siléisila, la hija del sultán de los genios.

La mujer llamó enseguida a los peces y les preguntó por el anillo. Todos negaron haberlo visto:

—Yo no sé nada de él —contestaba un pez tras otro.

Hasta que se acercó uno y dijo:

—Me lo he tragado yo; cuando cayó sobre mí me hizo daño en el ojo.

—Pues ve a vomitarlo —le dijo la mujer— y tráelo aquí, porque no voy a permitir que este joven se vaya sin el anillo.

El pez obedeció sin chistar: se alejó un poco y devolvió el anillo. Lo entregó a la mujer, y ella a su hijastro.

Antes de despedirse, el emir dio las gracias a su madrastra y le dijo:

—Estoy seguro de que mi padre se sentirá feliz cuando sepa que he estado aquí; pero temo que no me crea. ¿No me podrías dar alguna señal que corrobore mi historia?

—Pues llevas toda la razón —respondió ella—; te voy a dar un vaso que lleva escrito mi nombre, más una esponja que él conoce bien y un peine que lleva también mi nombre escrito en plata. Son regalos que él me hizo y que reconocerá enseguida. Gracias a ellos sabrá que le dices la verdad...

Le hizo entrega de los tres recuerdos y le explicó de qué manera podría volver por allí, en el futuro, para hacerles alguna visita. Se despidieron con cariño y emoción, y él salió por la misma puerta por la que había entrado.

Apenas traspasó el umbral se encontró en la playa con su yegua, que le esperaba. Montó en su amada cabalgadura y, sin pasarse siquiera por su posada, marchó al palacio y entregó el anillo al sultán.

Con la tarea ya cumplida, marchó a su habitación para buscar el reposo que bien se merecía, al cabo de tantas aventuras y emociones.

El sultán, feliz de ver cómo sus deseos se cumplían, reunió a sus familiares y dio orden de que todo estuviese dispuesto para que pasasen una espléndida velada. Tras la cena y la oración tomó asiento, y a su lado se puso la sultana, y le dijo a Siléisila:

—Ya tienes aquí tu anillo; así que di a tus palomas que canten, que estamos deseosos de escucharlas.

—¡Qué fácil es decir eso, señor! —contestó ella—. Pero ni hay canto ni hay melodía.

—¿Y eso por qué? —preguntó el sultán, extrañado y algo disgustado—. ¿Qué es lo que pasa ahora?

La hija del sultán de los genios, Siléisila, contestó al monarca con seguridad y aplomo:

—Pues es que para que mis palomas puedan cantar hay que llenar la piscina con un gran fuego, que esté encendido sin que nadie lo apague durante tres días. A continuación tú, mi señor, con tu visir y con el emir que me trajo hasta aquí, habréis de bajar a ella, sin que importe lo caliente que esté. Será entonces cuando mis palomas puedan cantar.

El sultán se puso fuera de sí y rompió en gritos, insultos, amenazas y exigencia de explicaciones, pero nada logró torcer la

voluntad de Siléisila. Él habló con su visir, pidió los consejos e ideas de todos, incluso de las doncellas de la sultana, y no halló más solución que plegarse al deseo de la hija del sultán de los genios.

—Pues si eso es lo que quiere Siléisila, eso es lo que tendrá.

El sultán, poseído por no se sabe qué demonio o encantamiento, cedió y dio órdenes de hacer todos los preparativos.

Trajeron tantos montones de leña que se llenó la piscina, y después encendieron un fuego que convirtió el lugar en un pequeño infierno que estuvo lanzando sus llamas al fuego durante tres días seguidos, con sus noches.

En el segundo día, mientras el joven le daba forraje a su yegua, antes de subir a dormir, ella le dijo:

—Mañana va a ser el día de bajar a la piscina. Levántate pronto, ensíllame, monta y hazme galopar y galopar, y no me des descanso; golpéame, espoléame, haz que corra y sude lo más posible. Recoge mi sudor y úntate todo el cuerpo con él. Pero todo: las uñas también. Porque si queda alguna parte sin untar, se quemará. Así que cuídate de hacerlo muy bien.

El pobre joven no creía en lo que estaba escuchando.

—¿Cómo voy yo a pegarte y a pincharte, a ti, mi yegua querida, a la yegua de mi padre?

—Tienes que hacerlo, porque no te queda otra —le dijo ella.

—Pues no puedo —contestó él—. No puedo hacerte esto a ti, que me has aconsejado y ayudado, y has hecho que llegue hasta donde me era preciso llegar. No puedo.

—Pues no hay otra solución. Has de hacerme trotar, correr, cabalgar, galopar, debes hacer que me agote al máximo, para que pueda darte el sudor suficiente para que te untes todo el cuerpo. Si ves que luego muero, no te preocupes, que todos tenemos que morir.

—Jamás haré nada semejante. Es horrible lo que me pides. Antes dejaré mi vida en la piscina que causarte ese daño.

—No seas testarudo y haz lo que te digo, pues *eso es lo que tiene marcado el destino*.

El emir fue incapaz de conciliar el sueño y de dejar de pensar en la dura prueba que tendría que afrontar por la mañana. No le gustaba hacer sufrir a nadie, y menos a un animal. ¡Y qué animal! La yegua de su padre, la yegua que le había conducido por caminos ignorados, la yegua que había hecho cumplir el deseo de su padre, la yegua consejera, la yegua amiga y compañera de los días más importantes de su vida. Solo el pensar en aquello que le pedía le hacía temblar.

Pero, como dijo ella: *eso es lo que tiene marcado el destino*. Cada cual tiene su camino trazado, y ha de seguirlo.

Al amanecer, sin siquiera haber tomado el desayuno, ensilló a su querida yegua, la montó y la hizo cabalgar, como ella le había pedido. Trotó, cabalgó, galopó hasta que la espuma le salía por todos los poros. Cogió el emir la espuma del sudor animal y, siguiendo el consejo de la pobre yegua, untó todo su cuerpo, sin dejar el más mínimo espacio sin untar.

La yegua, que ya era vieja, quedó agotada por aquellos esfuerzos, no resistió más y cayó muerta, dejando al caballero inmerso en el pesar, en una profunda tristeza. La lloró como a un ser querido y dispuso que se le hiciera un funeral como nunca se hubiera hecho a ningún animal en este mundo.

Después de darle sepultura marchó a su aposento, envuelto en la tristeza y el dolor, y se echó en su cama sin comer ni beber, llorando como nunca había llorado. La noche fue muy larga para él. Pero cuando quedaba poco para el amanecer le venció el cansancio y soñó, en un duermevela, con que su yegua, joven y animosa, le decía que se levantarse para ir adonde esperaban el sultán y su corte.

Se despertó. Era en efecto la hora de prepararse para ir al palacio. Se aseó, se vistió, desayunó y partió directamente a la casa del sultán. Cuando llegó encontró el lugar lleno de gente, con el sultán en lugar eminente; a su derecha su visir, y a su

izquierda Siléisila, la hija del sultán de los genios.

Cuando vio que él entraba, se levantó Siléisila y le dijo:

—Ya es la hora. ¡A bajar los tres!

Con miedo y temor bajaron a aquel infierno de brasas vivas. Apenas entraron en la piscina, el sultán y el visir empezaron a dar gritos espantosos y en un abrir y cerrar de ojos se convirtieron en carbón: quemados y muertos hasta el día de la resurrección.

Todos los presentes acogieron con espanto y estupor la muerte del sultán y de su visir, pero al momento su atención quedó captada por el hecho de que sobreviviese el emir forastero. Él anduvo caminando de un lado para otro sobre las brasas, sin dejar ver ningún signo de molestia ni de dolor, como si se estuviese paseando por un prado.

Ante aquel prodigio se llenó el aire de albórbolas, de aplausos y de gritos de alegría, que hicieron olvidar la muerte de los otros dos.

Salió nuestro joven de allí, y lo recibió Siléisila con todo el cariño del mundo. Los presentes aplaudieron, y algunos marcharon a toda prisa, para llevar a lo lejos la noticia de lo sucedido. No tardó toda la población en enterarse. Fueron reunidos consejos y comités, y tomada la decisión de pedir al joven emir que ocupase el trono que había quedado vacante. Una delegación de la gente del lugar se presentó ante él, y animado por Siléisila aceptó el ofrecimiento.

Comenzaron sin tardanza los preparativos de la coronación. Al instante salieron los pregoneros para anunciar el evento, que sería doblemente feliz porque a la elección del nuevo sultán habría de ser sumado el casamiento con Siléisila. Doblaron los tambores, sonó la música por todas partes, fue decorada la ciudad y se dijo que

durante siete días y siete noches
nadie coma ni beba
si no es en casa de Mhamed,
el hijo del sultán.

Una vez acabados los festejos, el nuevo sultán nombró un nuevo visir y, cuando lo tuvo organizado todo, lo puso al frente del gobierno y se marchó con su esposa a visitar a su padre.

Su llegada se convirtió en un acontecimiento que llenó a su país de felicidad, porque nadie esperaba ya que volviera. Todo el mundo le daba por muerto.

En aquel ambiente de alegría entró a ver a su padre, que lloraba de satisfacción. Su felicidad se desbordó cuando su hijo le informó de que había llegado adonde él había querido que llegase, y cuando le entregó la prueba de ello: el vaso, la esponja y el peine.

El padre, enfermo pero satisfecho, abrazó a su hijo y le recordó que aquella que había encontrado era su otra familia, y que

los hijos de aquella familia eran sus hermanos, y que no debía dejarlos de lado ni olvidarse de ellos.

El emir prometió a su padre que cumpliría con aquellas recomendaciones. Luego le informó de que había sido coronado sultán del país al que había ido, y que ello obligaba a marchar pronto.

El padre le felicitó, le deseó el mayor de los éxitos y le dio consejos y recomendaciones acerca de cómo tratar a su pueblo con benevolencia, clemencia y justicia.

Él prometió a su padre que seguiría su ejemplo y sus consejos, se despidió de él y de todos los suyos, y regresó a su sultanato, con su esposa Siléisila. Y

nuestro cuento
ha terminado
y este año
mucho hemos
cosechado.

LOS DOS CAMINANTES
Y LOS CUATRO ENIGMAS

Éranse una vez dos hombres. Iban caminando juntos, porque querían ocuparse de algunos asuntos, cuando pasaron al lado de una finca. Uno de los dos le dijo al otro:

—Me gustaría saber si el dueño de este campo se lo ha comido ya o si todavía no.

El otro hombre no comprendió qué era lo que quería decir, y no supo qué contestar. Siguieron adelante. Se encontraron con un cortejo fúnebre. El más curioso de los dos volvió a la carga y le dijo a su compañero:

—A saber si este que llevan está muerto o si no.

Su curiosidad se quedó, igual que antes, sin respuesta.

Siguieron avanzando en tanto charlaban de cosas sin importancia. De pronto vieron a una perra con sus cachorros, que no cesaban de ladrar mientras la madre estaba como escondida, calladita y cabizbaja. En aquella ocasión el más curioso de los dos no hizo ninguna pregunta a su amigo, sino que miró con atención y golpeó las palmas de sus manos en señal de lamento o desaprobación.

Sin dejar de caminar, charlar y curiosear, pasaron junto a tres pozos; miraron y observaron que el del medio estaba vacío, y que los otros dos estaban

llenos de agua, y que del uno pasaba el agua al otro.

—¡Mira! —dijo el que andaba siempre haciendo preguntas—. Los dos pozos que tienen agua se la pasan el uno al otro, pero al del medio, que está vacío y seco, no le pasan nada.

Y fue entonces cuando el curioso se decidió por fin a responder las preguntas que él mismo había hecho, y le dijo a su amigo:

—Pues lo que ves quiere decir que llegará un tiempo en que el rico dará al rico, por vanidad o por presunción, mientras que al pobre lo dejarán abandonado en su pobreza y sus necesidades.

—Bien —dijo el otro—. ¿Y la perra? Parece humillada y triste, mientras sus cachorros llenan el aire con sus ladridos.

—Pues eso —respondió el amigo— quiere decir que llegarán tiempos en que los jóvenes no respetarán a los mayores y se convertirán en unos respondones que a todo contestarán con palabras maleducadas, mientras los padres y los mayores agacharán las cabezas, mirarán para el suelo y se callarán.

—Pues todo eso que has dicho lo entiendo ya. Pero la que me parece difícil es la pregunta que has hecho de si estaba muerto o vivo aquel que era llevado al cementerio para ser enterrado.

—Pues es que hay dos tipos de muerte, amigo mío —dijo el que había estado preguntando—. Está la muerte del cuerpo, y

está la muerte de la fama y la reputación. Fíjate en el que hemos visto, por ejemplo. Si deja hijas e hijos legítimos, educados, generosos y cumplidores de buenas obras en sus vidas, no harán más que perpetuar la memoria de su padre y su recuerdo, y le traerán la bendición de Dios y de los hombres: será recordado siempre, como si no hubiera muerto. Pero si deja una descendencia bastarda y malvada, nadie recordará al padre, y si lo recuerda será para mal, y así lo rematarán del todo.

—Pues tienes toda la razón, amigo mío: la buena progenie trae la eternidad al recuerdo de los padres y de los antepasados. Pero no entiendo qué querías decir con eso que dijiste de que "me gustaría saber si el dueño de este campo lo ha comido o todavía no", cuando pasamos al lado de aquella finca.

—Pues claro —respondió el amigo—. Lo que quería decir es que si el dueño se endeudó para labrar su campo, tendrá que pagar la deuda cuando coseche; eso es como decir que ya se la habrá comido y que no le quedará nada. Pero si trabajó sin meterse en deudas, la cosecha, es decir, lo que no se comió, será suya. Es mejor tener poco que tener mucho pero con deudas.

LA ASTUCIA DE LA MUJER VALE DOS Y LA ASTUCIA DEL HOMBRE VALE UNA

Se cuenta de un sultán que se casó con su prima. Se hicieron las bodas y se dijo que

durante siete días y siete noches
nadie coma ni beba
más que en casa de Mhamed,
el hijo del sultán.

La noche de la boda, mientras estaba sentado al lado de su esposa, le preguntó el sultán:

—Prima mía, ¿la astucia de los hombres es dos y la de las mujeres es una?

Ella le contestó:

—No, primo mío; es la astucia de las mujeres la que vale dos; la de los hombres vale solo una.

—Pero ¿qué es lo que dices, mujer? ¿Cómo puede ser eso?

—Pues eso es lo que hay, primo querido. Las mujeres tienen el doble de astucia que los hombres.

—Mujer —dijo él—, mi palabra es la acertada.

—Pues lo siento, pero no —contestó ella—; la que es acertada es la mía.

Con todos aquellos dimes y diretes se alargó la discusión, el tono fue subiendo y

todo acabó en pelea. El señor se enfadó, llamó al guardia y le dijo:

—Saca de aquí a la señora, enciérrala en el sótano y que nadie pueda entrar en contacto con ella.

El guardia se llevó de allí a la esposa y la encerró en el sótano.

A la mañana siguiente bajó el sultán al sótano, le dio los buenos días y le dijo:

—Tú di que la astucia de los hombres es dos y que la de las mujeres es una, y te saco de aquí; de ese modo podremos concluir las celebraciones de nuestra boda y viviremos igual que viven los demás matrimonios.

A lo que contestó ella:

—Es que, lo quieras o no, la astucia de las mujeres es dos y la de los hombres es solo una.

Se marchó él y allí la dejó.

Pasaron los días y la pobre continuó encerrada en aquel sótano. Pero dio con el modo de ponerse en contacto con su padre, y le pidió que excavase un túnel desde su casa a la casa de su tío el sultán. El padre, como sucede a todos los padres, no podía soportar ver a su hija en aquellos apuros, y se puso al momento manos a la obra. Al poco estaba excavado un túnel entre las dos casas.

No perdió la muchacha el tiempo: cada día marchaba por el túnel hasta la casa de su padre y allí se lavaba, comía, jugaba, pasaba el día; y cuando se acercaba la hora de la visita del sultán, regresaba al sótano.

Como cada noche, el sultán le decía:

—Haz lo que te pido, prima mía querida: reconoce que la astucia de los hombres es dos, y que la de las mujeres es solo una, y te saco de aquí para que los dos juguemos, riamos, paseemos y disfrutemos de la vida.

Respondió ella:

—Ya te he dicho que si deseas sacarme de aquí, me puedes sacar; pero que si lo que quieres que me quede, me quedo y en paz. Yo insisto: la astucia de las mujeres vale dos, mientras que la de los hombres vale solo una.

Se enfadó el sultán, la dejó, dio un portazo y se fue.

Un día más fue a verla y le dijo:

—Admite que la astucia de los hombres es el doble de la astucia de las mujeres. De ese modo mañana, cuando me vaya de viaje, te llevaré conmigo y podremos divertirnos y pasarlo muy bien.

Respondió ella:

—Si quieres que vaya contigo, llévame; y si no quieres, aquí me quedaré sentada. Pero la astucia de las mujeres vale por dos. ¿Me podrías decir al menos, primo mío, adónde marcharás?

—Marcho a Jurasán —respondió él.

—¿Y a qué hora vas a salir?

—Al amanecer, después de la oración. Entonces, ¿qué me dices?

—Pues no digo otra cosa sino que la astucia de las mujeres vale dos, y que la de los hombres es solo una.

El sultán se volvió a enfadar y se fue. Ella marchó por el túnel a la casa paterna. Pidió que le fuesen preparadas dos yeguas, una sirvienta y lo que fuera preciso para un viaje.

Todo fue dispuesto al instante y ella fue al guardarropa de su padre y eligió dos atavíos que pudiesen servir de disfraz, para ella y para la criada que iría con ella. Cuando quedó todo dispuesto, encargó a uno de los criados que siguiese los movimientos de su primo y le avisase de su partida.

El sultán terminó al mismo tiempo los preparativos del viaje; y, viéndose preparado, partió con un gran séquito. El criado informó de ello a la señora, y ella se puso en marcha, siguiendo los pasos de su primo.

Salieron de la ciudad y marcharon y marcharon hasta que llegaron a un país lejano. Hizo un alto el cortejo del sultán y se montó una gran jaima para el soberano y otras para sus acompañantes.

Su esposa, que le seguía muy de cerca, llegó en un rato y montó su jaima no lejos de la de su esposo. Entró en la suya, se quitó el traje de hombre, se vistió con sus mejores galas de mujer, se maquilló de manera que no pudiera ser reconocida, se perfumó y se sentó delante de la jaima.

A los acompañantes del sultán, que hacían los preparativos para la comida, les llamó la atención aquella otra jaima, y aún más la hermosa dama que estaba sentada frente a ella. Corrieron adonde estaba el amo

y le informaron de que había allí una dama que estaba sin acompañar por ningún hombre.

—¿Estáis seguros de que no está acompañada? —preguntó él.

—Sí, señor, estamos seguros.

Intrigado, llamó el sultán a su paje y le encargó que fuera a preguntar a la dama, de su parte, si aceptaría su compañía.

—Con mucho gusto —respondió ella—. Será un honor recibir al sultán.

El joven sultán se puso el mejor de sus trajes, se arregló, se perfumó y marchó a la otra jaima. La mujer le recibió con el debido respeto, sin renunciar a su pudor.

Se sentaron a charlar. Luego la sirvienta les sirvió la cena, y les trajo el paje del sultán una bandeja con lo preparado en la otra jaima; y en un ambiente de alegría y amistad cenaron; parecían dos enamorados.

En cuanto dieron cuenta de los manjares, se lavaron las manos, que la sirvienta perfumó con agua de azahar, y se sentaron a tomar el té. Sin que el ingenuo sultán se diera cuenta de nada, la mujer echó un somnífero en su vaso, y al poco rato se encontraba profundamente dormido.

Le quitó ella su reloj, esperó a la aurora y, ayudada por su criada, le quitó su traje, lo dejó en calzoncillos, desmontó su jaima y, sin pérdida de tiempo, regresó a la casa de su padre. Se cambió y se quedó allí hasta que fue informada del regreso del sultán.

Entonces marchó a su sótano y se quedó allí, esperando como si no hubiese pasado nada.

En el entretanto, el sultán había seguido dormido, sin ropa ni jaima. Cuando sus acompañantes se levantaron y salieron de sus jaimas, lo primero que vieron era que había desaparecido la jaima a la que había ido el sultán. Se acercaron y encontraron a su amo semidesnudo y sumido todavía en un profundo sueño.

—Señor, señor, ¿qué es lo que le pasa? ¿Por qué se encuentra usted así? ¡Despierte, señor!

Él abrió poco a poco los ojos, levantó la cabeza, que le dolía, y se puso a mirar a un lado y a otro.

—Pero, ¿dónde estoy? —preguntaba—. ¿Por qué estoy así?

—No hay nadie por aquí, señor: ni la jaima ni sus moradores; solo usted, señor.

—Dios mío, Dios mío, ¿en qué trampa he caído? Ojalá vuelva a toparme alguna vez con la malvada esa: la mataré, le cortaré la cabeza.

Furioso y dolorido, al desdichado no le quedó sino aceptar los hechos. Le trajeron otra ropa, se vistió y tomó el camino de vuelta en compañía de su séquito. Llegado a su palacio, se bañó, descansó un ratito y marchó a ver a su prima.

—Buenos días, prima.

—Buenos días, primo. ¿Qué tal ha ido ese viaje?

—De maravilla; es una pena que no vinieras conmigo.

—Pues me alegro por ti —le respondió ella—. Para mí es como si hubiera estado contigo; si tú lo pasas bien es como si yo lo pasara bien.

Le agradeció el sultán sus palabras y volvió a la carga:

—¿Por qué no me haces caso y admites de una vez que la astucia de los hombres vale por dos y que la astucia de las mujeres es una? De ese modo podríamos hacer otro viaje, pero juntos.

—Ve tú solo, primo querido, si eso es lo que te apetece; pero la astucia de las mujeres es dos, en tanto que la de los hombres es una.

Se enfureció él tanto como las demás veces y salió, abandonando a la mujer a su soledad; o eso era lo que se creía él.

Se quedó al poco tiempo ella embarazada, sin que su primo, que no estaba muy atento, se diera cuenta de su estado. Un mes tras otro, llegó el noveno, y con él los dolores del parto.

Marchó ella a la casa de su padre y dio a luz un niño. A continuación dio de mamar a su hijo, lo dejó al cuidado de las sirvientas y regresó a su celda.

Aquella sería la noble tarea a la que se entregaría a partir de entonces. Cada día marchaba a la casa de su padre para lavar a su hijo, amamantarlo y cuidarlo; y, cuando se acercaba la hora de la visita del sultán, salía

corriendo de vuelta a su sótano, como si nada.

Al cabo de un año le dijo el sultán a su mujer:

—Voy a hacer otro viaje, prima querida. No seas testaruda. Con que me digas que los hombres tienen astucias que valen por dos, y que las de las mujeres valen por una, te llevaré conmigo, para que lo pasemos de maravilla.

—No, primo mío, puesto que es justo al revés. Son las mujeres las que tienen astucias de dos, y los hombres de una. En cuanto al viaje, te lo deseo bueno y feliz. ¿Adónde irás esta vez?

—Voy al sur de Bujara.

—¿Y cuándo partirás?

—La semana próxima, después de la oración de la aurora.

—Pues muy bien. Deseo que tengas un buen viaje y que te diviertas.

Salió él por un lado y ella, sin perder el tiempo, por el otro. En la casa de su padre empezó a disponer los preparativos, igual que la vez anterior; y cuando llegó el momento de la partida, se puso su disfraz y siguió de lejos la caravana de su primo.

Cruzaron valles, campos y pueblos, hasta que se detuvieron para empezar a montar las jaimas. Llegó ella al cabo del rato. Se detuvo no lejos del campamento real, y ella y su doncella montaron su jaima a la vista del séquito de su primo.

Cuando terminaron, entró en la jaima, se quitó el traje de varón, se hizo un peinado nuevo, diferente del habitual suyo, se vistió con lo mejor que había traído consigo y se sentó frente a su jaima para admirar el paisaje y para seguir los movimientos de su primo y de sus acompañantes.

Advirtieron ellos su presencia y vieron que no había hombre alguno junto a ella. Informaron al sultán, su señor, de que la dama del año anterior había vuelto por allí y de que se encontraba acampada al lado.

El sultán, como si se le hubiese borrado de la cabeza la triste aventura del año anterior, envió a su paje a preguntar a la hermosa dama si aceptaría su compañía. Aceptó ella, por supuesto, y al poco tiempo le hizo la visita el sultán.

Lo primero que hizo fue preguntarle por qué le había abandonado la vez anterior. Le respondió ella que lo sentía mucho, pero que había intentado por todos los medios despertarle, sin éxito. Como tenía prisa y el tiempo se le acababa, hubo de dejarle y partir.

Él la creyó y se pusieron a charlar, reírse, bromear; y después a comer y a cenar como dos viejos amigos, por no decir que como dos enamorados. Poco a poco se quedó él dormido bajo el efecto del somnífero, que en aquella otra ocasión fue puesto también en su bebida

Antes del amanecer ella le quitó al sultán su condecoración; se disfrazó una vez

más de hombre, desmontó la jaima, lo recogió todo, ayudada siempre por su doncella, y montó en su cabalgadura para tomar el camino de regreso al hogar.

Por la mañana el primero de los acompañantes del sultán que se levantó miró adonde debía estar la jaima misteriosa, pero no vio nada. Despertó a los demás. El paje salió corriendo, se acercó, encontró a su amo igual que la otra vez, dormido y casi desnudo.

—Señor, señor, despierte, ¡levántese!

Le mojó la cara con agua. Nada. El hombre seguía durmiendo. Cuando por fin se despertó, se dio cuenta de que le rodeaban todos sus acompañantes. Preguntó qué era lo que le había pasado, y supo que había sido víctima de aquella hermosa dama por segunda vez. Se vistió y dio la orden de regreso. Desmontaron las jaimas, recogieron todo y la caravana se puso en marcha.

Una vez en casa, se bañó, se puso ropa limpia y marchó a ver a su prima. La saludó y ella le devolvió el saludo y le preguntó cómo había ido su viaje.

—Pues muy bien —le dijo—; ha sido una pena que no vinieses conmigo. Si dices que la astucia de los hombres vale dos y que la astucia de las mujeres vale una, iremos juntos la próxima vez, y podrás verte libre de este triste lugar. No seas testaruda, prima mía. Ya verás cómo nos divertiremos. Di la frase, dila una sola vez y tendremos una vida feliz.

—Esa decisión de liberarme solo tú la puedes tomar: pero sucede que la astucia de las mujeres es de dos, mientras que la astucia de los hombres es una.

Él volvió a enfurecerse y a irse.

Se quedó ella embarazada otra vez. *El primer mes, el segundo mes, el tercer mes y el noveno con la espalda rota* llegaron con sus dolores y con otro niño. Igual que había hecho con el primero, ella se dedicaba a cuidar y a alimentar al segundo, mientras su primo estaba con sus ocupaciones en la corte; pero cuando se acercaba el momento del regreso a casa, volvía ella a su triste morada, a la que acudía a visitarla el marido, cada mediodía y cada noche.

Pasó el año o un poco más. Un día entró el marido a hacerle la visita, y le dijo:

—¡Prima mía! Voy a hacer otro viaje para conocer más lugares. Escúchame, cabezota: di de una vez aquello que te pido y haz que vayamos los dos a contemplar otros mundos; así nos distraeremos y nos divertiremos.

—Ya sabes, primo querido —respondió ella— que esa decisión de liberarme está en tus manos. Pero te repito que la astucia de las mujeres es dos, y que la astucia de los hombres es una. A ti es a quien toca decidir. ¿Y adónde te dirigirás esta vez?

—Pues voy a visitar Budur, el país de las maravillas.

—¿Y cuándo irás, si Dios quiere?

Él le informó de cuándo iba a salir, intentó convencerla una vez más y, tras un nuevo fracasó, volvió a ponerse furioso y a irse.

El día de la partida estaba también ella lista con todo lo necesario; salió él por un lado y ella por el otro, junto a su fiel doncella. Sin hacerse notar, siguió los pasos de la caravana regia, visitó los lugares que visitaban el sultán y sus acompañantes y, cuando ellos eligieron un lugar en que acampar y empezaron a montar sus jaimas, llegó ella, eligió un sitio no muy cerca pero a la vista y montó su jaima.

La vieron los miembros del séquito del sultán e informaron a su señor de que la hermosa dama del año anterior volvía a andar por allí. Al oír el sultán aquella noticia, empezó a hacerse mil preguntas y a pensar que era como si hubiesen quedado citados.

Se calló al principio, pero luego le vencieron la tentación y la curiosidad. Llamó al paje y le envió a preguntar a la dama si aceptaba la visita y la compañía del sultán. Suele decirse que *a las órdenes de los sultanes se debe obediencia*; por eso aceptó la dama tal honor, y por tercera vez se repitió toda la rutina: el recibimiento, el té, las comidas, la velada, la charla, las bebidas, sin que faltara el somnífero.

Antes de la aurora ella quitó a su dormido huésped su bufanda de seda, que tenía el nombre de él bordado, se esfumó y dejó al pobre hombre dormido bajo el cielo.

Llegaron los criados y los guardias, le despertaron y, cuando recuperó la consciencia, le manifestaron el dolor que sentían, y con cuidado le hicieron ver que cada año caía en la misma trampa.

—*La ghaliba il-la Al-lah,* "no hay vencedor sino Dios" —les dijo él—. Me ha derrotado una vez más.

Dio la orden de levantar el campamento, cosa que hicieron a toda prisa. Se dio una vuelta más por el país y tomó el camino de casa. Tras el descanso, el baño y el rezo, se fue a hacer su visita a su esposa y prima.

—¿Cómo estás, prima? —le preguntó.

—Muy bien —respondió ella—. Y tu viaje espero que haya ido según tus deseos.

—Ah, pues ha ido muy bien: ha sido un viaje maravilloso. Si hubieses dicho que la astucia de los hombres es dos y la de las mujeres una, te hubiese llevado conmigo, y te hubieses divertido y hubieses descubierto nuevos mundos, en vez de quedarte aquí enterrada. Cree que todo esto me duele.

—No tengas preocupación por eso, primo querido; yo estoy bien, puesto que la astucia de las mujeres es dos y la de los hombres es una.

Se enfadó de nuevo él y salió de allí rugiendo como un tigre.

La mujer, que había dado a cada uno de sus hijos el nombre del país que había visitado de incógnito mientras seguía los pasos del sultán, se quedó embarazada por

tercera vez. Pasaron los meses y dio a luz a una niña cuyo nombre fue *Budur,* por el país del último viaje.

Corrieron los días y los meses, y aquella hija fue creciendo sin que su padre supiera de su existencia ni de la de los hermanos que habían llegado antes. El padre, por testarudo que fuese, amaba a su mujer, y por esa razón no cesaba en su intento de convencerla de que aceptase lo que él le decía acerca de la astucia de los hombres y de las mujeres, pese a la falta de éxito.

Un día más entró a verla y de nuevo le pidió que aceptase que la astucia de los hombres es el doble de la astucia de las mujeres; en caso de que no lo hiciese, su propósito era casarse con otra.

—Cásate si ese es tu deseo —le respondió ella.

—Voy a disponer ya, pues, la petición de mano.

—Pues adelante, primo, y que seas feliz.

—Sé razonable y admite que los hombres son el doble de astutos que las mujeres, y entonces renunciaré a todo lo demás.

—Haz lo que te apetezca, primo querido; pero lo cierto es que las mujeres son el doble de astutas que los hombres.

No había esfuerzo que no fuese inútil. La mujer, terca como una mula, no cedía un ápice en su resuelta convicción.

Dicho y hecho, el sultán cumplió con su amenaza y se casó con otra.

Y se dijo que

durante siete días y siete noches
nadie coma ni beba
más que en casa de Mhamed,
el hijo del sultán.

En el séptimo día, aquel que llamamos *el día de la entrada*, es decir, de la noche nupcial, vistió la mujer a sus tres hijos y dio al primogénito el reloj de su padre, al segundo la condecoración, y la bufanda de seda a la hija, y les envió con un criado a la casa del sultán para que presenciasen desde allí los festejos y la boda. Antes les dijo que no temiesen nada, y que cuando estuviesen allí se pusiesen a romper vasos y platos y a derramar bebidas o lo que quisiesen; y que si alguien les reprendía, diesen esta respuesta: "¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Es que en casa de nuestro padre hay gente que nos riñe y nos reconviene?".

En cuanto les dio aquellas instrucciones llamó al criado y le ordenó que los acompañase hasta la casa del sultán y que los esperase fuera.

Entraron, buscaron un buen lugar y enseguida se pusieron a hacer aquello que les había encomendado su madre. Rompieron por aquí, derramaron por allá, hicieron ruido cuando lo que se necesitaba era silencio…

Hasta que la concurrencia empezó a protestar y a gritar:

—¿De dónde ha salido esa gente? ¿De quién son estos? ¿Por qué os comportáis así, niños?

Y ellos respondieron, tal y como les había indicado su madre:

—¿Es que en casa de nuestro padre hay gente que pueda reñirnos?

Los encargados de los festejos, al ver lo que pasaba y lo que decían aquellos niños, llamaron a quien los llevaba consigo y le pidieron que se marchase con ellos a su casa.

Ellos se fueron detrás del criado, pero por el camino uno de los hermanos miró hacia el cielo y dijo:

—*Hermanita con tu velo,*
¿qué es lo que gira en el cielo?

El criado levantó la cabeza y se puso a buscar lo que fuese que hubiese girando en el cielo; aprovecharon los niños para escaparse y regresar a la fiesta.

Eso hicieron una y otra vez hasta que lo supo el sultán, quien, harto del trastorno que causaban, dijo:

—Voy a sacarlos yo mismo de aquí.

Sacó a los tres hermanos de allí, y por el camino intentaron ellos repetir lo que habían hecho con el criado. Uno de los hermanos le dijo a la niña:

—*Hermanita con tu velo,*

¿qué es lo que gira en cielo?

Aquella vez no le sirvió de nada la astucia, porque el sultán le respondió:

—No hay nada que gire en el cielo; así que dejaos ya de tanto lío y decidme dónde está vuestra casa.

Hicieron otra vez los niños el mismo intento, pero sin resultado. Tuvieron que enseñarle al final dónde estaba su casa.

—¡Pero si esta es la casa de mi tío!

Pensó el sultán que aquella sería otra travesura de los niños, pero ellos empujaron la puerta y entraron. Él los siguió, y dentro encontró a su mujer sentada y bien arreglada, como si le estuviese esperando. El pobre hombre no daba crédito a lo que veían sus ojos.

—Pero, ¿qué haces tú aquí? —le dijo.

—¿Es que no lo ves? Pues aquí estoy.

—¿Y estos niños?

—¿De quién van a ser esos niños sino tuyos?

—¿Y las cosas mías que llevan los niños? ¿De dónde han salido?

—Pues de lo que yo te quité: en tal país, el reloj; en el otro, la condecoración; y en el último, Budur, la bufanda.

—¿De modo que eras tú la que montaba su jaima al lado de la mía?

—Pues sí. ¿O es que te pensabas que me iba a quedar todo este tiempo encerrada en ese sótano? Hice cavar un corredor y todos los días me los he pasado aquí

jugando, riendo y disfrutando. Y cuando me hablabas de que te ibas de viaje, yo te sacaba todas las informaciones que necesitaba y me iba detrás de ti. El resto ya lo sabes. ¿Es que de verdad te pensabas que iba yo a quedarme en el agujero aquel todo el tiempo? Pues no, señor. Así que admítelo de una vez: *La astucia de las mujeres es dos, y la astucia de los hombres es una*. ¿Es así o no?

—Pues sí, señora:

De astucia
las mujeres
tienen dos,
lo admito,
pues con ellas
me quemaron;
a lomo de león galopan,
pero dicen que temen a la paloma.

El sultán no cabía en sí de gozo, pese a la derrota. Besó a su bien amada mujer y le dijo:

—*Haga Dios que seas mi esposa en esta vida y después.*

Abrazó y besó a sus hijos, y todos juntos se dirigieron al palacio, en el que el festejo se transformó en circuncisión de los hijos y se prolongó por siete días más.

Y en su sueño cayeron
hasta que juntos murieron.

EL SULTÁN QUE APRENDIÓ UN OFICIO PARA PODER CASARSE

Érase una vez un sultán: Aunque, como es sabido, *Dios es el único sultán, y quien tiene pecados que pida perdón.*

Aquel sultán era bueno y justo, y tenía la costumbre de salir de cuando en cuando en visitas de inspección por el país, para ver cómo les iba a sus gentes. Solía hacer esas rondas una vez en la ciudad y otra vez fuera, para enterarse por sí mismo de la situación en que vivían sus súbditos y conciudadanos.

Salió un día a las afueras en compañía de su visir, para visitar los campos y las zonas rurales. Hacía mucho calor; sintieron de pronto sed y buscaron un lugar en que descansar y refrescarse. Recorrieron con la vista el amplio espacio que había a su alrededor, hasta que vieron a lo lejos una tienda, y hacia ella encaminaron sus pasos. Al llegar llamaron:

—Dueños de la tienda, ¿hay alguien aquí?

De pronto salió una doncella guapa, hermosa, de cabello largo que caía hasta las rodillas, ojos negros que hacen batir los corazones, mejillas como rosas, un talle *parecido a una rama de sauce* y una sonrisa más iluminada que el sol. Una criatura que *avergüenza a los ojos que la miran.*

—*Assalamu aaleikum*, "que la paz sea con vosotros" —le dijeron.

—*Wa aaleikum assalam*, "y con vos la paz" —respondió ella.

—¿Dónde está tu padre?

—Se ha ido a acompañar a quien no regresa.

—¿Dónde está tu madre? Llámala.

—Mi madre se ha ido a sacar un alma de otra.

—Entonces llama a tu hermano, si es que tienes alguno.

—Mi hermano se ha ido a hablar a quien no le responde.

—Entonces estás sola.

—Sola estoy.

—*Huéspedes de Dios somos* —le dicen.

—Bienvenidos seáis. Haced el favor de entrar.

Entraron en la tienda, y ella se fue a prepararles una *aasida*[15].

El sultán, intrigado ante las respuestas recibidas, le dijo a su visir que se estuviese tranquilo, y que él saldría e iría adonde estaba la muchacha, porque seguro que algo más podría sacarle.

Se retiró el visir y el sultán se acercó adonde estaba la muchacha. Buscó una piedra y se sentó encima, mientras

---

[15] *Aasida*, plato común en casi todos los países árabes. Consiste en gachas a base de harina, que se ofrece como un cono, en una fuente regada con aceite y miel, o bien con jarabe de dátiles o azúcar.

contemplaba cómo la joven calentaba el agua y preparaba la harina para las gachas. Quería hacerle hablar, pero no se le ocurría por dónde empezar la conversación. Cuando oyó que el agua hervía, se dirigió a la atareada mujer y le dijo:

—¿Qué es lo que dice el agua cuando hierve?

Respondió ella:

—El agua dice que

en el cielo he hablado.
la tierra he regado,
la rama que he cuidado
con ella fui quemado.

El sultán se quedó pasmado y se dijo para sus adentros: "*Alah, Alah*", "*bien, bien*". Preparada la *aasida*, la comieron, se lavaron las manos, dieron gracias a Dios y a la anfitriona y se despidieron.

Por el camino el sultán le dijo a su visir que aquella muchacha era muy elocuente, que se expresaba de una manera poco común y que no pensaba dejarla escapar.

Al día siguiente, bien temprano por la mañana, el sultán envió un guardia a buscar al padre de la muchacha. El padre, que nunca había sido llamado por las autoridades, se asustó y empezó a preguntarse qué habría hecho él de malo para que el sultán le llamase. Pero no encontraba respuesta. El pobre, temblando de miedo, siguió al guardia

con un paso hacia adelante y diez hacia atrás, como suele decirse.

Llegó al palacio. Le llevaron al instante a presencia del sultán. Hizo las reverencias debidas, deseó los buenos días al soberano y se quedó a la espera, temblando, sin saber cómo ponerse. El soberano se dio cuenta de su nerviosismo, le tranquilizó y le preguntó si tenía una hija. Le contestó que sí.

—Pues te pido su mano —le dijo el sultán—. ¿Me la concedes?

—Por mi parte no hay inconveniente, pero antes debo preguntarle a ella.

—Me parece bien —dice el rey—. Hazlo tan pronto como puedas.

El pobre padre se despidió de allí más tranquilo y corrió directamente adonde estaba su hija. Le expuso la situación y esperó su respuesta. En contra de lo que se hubiera esperado, la muchacha le dijo que no se casaría con el sultán.

—¿Y por qué razón, hija? Si es el sultán. Piensa en lo bien que vivirías, sin tener que trabajar ni pasar fatigas, y con criadas, doncellas y sirvientes a tu servicio.

El ilusionado padre hablaba y hablaba, sacaba argumentos de aquí y de allá, intentando convencerla. Pero nada. Al final le dijo ella a su padre:

—Me caso con él a condición de que aprenda un oficio. Cuando tenga un oficio, me casaré con él.

Con más temor y miedo que en la ocasión anterior, volvió el padre al palacio,

imaginando qué reacciones podría esperar. Se hizo anunciar, le hicieron pasar ante el soberano y, tras presentar los respetos debidos, transmitió al sultán la condición que ponía su hija. El sultán se extrañó y dijo:

—¿Y a qué oficio se refiere? Yo soy el sultán, ¿o es que tu hija no se ha enterado? ¿De qué oficio y de qué bobadas habla? ¿Es que no sabe que yo tengo todo el poder en mis manos?

El pobre padre, sin levantar la mirada del suelo, le respondió casi en susurros:

—Lo que ella quiere decir es que el poder se acaba, igual que se acaban el dinero y las riquezas; por eso quiere que tenga usted un oficio; según ella, eso es algo que sirve para siempre; sin oficio no se casará con vos, señor.

—¿A estas alturas? ¿Y qué oficio voy a aprender yo?

Estas y otras preguntas hacía el infeliz sultán al padre de la pretendida.

—¿Con mi edad y con mi posición? —repetía una y otra vez, bien extrañado.

El padre, todo confuso, le dijo:

—Pues eso es lo que desea ella, y me ha comunicado además otra condición: que "si llegamos un día a separarnos, yo me llevaré lo más valioso que tenga en la casa".

El sultán no sabía qué hacer ni qué decir. Aquella última condición la veía aceptable y comprensible, pero la del oficio era cosa que para él no tenía ningún sentido.

Al no ver ninguna solución a todo aquello, se dirigió al visir:

—Opina, visir,
si quieres con tu cabeza seguir.

El visir se puso a pensar y a pensar, y halló por fin una solución. Sugirió al sultán que aprendiese las labores del ganchillo, que le permitirán tejer bolsas como aquellas que servían para llevar el dinero y otros objetos parecidos.

Aceptó el sultán y se puso a aprender las labores de ganchillo. Cuando se vio diestro en el oficio, envió a decir a la prometida que ya tenía oficio y que esperaba su respuesta. Ella, satisfecha, le mandó decir que desde el momento aquel ya no había ningún inconveniente, y que consentía en casarse con él.

No había tiempo que perder: se hicieron los preparativos y se casaron felizmente. Vivieron felices y tranquilos, sin problemas ni dificultades.

Hasta que un día se acordó el sultán de aquella segunda condición y se puso a pensar cuál podría ser la cosa que su mujer quisiera tanto como para llevársela con ella en caso de separación.

Buscó motivos de enfado por aquí y por allá y no los encontró; pero se los inventó y fingió que se enfadaba y que no podía soportar más la compañía de su esposa. Llamó a uno de los sirvientes y le dijo

que la acompañase al día siguiente hasta la casa de su padre; y salió de allí rugiendo y dando un portazo.

Apenas se alejó él de allí, llamó ella a su paje y le ordenó que fuese corriendo al ebanista y que le encargase un baúl de la talla de un hombre, con rejas que permitieran que pasase el aire, y con el cierre por fuera. Como *las órdenes de las sultanas son obedecidas sin rechistar,* tres o cuatro artesanos se pusieron manos a la obra, y en una hora estuvo listo el baúl.

Aquella noche, tras la cena, echó ella un somnífero en la bebida del sultán, quien se quedó dormido; llamó a sus fieles sirvientes, que la ayudaron a poner al durmiente en el baúl, y les dijo:

—Llevadme a la casa de mi padre, y al baúl conmigo.

Una vez en la casa del padre, él le preguntó por qué razón estaba ella allí a aquellas horas, y con aquel baúl. Ella le pidió que guardase silencio y que le ayudase. Abrió el baúl, sacaron al marido y lo acostaron sobre la cama; ordenó retirar el baúl y ella se sentó al lado de su esposo, que seguía como dormido o drogado. Hasta que el sultán se despertó, abrió los ojos y se encontró en un lugar que no era su dormitorio.

—¿Dónde estoy? —dijo.

—Estás en casa de mi padre, conmigo.

—¿Y qué hago yo aquí? ¿Cómo he llegado hasta este lugar?

—Pues porque te he traído yo. ¿No te acuerdas de la condición que puse, de que en caso de separación me llevaría conmigo lo más caro que tuviese en casa? Pues tú eres lo más caro para mí. Para la esposa, el esposo es siempre lo más querido.

Contento, y satisfecha del todo su curiosidad, el sultán se puso a rezar, a rogar a Dios y a decir a su mujer:

—*Haga Dios que seas mi esposa en esta vida y después.*

Luego les hizo saber a su suegro y a su esposa por qué había fingido aquel enfado, y la llevó de regreso al palacio, en donde siguió felizmente el curso de sus vidas.

Pasó el tiempo y, por razones que no son explicables ni comprensibles, porque nunca lo son, estalló una guerra y aquel pacífico país se vio inmerso en una dura y larga contienda.

El sultán, caudillo de su ejército, luchaba siempre en la primera línea, hasta que cayó prisionero en una de las más duras batallas, y con él su fiel visir. Su hermano se hizo cargo del poder durante su ausencia y puso en marcha todo un ejército de informadores para que buscasen y encontrasen al soberano entre los desaparecidos. Pero no hubo manera de encontrarlo.

Pasaron los días y las semanas. El sultán cautivo tenía a su visir al lado, en aquella desgracia. Un día su fiel servidor se acercó y le dijo:

—Señor, ¿es que no se acuerda usted de que aprendió a hacer ganchillo y a tejer bolsas y cosas de ese estilo?

—Pues sí —respondió el sultán—, me acuerdo, y creo que ese podría ser un buen pasatiempo durante este triste cautiverio.

—Entonces —siguió diciendo el visir— vamos a pedir hilo y agujas, para que pueda usted tejer cosas y escribir su nombre en ellas; creo que esa podría ser una manera de hacer llegar afuera la noticia de adónde estamos.

El sultán pensó que aquella era una idea buena y de su agrado. Encargó al visir que la pusiese en práctica. El visir llamó al guardia y le dijo:

—Mira, buen hombre, estamos aburridos de no hacer nada; nos gustaría entretenernos en algo que nos permitiera matar el tiempo. Tráenos, si te parece bien, unos ovillos de hilos de lana y de seda, y algunas agujas de ganchillo, que usaremos para distraernos y para pasar el tiempo; tejeremos bolsas y algunas otras cosas que tú podrías vender; la ganancia te la quedas tú.

Al guardia le gustó aquella propuesta y aceptó. Al día siguiente les trajo lo pedido, y el sultán se puso enseguida a la labor:

Día a día
el sultán tejía
y el guardia vendía,
hasta que
aquella mercancía

de mano en mano
llegó a la posesión
del hermano
del sultán.

El hermano del sultán, a cuyas manos llegaron aquellas labores, las miró bien y, cuando prestó más atención, reconoció la firma y la labor de su hermano. Fue corriendo a enseñarlas a su cuñada y a decirle que ya sabía dónde estaba prisionero su marido.

—Pues no hay tiempo que perder —dijo—. Vamos para allá.

El hermano se puso al mando de un ejército y se dirigió adonde estaba el prisionero. Negoció su liberación, la de su visir y la de unos cuantos de sus súbditos, y volvieron todos victoriosos y felices.

Entró el sultán en su palacio y dio las gracias a su hermano y a todos los que le habían prestado su auxilio. A continuación se dirigió a sus apartamentos para visitar a su querida esposa. Ella le recibió con alegría, albórbolas y abrazos.

Con la ayuda de sus doncellas le preparó el baño y la ropa, y después de descansar y de comer se sentaron a charlar y a contarse sus desventuras.

Al final le dijo ella:

—¿Has visto que tener un oficio es cosa que puede ser de vida o muerte para cualquiera? Si no hubiese sido por la labor que aprendiste, no hubiese sido fácil saber de

ti ni descubrir dónde encontrarte. Como dicen nuestros mayores: *Se acaba la riqueza de los abuelos, pero permanece el oficio de las manos.*

—Tienes toda la razón, querida esposa —dijo él—. Dios haga *que seas mi esposa en esta vida y en la del más allá.*

Tranquilos y felices
siguen viviendo
y a sus hijos cuidando.
Así les he dejado,
sin que mis ojos
los hayan contemplado.

LA JOVEN HUÉRFANA
Y LA SERPIENTE QUE LE DIO SU ORO

Érase una vez un hombre que era el padre de una joven bien educada, que estaba siempre contenta y satisfecha con lo que le traía su padre. Así le había enseñado su madre y, hubiese mucho o poco, se pasaba los días dando las gracias y alabando a Dios.

Pero la vida no siempre es fácil. Murió la madre y al poco tiempo se casó el padre. La madrastra no entendía las cosas igual que la hija, porque tenía otra educación. Cada vez que la hija daba gracias al Señor, la madrastra gritaba al cielo, la reñía y se enfadaba, y hasta la amenazaba con castigarla si repetía aquella alabanza. El padre trataba de mediar para poner paz entre las dos mujeres y devolver la tranquilidad a su hogar.

—Déjala tranquila —le decía cada vez a su mujer—. ¿Qué mal hay en alabar al Señor? Es lo mejor que pueda decir una persona.

—¡Pues no! ¡Ni hablar! Tiene que dejar de hacer eso.

Una noche, mientras velaban, se apagaron las luces. En la oscuridad no encontraron con qué encender las velas. El padre se puso la chupa y la capa y salió a la calle. Regresó al poco rato con un pedernal y un eslabón y, frotando las piedras una contra la otra, volvió a encender las velas.

Cuando volvió la luz, la hija dijo:

—¡Alabado sea Dios!

La madrastra, que estaba siempre a punto de saltar, le dijo:

—¿Qué? ¿Porque tu padre trae un pedernal y un eslabón te pones a alabar al Señor?

Miró a su marido y le dijo:

—¿Ves cómo lo que busca es molestarme y fastidiarme en cuanto puede?

—Tú deja que ella diga lo que quiera, mujer. ¿A ti qué más te da?

—¡Pues de eso nada! —respondió la madrastra—. Lo hace solo para pincharme. Como sabe que no me gusta que lo diga, no deja de repetirlo, venga o no a cuento.

—¿Y qué quieres que yo le haga? ¿La echo de aquí?

—¡Sí! Échala.

—Pues juro por Dios que es lo que voy a hacer. La voy a echar afuera, a ver si puedo conseguir que haya paz de una vez en esta casa.

Sin pensárselo dos veces tomó a su hija de la mano, la puso en la calle, regresó a la casa y cerró la puerta.

Apenas se había ido el padre, pasó por allí un viejecito y vio a la muchacha llorando y apoyada en la pared. Se acercó a ella y le preguntó por qué razón estaba allí y a qué venía su llanto. La chiquilla le contó lo que había sucedido con su madrastra y cómo su padre obedecía ciegamente a aquella mujer.

—Todo —le dijo— porque mi madrastra no quiere que alabe al Señor, y porque mi padre le hace caso en todo.

—Hija mía, pues yo no puedo llevarte a mi casa, porque mi esposa es como tu madrastra o peor. Si te llevo conmigo, solo Dios sabe lo que me podría esperar. Pero tampoco puede ser que te deje aquí: sería incorrecto por mi parte. Pero tengo una segunda casa vacía. No vive nadie en ella. Si no te da miedo estar y dormir sola, te puedo llevar para que duermas allí.

—Dios estará conmigo. Nada puedo temer. Muchas gracias.

La llevó a su segunda casa, la dejó allí y regresó a la suya. Aprovechó que su mujer andaba ocupada por allí para coger una estera, una piel de cordero que servía de alfombra para los pobres y una almohada, y se las llevó a la muchacha. Le entregó aquellas pocas cosas, más un pan como todo sustento. Y se despidió diciéndole:

—Queda con Dios, hija, y no temas nada.

Se quedó la pobre muchacha llorando, sola en aquella casa sin saber qué hacer ni qué iba a ser de ella.

Andaba de un lado para otro por la casa cuando vio a una serpiente que bajaba del techo. Sin pensárselo dos veces le acercó el pan que había traído el viejo para ella, y siguió adelante con su inspección. El reptil comió aquel pan, dejó a la joven unas cuantas monedas de oro y regresó a su

escondite. La joven recogió las monedas aquellas y las guardó.

Por la mañana acudió el viejo a ver cómo se encontraba su protegida, si había tenido miedo o no y si seguía bien. Cuando introdujo la llave en la cerradura y escuchó aquel ruido, la muchacha corrió a la puerta, y apenas puso el hombre los pies adentro, se acercó a él para darle los buenos días.

—Buenos días, cara de bueno —le dijo.

—Pero hija, ¿qué es lo que pasa? ¿No has tenido miedo? ¿No te ha pasado nada malo?

—No he tenido ni inquietud ni miedo. Dios está de mi lado —luego le dijo—: ¿Señor padre?

—Sí, hija —respondió él.

—¡Toma! Aquí tienes unas cuantas monedas de oro. Me gustaría que las cambiases y que me comprases una olla con su cuscusera[16], unos cacharros para la cocina, un poco de verdura y algo de carne. Quiero preparar un plato de cuscús y me gustaría que vinieras a comer hoy conmigo.

—Pues de acuerdo, hija, ahora mismo voy. Pero, ¿me podrías decir de dónde han salido estas monedas?

—Ya te lo explicaré —respondió ella—. Dios no abandona a sus criaturas.

El buen hombre cogió las monedas, las cambió, entró en el zoco, compró a su nueva

[16] Para preparar el cuscús se precisa una olla con una especie de colador encima, para que el cuscús se cueza al vapor del caldo.

hija todo lo que había pedido y regresó con las compras. La dejó ocupada en sus tareas y regresó a su casa.

Cuando le sirvió su esposa la comida, probó unos pocos bocados porque, le dijo a su mujer, no tenía mucho apetito. Y salió, se suponía que a sus quehaceres. Pero en realidad marchó a su otra casa, para comer allí con su joven protegida.

Ella, como buena ama de casa que era, había limpiado y ordenado su nuevo hogar. Se metió en la cocina con lo que había traído el buen hombre. Se puso manos a la obra y preparó un buen cuscús, digno de las más nobles y reconocidas mesas.

Apartó un buen plato y lo dejó para la serpiente, en el rincón en que lo había visto bajar. Puso luego la mesa y almorzó en compañía de su benefactor, contenta y casi feliz, sin acordarse de su madrastra ni de su fastidio.

Después del almuerzo puso el té a hervir y fue a ver el plato de la serpiente. Lo encontró limpio de comida, pero lleno de una cantidad *de lo que haga Dios tendréis y tendremos como bien lícito*: de unas cuantas monedas de oro. Tantas o más que la primera vez.

Escondió aquellas monedas y volvió a la cocina. Terminó de preparar el té, lo sirvió y, mientras lo tomaba con el viejecito, le entregó unas cuantas monedas más y le pidió que le comprase un baúl.

Se acabó el buen hombre su té y fue adonde un ebanista que conocía y compró un baúl de buena madera, con una cerradura bien fuerte. Lo llevó a la casa en la que estaba la joven, y luego regresó a la suya.

Día tras día, la misma rutina: ella ponía la comida para la serpiente, y esta se comía lo que le habían preparado, y llenaba el plato de oro, que ella guardaba en el baúl.

Pero el oro no está hecho para almacenarlo: es solo un medio para mejorar la subsistencia y la vida. Así que la inteligente y bien preparada joven tomaba de cuando en cuando unas monedas, las entregaba a su casi padre, y le encargaba aquello que juzgase necesario para mejorar y amueblar aquella estancia, que poco a poco se fue convirtiendo en una rica residencia, en la que nada se echaba en falta. Y ella, su dueña, disponía de los más ricas y elegantes vestidos.

Pero no se olvidaba de los pobres y necesitados a los que, siempre por medio del viejo, beneficiaba y ayudaba de tal manera que la puerta de su casa llegó a ser la meca de todos los pobres del vecindario.

Un día llegó a sus oídos la voz de un hombre que pedía limosna. Se detuvo a escuchar, intrigada y algo conmovida. Aquella voz que pedía una humilde ayuda una vez tras otra no le resultaba extraña. "¿Es esta la voz de mi padre, o es que la soledad me está confundiendo?". Volvió a

prestar atención, y cuanto más escuchaba, mejor reconocía aquella voz.

Abrió la puerta y pidió al mendigo que entrase en el zaguán para recibir alguno *de los bienes de Dios*. Cuando vio al pobre hombre de cerca, no le cupo ninguna duda: reconoció en él a su padre. Pero él no la reconoció a ella. Cuando la había echado a la calle, había echado a una muchachita que era casi una niña. Pero quien le había abierto la puerta era una moza hermosa, de rostro precioso y elegante figura.

—Dígame, señor, puesto que su cara no es la cara de un mendigo, ¿cómo es que anda usted pidiendo limosna por ahí?

—El destino tiene estas cosas, hija mía —respondió él con un suspiro.

—Pero usted no está hecho para mendigar. Cuénteme qué es lo que le ha pasado.

—No podría contárselo, señorita. Deme lo que pueda, si es que desea ayudarme, y deje que siga mi camino.

—Le daré, y mucho, si Dios quiere. Pero antes le ruego que, por lo que más aprecie y quiera, me cuente su historia. Porque alguna historia tendrá usted, ¿o no?

—Pues ya que insiste, le diré que yo tenía una hija a la que quería con todo mi corazón; la podría poner en mi ojo y no la sentiría; era, como solemos decir, *la niña de mis ojos*. Y puesto que usted me lo pide por lo más querido que tengo, por ella le voy a contar mi desgracia.

Con tristeza, suspiros y algunas lágrimas en los ojos le contó su historia, con todos los detalles. La hija escuchaba y apenas podía dominar sus emociones. Cuando terminó su triste historia, le preguntó la joven:

—¿No tendrá o no tendría su hija, acaso, alguna señal especial?

—Pues sí. A su madre, que en paz descanse, por su salud o por su mala suerte no le vivían los hijos. Cuando esta hija sí llegó a vivir, hice que le tatuaran su nombre y su apellido en uno de sus brazos.

—¿Y no será este el tatuaje, padre?

Descubrió su brazo y le enseñó el tatuaje. El padre, al verlo, perdió casi el conocimiento. Se echó a temblar, su rostro perdió el color, sus ojos se llenaron de lágrimas. Y su lengua fue incapaz, bajo los efectos de aquella fuerte emoción, de pronunciar ni una palabra que se comprendiese: balbuceos y suspiros eran lo único que salía de su boca.

Su hija fue corriendo a traer un poco de azahar, se lo echó por la cara y le dio algunas friegas en la cabeza. El padre pudo volver en sí. Abrazó con fuerza a su hija y se puso a pedir disculpas y perdón, y a hacer preguntas sin saber dónde ponerse ni qué hacer, de tan emocionado y feliz como estaba.

La hija le contó todo:

—Dios me ha enviado un padre como tú. Me ha traído aquí, me ha ayudado y protegido, como si fuera su propia hija. Aquí

estoy, alabado sea Dios, en un hogar, a salvo de peligro y sin que nada me falte. Y ahora recupero a mi querido padre. Gracias, Señor, por todo.

Abrazaba sin cesar a su padre, mientras le decía:

—Vete a buscar a tu esposa, a mi madrastra.

—Pero, ¿cómo? —le dijo el infeliz—. ¿Con todo el mal que te causó y quieres que venga?

—Todo aquello da igual, padre. Es agua pasada —respondió la hija.

Salió el padre y trajo consigo a su esposa. La hija le dio la bienvenida y la abrazó como si fuera su propia madre. La madrastra, llena de vergüenza, se disculpó, pidió perdón y explicó a la muchacha que desde que se había ido de casa no habían tenido ni un solo día de felicidad. Todo empezó a ir de peor en peor, hasta que les llegó la pobreza y la ruina.

—Con tu partida salió todo el bien de nuestra vida. Contigo Dios se llevó su misericordia y su generosidad.

Estaban los tres sentados tomando el té y hablando de todo cuando entró el viejecito dueño de la casa y protector de la hija. Se detuvo extrañado cuando vio que había un hombre en casa.

—¿Quién es ese señor? —preguntó a la muchacha.

—Es mi padre —le dijo ella—. Acérquese.

Presentó a su benefactor a su padre y a su madrastra, y se sentaron para hablar y conocerse mejor. Pero el benefactor no podía dejar de preguntar al padre de la hija —de la hija de ambos, ya— cómo había sido capaz de echar a su propia hija a la calle. El otro, avergonzado y dolido, le explicó que había sido en un momento de enfado y de cólera; que lo que quiso tan solo fue cumplir el juramento que se le había escapado de su boca; y que cuando, una vez que se calmó, salió para hacerla entrar de nuevo, ella ya no estaba:

—Dios se la había enviado a usted para que la salvase y la protegiera. No sé de verdad cómo darle las gracias.

Los dos hombres se hicieron amigos. Y la hija y la madrastra vivieron en buenos términos.

Pero un día decidieron preparar una buena comida, mas no encontraron carne en el mercado. Los dos hombres buscaron, sin resultado, por todas las partes del zoco. Así que optaron por preparar un cuscús con huevos.

Como de costumbre, la hija apartó para la serpiente un buen plato con cuatro huevos encima, y se lo dejó en el rincón de siempre. La serpiente bajó de su escondite, se comió lo que había en el plato y se marchó. Al día siguiente ya no apareció, ni lo hizo en los dos o tres días que siguieron.

La joven se preocupó, porque no encontraba explicación a aquella ausencia, y

decidió ponerse a buscar su amiga la serpiente, pues estaba convencida de que no era un animal como otro cualquiera: una serpiente que iba dejando monedas de oro no podía sino tener dentro un humano. Ella creía que si se le hacía el ritual apropiado y se contaba con la ayuda del Señor, volvería a su estado normal, y podría ella darle socorro, igual que la serpiente le había dado socorro a ella. Una bondad se compensa con otra. ¿No dijo acaso el Señor, en su sagrado *Corán*, que hay que responder a un bien con otro mayor? ¿Y que quien hace una buena acción será recompensado con diez como ella? *Y cuando os dirijan un saludo, responded con uno mejor, o simplemente devolvedlo,* 4:85. Y *quien se presenta con una buena acción tendrá diez como ella,* 6:160.

Llamó entonces a sus dos padres y les contó lo que pensaba hacer.

—No tienes por qué hacer eso, algún día volverá. Si es un ser humano como dices, se dejará ver algún día.

Pero ella había tomado ya su decisión. Entregó una caja llena de monedas de oro a cada uno de aquellos dos hombres tan queridos. Les sugirió que viviesen juntos, si es que aquel era su deseo, o, si no, que su padre alquilara una casa, mientras ella iba al encuentro de su destino.

Los dos hombres hicieron y dijeron todo lo que se les ocurrió para retenerla, pero cuanto más insistían, más se aferraba ella a su decisión.

Dejó a sus familiares tristes e impotentes, y entró en la habitación en que solía aparecer la serpiente. Buscó y volvió a buscar, por si encontraba algún rastro de su querida serpiente. Hasta que descubrió una cuerda fina. Tiró de ella y se abrió un sótano.

Se asomó, vio unas escaleras, descendió por ellas y lo primero que vio fue un joven hermoso, tumbado junto a la piel de la serpiente. Se acercó a despertarlo, pero por desgracia estaba ya muerto, y sobre su pecho había un papel con este escrito: "He estado poseído por una mujer del mundo de los genios; mientras me hallaba en ese estado, no podía comer huevos, y tú me los has puesto en la comida. Así me ha llegado el fin".

La infeliz recibió aquello como si fuera una puñalada en el corazón. Se inclinó sobre el cadáver y se abandonó, presa dócil, a su triste dolor: *lloró hasta que regó la tierra con sus lágrimas*, como suele decirse, sin dejar de lamentarse ni de echarse las culpas de aquella muerte. Lloró mientras se repetía para sí misma:

—Sí, sí, sí, he sido yo quien lo ha matado.

Miró el cuerpo sin vida y le dijo:

—La que te he matado soy yo. Yo soy la culpable, la asesina, la mala amiga, la criminal. Eso es lo que soy, lo que soy, lo que soy.

Y se echaba la culpa de todos los crímenes de la tierra. Estaba como loca.

Cuando ya no pudo más, se entregó del todo a su tristeza, su duelo y sus dolores, y se tumbó al lado de quien hubiera podido ser su prometido.

Y allí se quedó sin comer ni beber, hasta que entregó su alma al creador.

Y yo termino mi cuento diciendo:

Y yo me he ido,
los he dejado
sin haberlos
jamás contemplado.

EL PADRASTRO JUDÍO, EL HUÉRFANO Y LA ESPOSA AHORRADORA

Voy a hablaros ahora de las mujeres que trabajan en sus casas y que se quedan al cuidado de todo: de las que llamamos amas de casa, de las de verdad, de las que con poco hacen mucho. Como dicen nuestros mayores,

casarse es una lotería:
a la buena mujer hay que ganarla;
para llenar con alegría
su casa, debe saber gobernar.
Pero a quien sin fortuna
le toca una mala mujer,
sin cerebro, glotona,
lo echa todo a perder.
Pasa su vida llevando
agua con un colador,
gasta su vida luchando
y siempre sale perdedor.

Se dice también:

Aquella que apaga el carbón
y ahorra un trozo de carne
asegura la bendición a sus padres.

Éranse una vez dos hombres. Uno era musulmán: a ese le vamos a llamar Alí. Y el otro era judío: a ese le llamaremos Jalfún.

Los dos eran comerciantes y tenían negocios juntos. Un día se dirigió el musulmán a su amigo judío y le dijo:

—¡Oye, Jalfún!

—Dime —respondió el otro—. ¿Qué es lo que quieres?

—Mira, amigo. Me parece que estoy llegando al final de mi camino.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que ha de hacerse siempre la voluntad de Dios, como sabes. Me siento cansado, muy cansado, y tengo la impresión de que moriré pronto. Y estoy preocupado por mi hijo. Ya sabes que yo solo te tengo a ti. A ti aquí debajo, y a Dios allá arriba. Quiero que me prometas que te ocuparás de mi hijo, que le educarás, le cuidarás y dejarás que siga en su fe. Quiero morir tranquilo en lo que respecta a él. Lo dejaré bajo tu tutela, en tus manos; sé que puedo confiar en ti.

—Ante Dios habrás de pedirme cuentas algún día de lo que haga en favor de él. Lo cuidaré como si fuera mi hijo: él en su fe y yo en la mía.

El pobre hombre murió a los pocos días. Lo enterró su amigo según se debe, y tomó al hijo a su cargo. Le proporcionó la educación y el aprendizaje más convenientes, y le dio de comer, de beber y de vestir. Y así hasta que se acabó el dinero que había dejado el padre. El judío no era rico, y no podía mantener al muchacho. Así que un día le llamó y le dijo:

—Escúchame, Ahmed: el dinero que me dejó tu padre para que me ocupase de ti se terminó. Y a mí, como ves, apenas me llega para mantener a mi familia y para mantenerte al mismo tiempo a ti; así que vas a tener que irte por ahí a buscar trabajo.

Salió el muchacho a buscar trabajo, pero pese a su buena voluntad y al empeño que puso, no consiguió nada. Anduvo de un lado para otro, pero volvía siempre con las manos vacías, rendido por el cansancio y el hambre. Su tutor, que quería que aprendiese lo dura que es la vida, no le daba ni un trocito de pan. Aquella gente de antes sí sabía cómo educar.

El joven, desesperado, hambriento y triste, se acercó al amigo de su padre y le dijo:

—Querido Jalfún, me muero de hambre y de cansancio; y lo peor es que estoy perdiendo también la confianza en mí mismo y en los demás. No hay manera de encontrar trabajo.

—Pues entonces sal a pedir limosna.

—¿Cómo que a pedir limosna? ¿Que vaya a mendigar? Pero eso no es posible.

—Posible sí que es. Pero si lo haces, ha de ser con una condición.

—¿Y cuál es esa condición?

—La condición es que el primer bocado que te den, sea de pan, o dinero o lo que sea, me lo traigas a mí. Y ahora ya sabes lo que te toca hacer.

Como el joven no podía aguantar más en aquella situación, no le quedó más

remedio que hacer lo que le decía su tutor: salió a mendigar:

—Una limosna, por Dios. Una limosna para este pobre muchacho huérfano y sin recursos. Una limosna que Dios os pagará.

Al poco tiempo consiguió un pan. Dejó de pedir y marchó adonde su tutor o su casi tío, y le entregó el pan que le habían dado.

—Guarda este pan.

Y el tutor le dijo que siguiese adelante con lo que estaba haciendo.

Se fue el desgraciado y siguió tendiendo la mano a quienes quisieron darle algo. Le dieron comida y dinero. La comida la tomaba y el dinero lo entregaba a su tutor. Y eso es lo que hizo día tras día, hasta que el astuto y sabio judío vio que el dinero que había ido guardando podía ir sirviendo para algo. Llamó a su protegido y le dijo:

—Ahmed, hijo. Creo que ya has mendigado lo suficiente.

—¿Y cómo es eso, *sidi* Jalfún?

—Pues porque con el dinero que has ahorrado podrías montar ya un pequeño comercio.

—¿De verdad lo crees posible?

—Sí que lo creo: te voy a comprar un tenderete y te pondrás a vender lo que vayas pudiendo.

Con todo el ánimo y la ilusión del mundo el muchacho compró un tenderete y todo lo que se precisaba para su nuevo oficio, y se instaló en el mejor lugar de la ciudad.

Una dulce y amplia sonrisa en los labios y el estar allí de la mañana a la tarde atrajo la atención de los transeúntes hacia su variada mercancía, que era muy alabada por sus cualidades y por sus precios, que se decía que eran de los más baratos y convenientes para los que, como él mismo, tenían que sudar mucho para ganarse la vida.

Estaba además su honradez, la buena calidad de lo que exponía y ofrecía, y el saber vender, que le enseñaba su protector. Todo aquello fue dando sus frutos, de modo que en poco tiempo tuvo ya reunido un pequeño capital, que le guardaba Jalfún. Él, convencido ya de la buena disposición y de la habilidad de su pupilo, y tras echar cuentas del capital ahorrado, llamó al muchacho y le dijo que iba a abrirle una tienda. La cantidad de dinero acumulada bastaba para dar aquel paso.

Dicho y hecho: buscó una tienda pequeña en un lugar próximo al mercado y la llenó de todo lo que fuese posible vender. Bien decorada, y con toda la variedad posible de artículos, aquella tienda se convirtió en la más concurrida y buscada del barrio y de toda la ciudad. Poco a poco aquel muchacho se fue convirtiendo en un comerciante de éxito notable y excelente reputación.

Lleno de satisfacción, Jalfún llamó a Ahmed y le dijo:

—¡Mira, hijo! Veo que tus negocios van bien y que te tienen por uno de los mejores comerciantes del país. Creo que tu porvenir,

si sigues siendo trabajando tanto y con el mismo comportamiento y la misma honradez está asegurado. Y como ves también, lo viejo que soy me hace estar más cerca del más allá que de este mundo. Tu padre te confió a mí y yo he hecho lo que he podido por educarte y por enseñarte el arte de vivir. En lo que a eso respecta me puedo morir con la conciencia tranquila.

—Pues así es: has hecho todo lo que has podido en mi favor; nunca me he sentido un extraño ni me has maltratado; he sido tu hijo y he tenido todos los privilegios de ese estado; he seguido siempre tus consejos, sin discutir nada, porque sabía que eran en mi provecho. Así que no pienses para nada en la muerte, y que Dios te dé una vida larga y sana.

—La muerte existe y existirá, hijo. Pero no quiero morirme sin verte bien, tranquilo y feliz. Eso es lo que prometí a tu padre y no quiero marcharme de este mundo sin cumplir mi promesa. Quisiera verte casado con una buena mujer.

—A mí también me gustaría. Así que haz lo que creas conveniente, que yo estaré a tus órdenes como siempre.

El buen hombre no perdió el tiempo. Tenía una vecina anciana, buena, acostumbrada a hacer el bien y conocedora del vecindario y de sus gentes, y acudió a ella con el encargo de que buscase una esposa para Ahmed. La buena señora se puso al momento a buscar y seleccionar; a los pocos

días le dijo que había encontrado a la que más convenía.

Se hicieron los preparativos y se casaron. La noche misma de la boda se acercó Jalfún a su protegido y le dijo:

—Ahmed, tengo algo que decirte, y espero que me escuches y que hagas lo que te digo. Eres mi hijo hoy y mañana; cada uno de nosotros según su fe y su creencia, pero padre e hijo hasta que vuelva a encontrarme con tu padre delante de Dios. Creo haber cumplido la promesa que hice a tu padre, y no me queda sino desearte mucha felicidad.

—Pero, ¿por qué dices todo eso? Sabes que nunca desobedecí tus sugerencias ni tus órdenes ni tus consejos, y no voy a hacerlo ahora. Dime, por favor, lo que tengas que decir, y verás que siempre seré el hijo que conociste y educaste.

—No esperaba menos de ti, querido Ahmed. Lo que quiero es aconsejarte acerca de cómo has de comportarte con tu esposa. En lo que se refiere al respeto y a la bondad en el trato estoy tranquilo: seguro de que serás un buen marido. De lo que te quiero advertir es de las compras y los gastos; te sugiero que compres solo lo necesario para el consumo diario; y que si un día te digo que despidas a tu mujer y te divorcies de ella, lo hagas.

Sin discutir, aunque un poco intrigado, el recién casado se mostró de acuerdo y prometió hacer tal cual su tutor quería. Al día siguiente se fue al mercado, compró los

alimentos que se necesitaban para el día, se los llevó a su esposa y se marchó a trabajar. La mujer, una vez acabada su labor de limpieza y de poner orden en todo, fue a la cocina y se puso a preparar el almuerzo. Jalfún, que era el padre de la casa, cogió una silla y se sentó a mirar cómo trabajaba la mujer.

Sin hacer caso de si había o no un observador o, mejor dicho, un inspector, ella acercó la cesta de la compra y echó todo lo que había traído el marido en las ollas y en las cacerolas, y lo preparó todo: la sémola, las verduras, el aceite. Todo lo que había traído el marido fue cocinado. Jalfún tomó nota de cada cosa. Al día siguiente pasó lo mismo; al tercer día nada cambió; toda la compra, poca o mucha, gastada en el día.

Cuando vio aquello, el buen tutor se reunió con el marido y le dijo que repudiase a aquella mujer antes de que se quedase embarazada.

—Pero, ¿por qué? —le preguntó él.

—Yo ya te he dado mi consejo; haz tú lo que te parezca conveniente.

La confianza del muchacho en su protector era y había sido toda la vida plena y completa, y bien sabía que si él le sugería algo sería por su bien. Así que pidió el divorcio y se separó de su mujer.

Pasó algún tiempo y volvió Jalfún a encargar a la buena vecina que encontrase una esposa mejor para su pupilo. La mujer se puso a la tarea y no pasaron muchos días

antes de que trajese el nombre de la familia de una muchacha que reunía, según ella, todas las cualidades que necesitaba la esposa digna para el joven.

Se hicieron los tratos, se pidió la mano, se logró el consentimiento de una parte y de la otra, y al poco tiempo se encontró Ahmed casado de nuevo.

Su padre de adopción le hizo las mismas recomendaciones; él las cumplió y, cuando la mujer inició las labores, el suegro, o el casi suegro, tomó asiento al lado de ella para observar lo que hacía. Y pasó lo mismo que con la otra: aquella esposa gastaba también todo lo que el marido traía, sin tener en cuenta ni sopesar cantidades, cálculos ni medidas.

Todo bajo la observación de Jalfún, quien al tercer día llamó a su hijo adoptivo y le aconsejó que repudiase a su nueva esposa. Como siempre, Ahmed hizo caso de su consejero y pidió el divorcio; se separaron con rapidez, y de nuevo se encontró nuestro joven soltero y sin compromiso.

Pero su protector no le dejó de su mano. No había pasado demasiado tiempo cuando acudió de nuevo a la anciana y le pidió que buscase una esposa que tuviese las cualidades y el saber hacer que garantizasen la prosperidad, la tranquilidad y el bienestar de su esposo y de su familia.

La buena señora puso todo su empeño y su saber hacer y juzgar al servicio de aquel encargo, y no había pasado una semana

cuando llegó para decirles que aquella vez había encontrado a la que creía que podría ser la mujer ideal. Les dio nombres y direcciones, y ellos iniciaron enseguida los contactos, y en poco tiempo se celebró la boda, en la que se pusieron todas las ilusiones y las esperanzas del mundo.

—Tú haz igual que has hecho con las otras —le dijo a su protegido.

Él obedeció y siguió el consejo. Fue al mercado, hizo sus compras, se las entregó a su esposa y se marchó a trabajar.

La esposa, como buena ama de casa que era, ventiló las habitaciones, barrió toda la casa, quitó el polvo, puso orden por aquí y por allá y, cuando su casa estuvo limpia y ordenada, se metió en la cocina y se puso a preparar la comida. Todo aquello bajo la observación atenta del suegro, o de quien era tenido como tal. La mujer, sin percatarse de que estaba siendo observada y sometida a inspección, tomó la compra que había traído el esposo y se puso a preparar el almuerzo.

Abrió el paquete de sémola, echó lo que consideró suficiente para hacer un buen cuscús y guardó un poco de aquella sémola; con las verduras hizo lo mismo; apartó unos tomates, unas patatas, un poco de cada género, y guardó el resto en su sitio.

Al día siguiente hizo lo mismo: apartó algo de la pasta, del aceite, del arroz, de las especias y de todo lo que había traído el marido. Lo mismo siguió haciendo en los días sucesivos, y Jalfún fue observando y

tomando nota de todo. Pasados unos días dijo la mujer al marido:

—Hoy no hace falta que hagas la compra, porque tengo lo necesario para la comida. Ahorra lo que ibas a gastar e inviértelo en tus negocios o en lo que te parezca más oportuno.

Preparó el almuerzo y cuando regresó el marido del trabajo puso la mesa y almorzaron los tres en un ambiente de alegría y felicidad; luego dieron las gracias a Dios por su misericordia y se sentaron a tomar el té. Cuando la mujer ofreció el vaso de té al suegro, él se levantó, abrazó a la mujer y le dijo:

—¡Gracias, hija, muchas gracias! Ahora puedo ya morir tranquilo. Y tú Ahmed: esta es y será tu mujer en este mundo y en el otro. A partir de hoy puedes hacer tus compras según te apetezca, por semanas o por meses, o como juzgues mejor.

—Pero Jalfún querido, explícame de dónde te vienen esas ideas y por qué te comportas así. Trato de entenderlo, pero no lo consigo. ¿Por qué me pediste que repudiase a la primera y a la segunda esposa, y a esta me dices que la conserve?

—Pues es muy sencillo, hijo mío. La primera, sin tomarse un momento para pensar, echó y guisó todo lo que trajiste, y no se preocupó de si era mucho o poco, ni de si había más de lo necesario o no; y la segunda hizo lo mismo. Pero a esta tercera la he visto apartar cada día una porción de los

ingredientes, e incluso ya has visto que ha ahorrado la comida de un día o de más. Ya estoy satisfecho y tranquilo en lo que a ti respecta. Esta mujer te será siempre de utilidad y te ayudará en todo; las otras no. Tú te esforzabas, comprabas y traías, y ellas gastaban y derrochaban. El derroche no tiene final, y si lo tiene es un final fatal.

—Pues de acuerdo: te estoy muy agradecido. Pero ahora dime, ¿por qué cuando me aconsejaste hacer de mendigo me pediste que te trajese lo primero que ganase, fuese lo que fuese?

—Te acordarás de lo que era, seguramente.

—Sí que me acuerdo: era un pan.

—Pues ahí lo tienes todavía: tráelo.

El joven marchó y regresó con el primer pan que había conseguido pidiendo limosna.

—Pártelo —dijo Jalfún.

El recién casado rompió aquel pan y dentro encontró un gusano verde de una especie que no conocía. Jalfún, al ver el estupor y la sorpresa de su protegido, le dijo:

—¿Ves ese gusano? Pues es el gusano de la mendicidad. Si hubieses comido de este pan, te hubiese entrado aquel gusano y hubiese prendido en ti el afán de no ser más que un mendigo. Fuese cual fuese tu fortuna, le hubieses cogido el gusto al bocado de la limosna. Pero como no lo comiste, fuiste capaz de poner tu tenderete, y luego tu

tienda, y con la ayuda de Dios te has convertido en un comerciante notable.

—Estoy muy conmovido y agradecido. Que Dios te dé aquello que desees y te compense por lo que me hiciste. Eres, ayer, hoy y mañana, mi padre verdadero.

Así estos se quedaron
con sus niñas y varones;
muy felices convivieron
sin que sufrieran privaciones.

Y yo me he ido,
los he dejado
sin haberlos
jamás contemplado.

LA PRINCESA QUE DIJO NO AL PRETENDIENTE QUE HABÍA TOMADO UN GRANO DE GRANADA DEL SUELO

Érase una vez un sultán que solo tenía una hija. La quería mucho y buscaba el modo de procurarle y garantizarle toda la felicidad del mundo.

Un día llamó a su visir y le ordenó que fabricase una manzana de oro. Llamó a continuación al pregonero y le dijo que saliera con el tambor a anunciar que la hija del sultán buscaba novio. Los jóvenes interesados, que acudiesen y esperasen bajo el balcón de la morada de la princesa.

Todo se hizo según dispuso el monarca. Se preparó la manzana, redobló el tambor y fue anunciado por todos los rincones el bando del sultán. A una princesa le salen siempre muchos pretendientes, de modo que, apenas corrió la noticia, los jóvenes que se tenían a sí mismos por dignos se apresuraron a ponerse bajo el balcón, mientras cerca se congregaba un tropel de familiares y curiosos.

Un príncipe que era hijo del sultán de un lugar vecino quiso también probar fortuna y acudió a ponerse, como el resto de los pretendientes, bajo el balcón de aquella princesa tan mimada.

Ella le vio y le arrojó la manzana, en señal de que era el elegido. El padre, que lo

vigilaba todo, envió a uno de sus pajes a por el joven. Los demás pretendientes y curiosos se retiraron, y el elegido siguió al paje para ser recibido por el padre de la que iba ser posiblemente su novia.

Le introdujeron ante el sultán y este, tras los saludos y las cortesías de rigor, le preguntó:

—Y tú, ¿quién eres?

A lo que respondió el joven:

—Yo soy el hijo del sultán Moryán, monarca del reino de Babilo, vecino vuestro.

El padre de la pretendida se alegró y le invitó a cenar aquella noche. El joven aceptó la invitación, dio las gracias por la hospitalidad y salió para prepararse y volver a la hora que le dijeron.

Por su parte, la princesa había pedido permiso a su padre para esconderse, durante la cena, tras las cortinas del comedor. El padre accedió. Y así se hizo: la muchacha se escondió y los hombres cenaron tranquilamente, comunicándose cosas y conociéndose mejor.

Terminada la cena trajeron los postres y sirvieron al joven pretendiente granos de granada perfumados con azahar. Mientras él comía, un grano cayó sobre la alfombra. El joven, que no sabía que le estaban mirando, se inclinó y lo tomó, bajo la mirada atenta de la princesa.

Terminada la velada, cada cual se retiró a su lugar. Cuando se marchó el pretendiente, abandonó la hija su escondite

y, al preguntarle el padre cuál había sido su primera impresión, dijo que no había sido buena.

—¿Cómo? —dijo el padre—. Pues a mí me ha parecido un joven inteligente, educado, de buena familia y, además de eso, guapo. Opino que sería una buena pareja para ti.

—¡No, padre! No me conviene.

—Pero, ¿cuál es el defecto que has visto en él?

—Le veo mezquino. Su ruindad salta a la vista.

—¿Y cómo has notado tú eso?

—Pues es que cuando él estaba tomando la granada, cayó un grano en el suelo, y él lo tomó y se lo comió.

Por la mañana el sultán llamó al joven y le dijo que no había habido suerte, y que la princesa no había dado su consentimiento. Le explicó la razón. El joven pretendiente no rechistó. Dio las gracias al monarca y se despidió.

El viernes siguiente era día de reunión de los pretendientes debajo del balcón de la joven princesa. El que había sido el primer agraciado no se dio por vencido y se disfrazó lo mejor que pudo, cambiando de vestimenta y de aspecto, para mezclarse con los jóvenes que se aglomeraban bajo el balcón de la princesa.

Salió ella a su balcón a la hora prevista, paseó su mirada sobre todos los que había debajo y se fijó en nuestro amigo, que estaba

allí disfrazado. Hizo que la manzana cayese sobre él.

El padre, quien contemplaba la acción, pensó que su hija se había equivocado. Pidió a sus ayudantes que devolviesen la manzana para que volviese a arrojarla. En aquella nueva ocasión la princesa arrojó otra vez la manzana al joven del disfraz. Tres veces lo hizo y tres veces eligió al mismo candidato, que no era otro que el que había rechazado antes.

Al padre no le gustó aquella elección, así que le dijo a su hija, enfadado:

—Me parece a mí que hoy te has levantado ciega. ¿No ves qué hombre es ese, y qué aspecto tiene? Tres veces he hecho que te devolviesen la manzana, para que pudieses pensártelo mejor y elegir mejor. Pero tú, como si nada. Aunque yo creo que te estás buscando la ruina, tu deseo va a ser satisfecho ahora mismo.

Hizo que al momento subiese el pretendiente aquel, mandó llamar al cadí, eligió de entre sus cortesanos a dos testigos y fue redactado el contrato. Ni boda ni festejos. Le dijo a su hija que tomase sus cosas consigo, la entregó a quien era ya su marido, y adiós y gracias.

El recién casado por la voluntad de Dios y del sultán se despidió de los presentes y se marchó con su esposa. La llevó al pequeño almacén que iba a ser su casa y le dijo:

—Esto es todo lo que puedo ofrecerte, a menos que algún día nos bendiga Dios con algo de su bien y su misericordia. Ahora mismo voy a buscarte una estera y una piel de cordero con su lana, y una almohada para que puedas sentarte y acostarte. Para que lo sepas: yo trabajo como fogonero en uno de los baños de la ciudad, de modo que no puedo verte más que durante el día; por las noches es cuando trabajo.

Salió de allí, le trajo todo lo que le había dicho y la dejó sola y abandonada a su suerte. Todos los días le traía la comida y la cena de su casa, y se marchaba sin estar con ella más que lo mínimo imprescindible.

Pasaron los días y ella se quedó embarazada. A medida que se acercaba el momento del parto crecía su preocupación, porque estaba sola, sin ayuda de nadie, sin tener ni siquiera ropa ni pañales para la criatura que iba a nacer.

Se quejó a su marido, pero él le dijo que nada podía hacer. Al cabo de unos días el marido le dijo que fuese a llamar a la puerta del sultán y que pidiese trabajo. Seguro que serían necesarias manos para las tareas diarias como, por ejemplo, lavar la ropa:

—Así podrías ganar algo que ayude, y de allí podrías llevarte algunas cosas útiles para el parto.

No le quedaba otra a la infeliz. Aceptó y se fue a pedir trabajo donde le había dicho su marido. Le dieron trabajo y ella, que no tenía experiencia, pasaba sus apuros, aunque

siguió el consejo de su marido al pie de la letra.

Él, escondido en sus aposentos, vigilaba los movimientos de la desdichada y, cuando vio que escondía una camisa y un trocito de jabón bajo sus ropas, dio un grito avisando que había por allí una ladrona, llamó a su madre y le contó lo que había visto. Pero la sultana no está dispuesta a humillar a la pobre necesitada. Había ya notado que aquella pobre joven embarazada no estaba acostumbrada al trabajo de criada.

—Déjala —le dijo a su hijo—, porque ella me había pedido ya permiso para llevarse lo que se ha llevado. Es alguien que ha debido de caer en desgracia: me he fijado en sus manos y no están hechas para el trabajo.

Las otras muchachas, en cuanto oyeron que la llamaban ladrona, corrieron hacia la nueva, le arrancaron la camisa que había escondido entre sus ropas y la llamaron de todo. Ella se sintió más muerta que viva. Lloró, se lamentó, y pidió perdón; pero las compañeras, vuelta a insultar, a pinchar y a reírse de ella. La sultana sintió piedad de la infeliz, regañó a las otras muchachas, le entregó su paga y la despidió.

En casa, si es que podía llamarse casa a aquel sucio almacén, le preguntó su marido:

—¿Cómo te ha ido hoy? ¿Y qué es lo que te han dado?

Ella le dijo, con toda su ingenuidad:

—Pues resulta que tienen un hijo malísimo. Yo he hecho lo que tú me has

aconsejado, y no sé cómo me ha pillado. Se ha puesto a gritar "ladrona, ladrona, ladrona"; y las otras muchachas me han quitado las cosas que yo había escondido debajo de mi ropa, y se han reído de mí. Pero la sultana, la madre del malvado aquel, es una señora muy buena: me ha devuelto las cosas, ha dicho que me las ha dado ella y me ha dado una paga de despedida.

—Pues has tenido mucha suerte —le dijo—. Tendrás que volver mañana.

La mujer dijo que no, e intentó hacerle comprender por qué no podía hacer algo así: que las muchachas se habían reído de ella… que, para colmo, también lo había hecho el malvado hijo de aquella casa... Pero todo lo que dijo fue en vano. Él la convenció o, mejor dicho, la obligó casi, y la infeliz no tuvo otro remedio que obedecer y presentarse de nuevo al día siguiente en la misma casa.

Todo salió igual que la primera vez o incluso peor, porque el hijo de la casa, es decir, el marido de la infeliz, la trató, ante su madre y ante las criadas, de ladrona y de ratera más que conocida, y les dijo que ya les había advertido de su maldad y de su poca vergüenza, aunque no le hubiesen hecho caso. Pidió que la echasen sin consideración alguna, sin ningún miramiento.

Tan solo la madre, que era muy observadora y tenía un gran corazón, no se creyó nada de lo que decía su hijo. Al contrario, defendió a la pobre mujer, hizo

como si le hubiese regalado lo que le habían encontrado, la trató con benevolencia y la despidió dándole otra ayuda generosa.

A solas consigo misma, o mientras hablaba con su hijo, no dejaba de preguntarse quién sería aquella mujer y qué misterio habría en ella. Porque, para la madre, allí estaba pasando algo raro. La muchacha aquella no era una simple sirvienta ni una trabajadora, en absoluto. Pero ya se había marchado, con su secreto y con su humillación.

Al cabo de unos días le llegaron los dolores a la infeliz, rompió aguas y dio a luz, en soledad, a un varón. Se apañó del modo que pudo, limpió al bebé, lo envolvió en aquello que fue capaz de encontrar y se quedó tumbada con él entre brazos, buscando reposo y consuelo en la criatura.

Llegó el marido y le informó del parto; y todo lo que él hizo fue pedir a Dios que la llegada de aquel hijo fuese un buen augurio y el inicio de una vida mejor.

Todos los días le siguió trayendo alimentos de su casa. Hasta que al séptimo día el joven pidió a su madre que preparase una *aasida*[17] para la mujer de un amigo que acaba de dar a luz.

Cuando estuvo preparado el plato, se vistió él sin disfraz ni artificio, con su

---

[17] *Aasida*, plato común en casi todos los países árabes. Consiste en gachas a base de harina, que se ofrece como un cono, en una fuente regada con aceite y miel, o bien con jarabe de dátiles o azúcar.

vestimenta de príncipe, que era la suya natural, llamó a uno de sus sirvientes para que portase la comida y le acompañase, y marchó al lúgubre almacén en el que vivía la infortunada. Entró y le dijo al criado acompañante:

—Pon la comida ante la señora.

El sirviente obedeció, y ella no supo a qué atenerse ni qué creer. El caballero que estaba delante de ella no tenía nada que ver con aquel miserable marido suyo. Era, por el contrario, el joven príncipe al que en una ocasión había rechazado. Él no dejó que se quedase demasiado tiempo ensimismada. Le dijo:

—Vacía la *aasida* encima de alguna cosa, y devuelve el cuenco al sirviente.

—Pero si no tengo nada para hacer eso.

—Pues hazlo en el suelo: vacíala en el suelo.

—Pero…

—¡No hay pero que valga! —gritó él.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo la infeliz, asustada.

Y vertió la comida en el suelo.

—¡Y ahora come!

—No tengo hambre.

—¡Come, te he dicho!

Obedeció la mujer temblando de miedo, y se llevó el primer bocado a la boca. Entonces se plantó él delante de ella y le dijo:

—¿Y qué es mejor? ¿Un grano de la alfombra o un bocado del suelo?

—¿De modo que eres tú?

—Sí, soy yo. Porque recogí un grano de granada de la alfombra me trataste de mezquino y de ruin. Te cegaba tu arrogancia. La humildad, que lo sepas, es la mejor de las virtudes. Anda, coge a tu hijo y vámonos.

La llevó a su casa, la presentó a su madre, quien la había conocido en circunstancias tan diferentes, y le contó la historia.

Ella se alegró, llamó a las criadas y les pidió que bañasen a su nuera y a su nieto. La bañaron y la vistieron de lo mejor, con la dignidad de una princesa, y la acompañaron a sus aposentos. La mujer, recuperadas sus fuerzas, sus costumbres y sus esperanzas, sentía como si estuviese saliendo de una pesadilla.

Al día siguiente dieron inicio los preparativos, y el primer viernes que siguió se celebró la boda por todo lo alto, al mismo tiempo que la circuncisión del niño, quien estuvo arropado por sus abuelos paternos y por los maternos también, que habían sido llamados por su yerno, sin disfraz aquella vez, para reanudar las relaciones con su hija y con su nueva familia.

Y en su sueño cayeron
hasta que juntos murieron.

LA JOVEN QUE DIO UNA LECCIÓN A SU MARIDO AVARO

Érase una vez una anciana que no tenía a nadie en el mundo, salvo a sus tres hijas. Pobres y sin otro sostén, vivían todas de su labor: la madre compraba lana y las hijas la lavaban, la cardaban y la hilaban. Cuando la tenían lista, la llevaba la madre al zoco de la lana, y allí la vendía. Con el dinero que sacaba volvía a comprar lana y comida para sus hijas y para los suyos, y regresaba a la casa para seguir diariamente con aquella rutina.

Los días corrían y se sucedían sin que en la vida de aquella pobre y trabajadora familia se viera cambio ni novedad. Hasta que un día, mientras la señora estaba en el zoco vendiendo el fruto de la labor de sus hijas, se le acercó un señor de los que frecuentaban el lugar y le preguntó:

—Señora, ¿quién ha labrado esta lana?

—Mis hijas —respondió la buena mujer.

—Pues si le pido la mano de una de ellas, ¿me la concedería? —dijo el hombre.

—No puedo decírtelo con seguridad —respondió la anciana—. Tendría que consultar con ellas. Dame un día o dos y la próxima vez que venga por el zoco te traeré la respuesta.

La señora dio fin a todo lo que tenía que hacer y regresó a casa como cada día,

pero con algo más de esperanza: era posible que una de sus queridas hijas se encontrase a las puertas de un mejor destino. Después de comer, y antes de volver a la labor, se sentó la madre con sus hijas y les dijo:

—Hay en el mercado un señor que pide la mano de una de vosotras; os lo digo por si alguna de vosotras tuviera el deseo de casarse.

Las tres muchachas se miraron por un momento y de pronto saltó la mayor:

—¡Yo! ¡Yo me casaría con él! De ese modo me libraría de nuestra rutina diaria y encontraría un destino mejor.

La madre insistió en preguntar a su hija si estaba segura y la hija le dijo que sí. Cuando la madre regresó al zoco para hacer su trabajo, se pasó a ver al pretendiente, y le dijo que su hija mayor, de nombre Selma, aceptaba y deseaba ser su esposa.

Hablaron de la dote, de la fecha y de los preparativos, y una vez acordado lo poco que había que acordar, el hombre entregó a su futura suegra una bolsa de dinero para que pudiese iniciar los preparativos, y le dijo que en la fecha señalada enviaría una carroza para que recogiese a la novia.

La madre se pasó por el zoco de las telas y compró dos vestidos para su hija. En el zoco de los perfumes compró alheña, *khol*[18] para pintar los ojos, ámbar y otros

[18] *Khol*, sulfato de hierro mezclado con otros ingredientes, usado por las mujeres como cosmético para delinear los ojos.

perfumes. Y, satisfecha de sus compras, se volvió a casa e informó a sus hijas de lo que había convenido.

Un poco de alegría y de esperanza entró en aquella casa en la que lo que antes solía haber era tristeza y monotonía. Los días que quedaban de allí a la boda los pasaron cantando y echando albórbolas al aire, mientras preparaban a la novia.

Llegó el viernes de la boda. La madre y las hermanas bañaron, maquillaron y vistieron a su hermana, y estuvieron cantando y lanzando albórbolas al cielo hasta que llegó la carroza. Ayudaron a la novia a subir, la besaron, le desearon buena suerte y volvieron a su casa, algo tristes por la separación.

La novia, sola en la carroza con el novio, tal y como había exigido él, se hallaba dividida entre el temor al desconocido y la esperanza de que a partir de entonces pudiera llevar una vida mejor. Dejó correr unas lágrimas que no sabría decir si eran de tristeza o de alegría. Las secó rápidamente y se preparó para afrontar lo que le deparara el porvenir.

El novio, antes de salir a buscar a su novia, llamó a su criada y le dijo:

Sube a la terraza
y toma como siempre un ave,
que la señora llega hoy.
La comida
con medida,

sin derroche.
Esta noche
nos visita la señora.

Llegaron los novios a la casa de aquel señor, entraron y se sentaron a cenar. El esposo llamó a la criada y le pidió que trajese la cena. Sin tardanza puso la criada la mesa y trajo un platito de los de café, lleno de cuscús con la carne de un pajarito encima. Lo puso sobre la mesa y dijo el marido a su esposa:

—Come.

La pobre novia miró aquel minúsculo plato y le dijo:

—¿Qué es lo que quieres que coma? Este bocado, ¿es para mí, o para ti, o para el gato? No tengo ganas.

El hombre no insistió. Comió aquella miseria de cuscús y luego se levantó, abrió un cajón y sacó un poco de goma arábiga para masticar, que dio a su mujer para que la masticase. Con ello le entró más hambre aún, y con aquella hambre se fue a la cama.

El día siguiente no fue mejor que el anterior, ni peor que los siguientes. Los días se sucedieron así, sobrellevando el hambre, la escasez de todo, casi también del agua. La pobre mujer no hacía más que lamentar su destino y no cesaba de maldecir su infortunio y su mala suerte. Desde la mañana a la tarde no hacía más que repetirse para sí misma:

—He dejado a mi madre y a mis hermanas, me he quedado sola, extraña, sin

amigas ni vecinas, acompañada por el hambre y la necesidad. Tonta fui por esperar alguna mejora en mi vida, pues no conocía ni sabía nada de este hombre.

Poco a poco, sin dejar de rumiar sus tristes pensamientos, su salud se resentía, y al final cayó enferma, por la mala y la escasa alimentación seguramente; y a los pocos días partió para un mundo mejor.

El marido la enterró sin casi acompañamiento. Luego se puso su capa y se fue a llorar a su madre.

—¡Qué corta ha sido nuestra convivencia! ¡Qué pronto ha llegado la muerte! —decía y repetía delante de su suegra y de sus cuñadas.

La madre lloraba sin saber ni entender nada. No hacía más que preguntar:

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado con mi hija? ¿Qué es lo que ha tenido mi hija? ¿Por qué no me has avisado? Mi hija estaba fresca como una manzana. Y se ha muerto y no me has dicho nada.

—¿Y qué quiere usted que yo le diga? Sabe usted que vivimos lejos y que yo me dedico solo a mi trabajo, y que yo esperaba que ella mejorase.

El hombre hablaba y hablaba atropelladamente. Al final se tranquilizó y pidió permiso para irse y dejó a la pobre madre llena de dolor, llorando a su hija, sin ni siquiera haber podido verla ni besarla antes de morir.

El tacaño dejó pasar un tiempo prudencial para que se calmasen los ánimos y regresó a ver a la pobre madre con el fin de pedirle la mano de otra de sus hijas.

—¿Qué? ¿Otra hija? Ni hablar. Mi primera hija se me fue de las manos sin, como se suele decir, poder despedirme de ella, y ¿ahora quieres quitarme otra? Pues eso sí que no. No puedo. Además, no creo que ninguna de mis hijas vaya a querer algo así tras la muerte de su hermana. Así que te ruego que nos dejes tranquilas y que quedemos tan amigos como ayer, y nada más.

—Dice usted eso como si hubiera sido yo quien la mató. Pero usted sabe que la muerte existe y existirá, y que cada uno de nosotros tiene una cita con ella en el momento, la hora y el lugar que fije la providencia. Nadie tiene la culpa de que le llegue la muerte natural. Además, para mí sería un consuelo tener a una hermana de ella en su lugar. Sería como si no hubiese perdido a la primera.

Despacio, a base de intrigas y de tacto, terminó el tacaño aquel de confundir a la madre, de ablandarla y de arrancarle la decisión de plantear aquella posibilidad ante sus hijas.

Y eso es lo que hizo la pobre mujer. Una vez en casa expuso a sus hijas, aunque sin convencimiento ni ilusión, la petición de mano de su cuñado. Ella se esperaba un rechazo franco, directo y absoluto. ¡Pero no!

Para su sorpresa, la mayor de las dos que quedaban, es decir, la segunda de las tres que había tenido, dijo que ella estaba dispuesta, si su madre no ponía ninguna objeción.

La madre se quedó sin palabras. Con gran sorpresa fijó su mirada en su hija, y una y otra vez le preguntó si estaba decidida, si no era broma y si en serio pensaba casarse con aquel hombre y ocupar el lugar de su hermana muerta.

La hija aseguró a su madre que hablaba en serio y que si ella, la madre, no tenía inconveniente, ella aceptaría y esperaría que su suerte fuese mejor que la de su difunta hermana.

La madre bajó la cabeza y se quedó pensativa durante largo rato. Luego volvió a insistir con su hija, y cuando vio que su decisión era firme, cedió y dijo que adelante. Prometió que por la mañana del día siguiente iría a informar al interesado. Después de todo, pensaba la pobre madre, la que iba a casarse era su hija, y ella era ya lo bastante madura como para saber qué era lo que le interesaba o no. Cada cual tenía su camino predestinado, y ese había de tomar, quisiera o no quisiera.

Al día siguiente, tal y como le había prometido a su hija, marchó al zoco como de costumbre y se pasó a ver a quien iba a ser su yerno por segunda vez. Le informó de que su hija consentía y, como la vez anterior, fijaron las condiciones, las formas y la fecha, y regresó para dar inicio a los preparativos.

Compró para la novia los vestidos adecuados, conforme a las posibilidades que había; se hizo también con perfumes, con la indispensable alheña y con otras cosas apropiadas para aquella celebración, y la alegría volvió a entrar en la casa.

Se cantó y se bailó, y no faltaron las albórbolas. Y el viernes que había sido fijado, antes de salir para ir a buscar a su novia, el avaro llamó a su criada y, del mismo modo que había hecho la primera vez, le dijo:

Sube a la terraza
y toma como siempre un ave,
que la señora llega hoy.
La comida
con medida,
sin derroche.
Esta noche
nos visita la señora.

En cuanto dio la orden, montó en una carroza y marchó a buscar a la novia, sin acompañamiento.

Entraron los novios en su casa y, cuando terminaron las bienvenidas y los buenos deseos, se sentaron a cenar. Llamó el marido a la criada para que trajese lo que había preparado. Lo trajo y, lo mismo que la primera vez, no había más que unos pocos granos de cuscús en un platito, y encima la carne de un pajarito.

—Adelante —le dijo a su mujer—. Come.

—Pero, ¿qué es lo que voy a comer? ¿Este bocado es para quién? Muchas gracias, pero yo no tengo hambre.

El marido, con tranquilidad y sin darle importancia, se comió lo que había en el platito, repitió lo que había hecho con la hermana, dándole un poco de goma arábiga para masticar, y fue a acostarse. Al día siguiente lo mismo, y en los días siguientes igual.

La mujer, con el hambre, la tristeza, el remordimiento y el aburrimiento fue perdiendo peso y fuerzas, cayó enferma por culpa de la mala alimentación, y al poco tiempo murió. El marido la enterró y fue a llorar a la madre y a la hermana.

—De nuevo la convivencia ha sido corta. El único que dura es el Eterno. Todos estamos hechos para morir: esa es la ley de la vida.

Con aquellas palabras y otras parecidas intentó justificarse y consolar a la infeliz madre, quien recibió la noticia con llantos y lamentaciones. El luto, el dolor y la tristeza volvieron a campar en aquella casa, y la madre, sin defensa ni saber, se puso en las manos del Señor, y pidió clemencia, misericordia y paciencia.

El sinvergüenza aquel dejó pasar el tiempo que juzgó preciso para que se disipase, aunque fuese un poco, la tristeza y el dolor de la madre, y volvió a salir a su encuentro en el zoco en el que ella solía

vender la labor que hacían su hija y ella. La mujer lo vio, pero hizo como si no lo viera.

Pero él se acercó, la saludó y se puso a charlar, sin que ella pusiese mucha atención. Habló y habló, hasta que la pobre vieja no tuvo más remedio que contestarle. Lenta y habilidosamente la confundió otra vez, y se despidió de ella cuando sintió que la relación había vuelto a su cauce. Durante unos cuantos días volvió a buscarla y a entretenerla, y a veces la ayudaba en el zoco con alguna de sus cosas. Cuando vio llegado el momento, volvió a pedirle la mano de su otra hija.

—Pero, ¿te atreves a pedir la mano de mi última hija? ¿Es que no te basta con la muerte de sus dos hermanas? Anda, sigue tu camino y déjanos en paz.

Pero él no se daba por vencido. Una y otra vez repitió que él no era culpable de nada, que la muerte llamaba a cualquier puerta en el momento menos pensado, que él estaba también afligido, que se sentía triste, que había perdido dos buenas esposas en poco tiempo, que esperaba que su mala suerte mejorase con aquella otra mujer… Y tanta palabrería terminó haciendo mella en la sencilla mujer. Le prometió que hablaría con su hija, aunque en su fuero interno no tenía intención de hacerlo, o por lo menos no del modo en que él deseaba.

En casa, su hija se dio cuenta de que su madre se retrasaba y le preguntó la razón. La madre, olvidándose de sus propósitos, relató

a su hija los encuentros con su cuñado y todo lo que se habían dicho en los últimos días, incluida la solicitud de casarse con ella.

La muchacha, como si hubiese estado esperándolo, le dijo a su madre, de repente y sin rodeos, que se casaría. La madre se quedó de piedra. Miró a su hija con los ojos abiertos como platos y con la boca abierta por la sorpresa, mientras se llevaba las manos al corazón.

Preguntó a su hija si estaba bromeando, y ella le contestó que no, y que era una decisión que tenía tan clara como el sol. Ella quería casarse con el hombre aquel: de ese modo, o se vería perdida como sus hermanas, o descubriría el cómo y el por qué murieron.

La madre intentó, con los pocos argumentos que tenía, cambiar la decisión de su hija, pero todo fue en vano. Hizo uso al final de su última arma, el amor y la ternura, recordando a la muchacha que si hacía aquello dejaría sola a su madre, sin compañía ni ayuda. Pero tampoco aquello le valió de nada: la joven había tomado una decisión y nada la iba a cambiar. No era por amor hacia aquel hombre, ni porque tuviese ganas de casarse; tenía la intención y la firme decisión de descubrir el secreto, si es que lo había, y de saber qué era lo que había pasado con sus hermanas.

La madre llevó como de costumbre su lana elaborada al zoco y, cuando estaba a punto de marcharse, se le acercó el hombre

y le preguntó acerca de lo que habían convenido. Ella le informó de que su hija había dicho que sí, y él le entregó una bolsita con dinero, y le pidió que la preparara para tal viernes.

La madre compró, sin demasiado entusiasmo y con mucha tristeza y temor, todo lo preciso. En casa hicieron las dos mujeres, madre e hija, en silencio y sin alegría, los preparativos, y el viernes señalado llegó la carroza y se llevó a la doncella a su desconocido destino.

La madre se quedó sola, luchando con su temor y su tristeza y rezando para que su hija, la única que le quedaba, la única compañía que tenía en este mundo, no corriese la misma suerte que sus hermanas. Se quedó toda la noche medio en vela, pensando en lo que le había dicho su hija antes de subir en la carroza:

—Madre —le había dicho—, llevo conmigo una bolsa llena de cenizas. Voy a ir dejando caer su contenido por el camino hasta la casa a la que voy. En el umbral dejaré la bolsa. Sal mañana a primera hora y sigue las cenizas, y donde encuentres la bolsa, aquella será la casa.

La novia hizo lo que le había dicho a su madre. Fue dejando señales de las cenizas por el camino y, cuando bajó de la carroza, puso la bolsa en el rincón del umbral y entró. Pero no cabizbaja como sus hermanas, sino con la cabeza bien alta y con los ojos

abiertos, fijándose en todo y pronta a reaccionar frente a cualquier imprevisto.

El marido se comportó igual que las otras veces y llamó a la criada para que pusiese la mesa y trajese la cena. Como de costumbre, ella trajo el platito con la carne del pajarito encima de una cucharada de cuscús, y lo puso sobre la mesa.

El marido, con una sonrisa tan falsa como hipócrita, dijo a su mujer que comiera.

—Ahora mismo —le dijo ella.

Con aspecto de tener muy buen apetito se puso el pajarito en un lado de la boca y el poco cuscús que había en el otro lado, y le dijo mientras tragaba:

—Pues no está nada mal. Y ahora, ¿dónde está la cena? ¿No decías que íbamos a cenar?

El marido se quedó de piedra. Aquella no era como sus hermanas, se dijo para sí. Se levantó y se fue a acostar enfadado.

La novia se puso a dar vueltas por la casa y descubrió que las puertas de todas las habitaciones estaban cerradas con llave. No había ninguna habitación abierta, como no fuera la del dormitorio. "Bueno, bueno", se dijo, "pues mañana será otro día".

Al día siguiente se levantó temprano, y cuando el marido terminó su aseo, le dijo:

—Dame las llaves.

—¿Qué llaves? —respondió él.

—¿Cómo que qué llaves? Pues las llaves de las habitaciones.

—¿Para qué?

—Esa sí que es una buena pregunta. Pues para abrirlas y ver qué es lo que hay que hacer en ellas: si limpiar, si fregar, si ordenar… lo que haga falta.

—No es necesario —le dijo él—. La criada se ocupa ya de todo lo que hay que hacer.

—La criada no es la dueña de la casa. Vamos, dame las llaves y vete a trabajar, que en la casa la que manda soy yo.

El mezquino y avaro del marido se dio cuenta de que aquella era una mujer muy decidida, y de que no se iba a dar por vencida. Le entregó las llaves y se marchó a su trabajo, siguiendo lo que le había dicho su mujer.

Ella, en cuanto salió el marido, abrió las habitaciones una detrás de la otra, y se quedó sin aliento: la casa tenía de todo, pero nadie estaba en situación de aprovechar aquella misericordia de Dios. Encontró cereales, sémola, harina, legumbres, *qadid*[19], especias. Como se suele decir,

había de todo lo que pueden nombrar la boca y la lengua,
incluidos el pimiento y el azafrán.

Había de todo, y ni él ni su criada disfrutaban de ello.

---

[19] *Qadid*, carne de cordero o de vacuno cortada en pequeños filetes y trozos, adobada con ajo, especias, hierbabuena y sal, y primero secada al sol. Después se fríe durante unos minutos en aceite, y así se conserva.

Abrió el guardarropa sin perder tiempo, sacó un vestido para ella y se lo puso, y sacó otro para la criada, y las dos se prepararon una *aasida*[20] para el desayuno.

Entonces llegó la madre, quien, siguiendo las instrucciones de su hija, apareció por allí justo cuando salía el marido, a tiempo para desayunar con su hija y con la muchacha. Comió con ellas, pero no se sentía tranquila: lo único que quería era saber qué era lo que estaba pasando y lo que había pasado con anterioridad. Preguntó a su hija, y ella le informó de todo en pocas palabras, y le dijo que sus hijas habían muerto de hambre y privaciones.

Después de tranquilizar a su madre se levantó, y con la criada preparó una buena comida, en la que no faltaba de nada. Apartó la comida de su marido y se sentó junto con su madre y con su criada a comer y a hablar del presente y del futuro.

Antes de que hubiesen preparado el té llegó el marido, y grande fue su sorpresa cuando encontró a su suegra en casa. No dijo nada, a pesar del gran disgusto que sintió, y se sentó a comer. Destapó el cuenco, y no pudo creer lo que veían sus ojos. Se puso a mirar a la comida, a su mujer, a su suegra y a la criada, con ojos interrogantes y cara de extrañeza. Al final preguntó a su mujer:

---

[20] *Aasida*, plato común en casi todos los países árabes. Consiste en gachas a base de harina, que se ofrece como un cono, en una fuente regada con aceite y miel, o bien con jarabe de dátiles o azúcar.

—Pero, ¿esto qué es?

—Es tu almuerzo. ¿Qué iba a ser si no?

—¿Lo ha traído tu madre?

—¡Claro que no!

—Pues, ¿de dónde ha salido esto entonces?

—¿Cómo que de dónde ha salido? Lo he preparado yo. Hay de todo en la casa, así que no hay necesidad siquiera de salir a comprar.

—Entonces, ¿este cuscús es mi cuscús?

—¡En efecto! Es el tuyo.

—Y las habas, ¿son mías?

—Sí, señor, son tuyas.

—¿Y los huevos?

—Tuyos son.

—¿El *qadid* también?

—Todo, todo lo que ves y lo que te vas a comer es tuyo. Todo lo he encontrado aquí en casa. Nada viene de ningún otro lugar. Así que a comer y callar.

—No puedo comer. No como. Me voy a morir, me voy a morir.

—¿Y por qué te ibas a tener que morir? ¿Por qué se tiene que morir quien, en su casa, come de sus propios víveres?

—Ah, pues yo sí me voy a morir. ¿Es este mi *qadid*?

—Es el tuyo.

—¿Y mis garbanzos, mis habas y mis huevos?

—Tuyos son. Todo es tuyo.

—Entonces me muero.

—Pues muérete, si es lo que quieres.

El mísero y mezquino del avaro se retiró a un rincón y se tumbó en el suelo como si estuviese muerto.

—¡No seas tonto, hombre! Levántate y disfruta de la buena comida. ¿Para qué vivir si uno no disfruta de sus bienes y posesiones? Vamos, a comer.

—No, que me voy a morir.

—Pues si insistes, me voy a poner a gritar que mi marido se ha muerto.

—Pues adelante, grita todo lo que quieras.

Al ver que no había otra opción, la recién casada se tapó los oídos y se puso a gritar. Acudieron los vecinos y preguntaron qué era lo que pasaba. Y ella les dijo:

—Pues que anoche entré aquí como novia y hoy estoy ya viuda. Mi esposo, a quien apenas he visto, se ha ido para el otro mundo.

Así dijo, de esta manera y de la otra. Luego fue a verle y le dijo:

—Levántate y diré que te has mareado, o me inventaré alguna otra explicación.

—¿Es ese mi cuscús? —respondió él.

—Sí, es el tuyo.

—¿Y mi *qadid* y mis legumbres?

—Todo es tuyo.

—Pues entonces me muero.

—Si no te levantas, voy a llamar al embalsamador, a la funeraria.

—Pues que vengan.

La mujer salió para encargar a alguno de los vecinos que fuese a buscar a los de la

funeraria. Y la criada entró donde estaba el hombre aquel acostado, y le dijo:

Contigo toda mi vida,
sin tener buena comida
ni vestido que llevar.
Te voy por eso a castigar,
y con un pincho
te sacaré un ojo.

Dicho y hecho: tomó un pincho en la mano y se lo acercó a su cara. Aterrorizado saltó el hombre como si fuera un muelle, y se puso a amenazar y a insultar a la criada, quien se escapó de allí corriendo y gritando.

La mujer seguía de un lado para otro, y cada vez que se acercaba adonde estaba él, le pedía que se levantase, porque quien le tenía que lavar estaba a punto de llegar. Ya encontraría ella alguna excusa que decir a los vecinos que andaban por allí. Nada. Que él volvía a preguntar si los víveres eran suyos, y ella le decía que sí, y él le decía y repetía que se iba a morir.

Llegaron los de la funeraria, y antes de que se lo llevasen, la mujer les pidió que dijesen al enterrador que dejase una ventanilla abierta sobre su tumba, porque ella no había tenido tiempo de disfrutar de su compañía y le gustaría ir visitarlo y verlo, para que le sirviese de consuelo.

Le dijeron que aquello no se podía hacer por varias razones. Pero ella insistió y les dijo que lo hiciesen por un día, y que

después ya habría tiempo de taparlo. Los trabajadores de la funeraria se ablandaron y dijeron que, puesto que la pobre sentía tanto dolor, le darían satisfacción, y que al día siguiente taparían la ventanilla. Se hizo como quiso la mujer, y a la altura de la cabeza dejaron una pequeña abertura.

Al día siguiente se hizo acompañar la esposa por su madre y por su criada. Llevó consigo un brasero y una barra de hierro. Y antes del amanecer entró en el cementerio. Se sentó al lado de la tumba, calentó bien la barra de hierro y, haciéndola pasar por la ventanilla, se puso a quemar al supuesto difunto, y cada vez le decía:

—Esto es para quien no disfruta de sus bienes; esto para quien mata a sus mujeres de hambre; esto para quien deja a la criada con necesidad; y esto y aquello.

Hasta que creyó que el castigo era ya suficiente. Acabada su tarea, tomó el brasero y regresó a su casa. Por la tarde llamó a una vecina para que la acompañase, y, con su madre y su criada, fueron todas al cementerio a visitar la tumba y a dar el adiós definitivo. Cuando se acercaron a la tumba, oyeron los gemidos del desgraciado. Y ella se puso a gritar:

—¡Mi marido está vivo, mi marido está vivo! ¡Socorro, que alguien llame al enterrador, rápido, que está vivo! ¡Que como siga ahí metido, se va a morir!

El primero que escuchó sus lamentos fue a avisar al guardia del cementerio. Vino

el enterrador y sacaron al pobre hombre de su tumba. Le llevaron a su casa. Su mujer le preparó un buen baño y ropa limpia, y se sentaron a tomar algo.

La mujer, como si no estuviese enterada de nada, le preguntó por las quemaduras que tenía, y él le dijo:

—Desde hoy podéis comer cuanto queráis. Dad a los pobres y a los necesitados aquello que queráis y que podáis.

—Pero, ¿por qué? —le preguntó la mujer.

—Pues porque lo que he visto yo en la tumba no lo has visto tú, y lo que he sufrido yo tú no tienes ni idea de lo que es —respondió él—. Así que a disfrutar, y que Dios os perdone.

De ese modo, y tras muchos sufrimientos y dolores, el mezquino y avaro aquel aprendió la lección, que es que si Dios nos concede favores y riquezas, lo hace para que las disfrutemos. Por eso dijo en su noble *Corán*, 11,93: *Y habla del favor que tu Señor te ha dado.*

Y yo me he ido,
los he dejado
sin haberlos
jamás contemplado.

EL SULTÁN LOCO DE AMOR Y LA AMADA ASTUTA QUE LO SANÓ

Se cuenta de un sultán que estaba un día sentado en el balcón de su palacio y se pasaba el tiempo oteando el horizonte con unos prismáticos. Y así hasta que vio en una de las terrazas algo que provocó latidos en su corazón: una doncella con una figura, una hermosura y una belleza que no se parecían a otras. La muchacha era de aquellas que, como suele decirse, *dice a la luna: aparece o deja que aparezca yo.*

El joven sultán se enamoró desde lejos de la muchacha y la deseó con tal fuerza que su imagen no se le borró ya de la retina. Mañana y tarde abandonaba sus obligaciones y corría a su balcón para no hacer otra cosa sino otear el horizonte. Algunas veces la veía y otras veces no, y su ausencia avivaba más sus deseos y su tristeza que su presencia y sus paseos.

Pasaron los días, y el abandono por parte del sultán de sus funciones se hacía cada vez más frecuente. Todos en la corte se dieron cuenta, y las malas lenguas empezaron a hacer preguntas y comentarios.

Hasta que un día se atrevió el visir a visitar al monarca en su cama. Tras saludar y comentar algunos asuntos de gobierno y otros de menor importancia, le dijo:

—Mi señor, ¿cómo es posible que tenga usted abandonado el gobierno y que ande entre la cama y el balcón, sin razón para ello?

—Pues es que estoy enamorado, mi querido visir. Enamorado de una muchacha. Y no sé cómo conseguirla.

—Pues eso tiene solución. Díganos quién es y haremos lo que corresponda para pedir su mano a su padre.

—Es que no sé quién es ni cómo se llama. Así es que no andes molestando y vuelve a tus tareas.

El pobre visir intentó, con elocuencia y diplomacia, convencer a su señor de que dejase aquella soledad, de que saliese un poco: el trato con la gente de su corte le ayudaría a olvidar o a distraerse, hasta que hubiese alguna otra solución. Pero nada había que funcionase. El enamorado no quería salir, y solo pedía que le trajesen a algunas ancianas para que le distrajesen con sus cuentos e historias.

Al momento sonaron los tambores y salieron los pregoneros; por cada barrio se hizo el anuncio de que todas aquellas mujeres que supiesen contar cuentos e historias se presentasen en palacio. Muchas lo hicieron, y cada día subía una de ellas a los aposentos del sultán e intentaba distraer al triste y aburrido joven monarca con su repertorio de cuentos y leyendas.

Hasta que un día llega el turno de Asuset Estut[21],

una vieja lista,
deshonesta,
que hace daño
y molesta
hasta cuando
cae muerta.
Por el pitorro del botijo
sale la vieja atrevida;
con malicia dice: "hijo,
ancha está la avenida;
como si fuera una aguja chiquita,
pasa por su agujero".
Sin vergüenza, con su risita,
dice: "ancho está el sendero".

La malvada, perversa y hábil vieja entró donde estaba el sultán, hizo los debidos saludos y reverencias y preguntó al enfermo de amor por sus males. Le dijo:

—Señor*: su mal es sin dolor, no tiene fiebre ni sudor*. Cuénteme qué es lo que hay. ¿Qué es lo que le pasa?

El sultán se dio cuenta de que la vieja estaba acertando en sus diagnósticos y le dijo:

—Pues tienes toda la razón: estoy sin fiebre ni sudor, pero enfermo.

---

[21] *Asuset Estut,* Vieja Dañina, Malvada. Personaje legendario, encarnado en una vieja que representa el celestineo, la malicia, la astucia, el engaño.

—¿De qué? ¿Con qué? ¿Dónde está su mal?

—Del corazón: he visto a una muchacha guapa, hermosa, que no tiene igual en el mundo.

—Y, ¿dónde está esa belleza?

—Ven conmigo.

Salió al balcón con la vieja, le entregó los gemelos y le pidió que mirase a la terraza en la que solía ver a la muchacha.

Tomó la vieja los gemelos y empezó a buscar de terraza en terraza, hasta que dio con aquella en la que estaba la joven tomando el sol o contemplando con recato la ciudad.

La pícara vieja, maliciosa y experimentada, calculó desde lo alto la distancia que debía de haber entre el palacio y la casa, tomó nota de todos los detalles que podían ayudarla a reconocer la casa y volvió a decir al sultán:

—No tenga más preocupación, señor. Que me compren un canasto y pongan dentro unas telas, incienso, goma arábiga para masticar y todo aquello que se suele traer de regreso de un peregrinaje, y yo me encargaré de todo. Usted no se preocupe de nada más.

Como se suele decir, *las órdenes del sultán están para ser obedecidas*: el monarca dio las órdenes de que preparasen todo lo que la vieja había pedido y de que se le diesen todas las facilidades.

Salió la vieja en busca de la casa de la muchacha, para recoger informaciones acerca de ella. Una vez las tuvo, fue directamente a la casa de ella. Llamó a la puerta y, apenas abrió la madre, se echó encima de ella, abrazándola, besándola y diciendo:

—Buenos días, hija mía. ¿Cómo estás, sobrina? Pobre de mí: mi hermana murió sin que me fuese posible volver a verla, porque yo estaba fuera, viviendo en la tierra santa, cerca de la tumba del profeta.

Y hablando, mintiendo, llorando, o mejor dicho fingiendo llorar, dejó a la madre de la muchacha sin palabras.

—Seguro que tú a mí no me conoces: eras muy pequeña cuando me marché; apenas empezabas a gatear cuando me fui. Qué guapa estás, hija mía.

Habló y besó a la mujer, quien no sabía qué decir ni hacer. Pero su hija, la muchacha en cuestión, que era lista y astuta, encontró extraño el comportamiento de la vieja y no dejaba de hacer guiños a su madre, comunicándole gestos de reprobación y desconfianza. La madre no le hacía caso o no era capaz de reaccionar delante de la vieja.

Sin esperar a que reaccionase su madre, preguntó la muchacha de dónde salía una tía de la que no tenían noticia… La vieja le interrumpió y dijo:

—¿Cómo? ¿Es que no os habló mi hermana de mí? ¡Pero si tuvo que hacerlo,

seguro! Si no lo hizo, ¡pobre de mí! ¡Olvidada hasta de mi propia hermana!

Y rompió a llorar o a fingir, mejor dicho, que lloraba. La madre, en vez de hacer caso de su hija, le dijo que se callase, que aquella señora no tenía razón alguna para mentir y que si ella decía que era la tía que estaba en La Meca, así debía de ser; el que ellas no estuviesen enteradas sería por culpa del tiempo y de la distancia.

Poco a poco, con habilidad y astucia, la vieja fue engatusando a la madre, quien por fin la invitó a entrar. Se sentaron en el salón y se pusieron a charlar, y así tuvo ocasión la vieja de contar sus falsos cuentos, que la ingenua madre tomó por ciertos y verdaderos. Mientras hablaba, la vieja entregó a su supuesta sobrina regalos que decía traer de la tierra santa.

La vieja dejó pasar unos días, hasta que creyó que tenía asegurada la confianza de aquella ingenua mujer y le dijo que, como no tenía a nadie en la ciudad, porque al cabo de tanto tiempo no conocía ya a nadie, le gustaría ir a los baños públicos, y hacerlo en compañía de su hija. A la madre le pareció bien y acordaron que el día que ella quisiera iría la muchacha con ella.

Segura ya de que su plan funcionaría, la vieja fue a ver al sultán y le dijo que, si alquilaba por una tarde el baño, ella se las arreglaría para llevar allí a la doncella que deseaba.

El sultán dio la orden al momento y el baño fue alquilado. La vieja, en cuanto estuvo fijado el día y el lugar, marchó a ver a sus presas y a pedir a la madre que permitiese que su hija la acompañase. La madre accedió, pero la hija se resistía.

Llamó aparte a su madre y le dijo que aquella mujer no le inspiraba ninguna confianza, que nunca habían oído hablar de aquella supuesta tía y que se estaba dejando engañar. Pero la madre no hizo caso de su hija y le ordenó que acompañase a *su tía*. A la vieja le recomendó que no tardasen y que regresasen antes de que lo hiciesen el padre y los hermanos de la muchacha. La vieja le tranquilizó, le dijo que no se preocupase y le prometió que estarían de vuelta antes del crepúsculo. Así es que se pusieron sus velos y salieron.

Aunque la pobre muchacha obedeció a su madre, su corazón le decía que algo iba mal: no estaba tranquila. Así que tomó una bolsa de cenizas, hizo un agujerito y fue dejando caer las cenizas por el agujero, a lo largo del camino: desde la casa hasta el baño.

Llamó la vieja a la puerta del establecimiento. Le abrieron y entraron. Unos pasos adelante, la vieja dijo:

Tú, dueño de la muerte,
aquí tienes a tu presa.

Dicho esto, se fue y dejó sola a la doncella. ¿Dónde? En un baño público desierto, y con el sultán.

Él, que no tenía ni idea de cómo había organizado la vieja aquel encuentro, se dirigió a la muchacha y la condujo a un aposento en el que había comidas y bebidas preparadas para todo menos para una charla inocente entre amigos. La muchacha temblaba de miedo: se dio cuenta de que había caído en una trampa y de que le tocaba encontrar la manera de salir de allí si quería verse libre. Con una sonrisa fingida y una voz llena de pudor hizo las reverencias, balbuceó algunas palabras, y pidió permiso para ir adonde nadie podía acompañarla, al retrete.

—No te vas a escapar —le dijo el sultán.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —le respondió ella—. No creo que esa señora me haya traído aquí a la fuerza; si estoy aquí ha sido por mi propia voluntad. ¿Es que voy a encontrar compañía mejor que la del sultán? La señora me dijo que el sultán me quería y aquí estoy. Hay que querer a quien nos quiere. Si, como dice la señora, usted me ama, yo también le amo a usted. Si no fuera así, o si yo no hubiera querido venir, hubiera gritado, pedido socorro o hecho algo. Pero no: he venido andando por mi propio pie y de buen grado; nadie me ha forzado, así que no tema que me vaya a escapar.

El sultán se quedó más tranquilo, pero desconfiaba. Se quitó el turbante y lo ató a la ajorca de uno de los pies de la muchacha, y la dejó ir al retrete.

Allí se quitó ella la ajorca, la ató a un cubo lleno de agua y salió pegada a las paredes, hasta que llegó a la puerta de la calle. La abrió y salió corriendo, siguiendo las cenizas que había dejado caer a la ida, hasta que llegó a su casa. Entró sudando, casi sin aliento, con la cara roja y casi llorando. La madre corrió asustada, llena de temor y preocupación, a recibirla:

—Hija, ¿qué es lo que te pasa? ¿Por qué estás sola, asustada y con esta cara? Dime qué es lo que ha sucedido.

La hija soltó, llorando, un río de reproches contra su madre: que si eres una ingenua, que si te dije que no tenías ninguna hermana, que si te avisé de que la vieja no me inspiraba confianza… Y así siguió hasta que sacó todo lo que tenía en su dolorido pecho. Pero la madre seguía sin entender nada. Trajo un vaso de agua para su hija e intentó calmarla.

Cuando la hija se recuperó, contó a su madre lo que había pasado.

—Sí, madre, sí; me dejó sola en unos baños vacíos y en presencia del sultán. Si no fuera porque la misericordia de Dios me ayudó y me iluminó, tu hija estaría ahora perdida. Sí, madre, perdida. Y todo por tu culpa.

La madre, avergonzada, confusa y sin palabras, se puso a pedir perdón y trató de aliviar la pena de su hija. Pero ella no dejaba de dirigir reproches a su madre y de recordarle que, en lo sucesivo, debía escuchar su opinión y hacerle caso.

En lo que se refiere al sultán, confiado en las palabras de la joven, se quedó esperando mientras bebía algo. Tiraba de cuando en cuando de su turbante convertido en cuerda, y como sentía la resistencia, pensaba que su presa seguía allí.

Pero al ver que tardaba se decidió a tirar de aquel lazo con fuerza, y de pronto la ajorca, enganchada al cubo de agua, se soltó, y con la fuerza del tirón saltó y pegó un golpe en la frente del sultán.

La rabia se adueñó de él: no solamente por el dolor del golpe, sino por el sentimiento de frustración, humillación, engaño. Él, el sultán, con todo su poder y omnipotencia, se había dejado humillar, engañar, ridiculizar por una… Y como si fuese un río desbordado, soltó insultos, amenazas, promesas de venganza.

Mas algo en su profundo interior le ablandaba y le dictaba lo contrario de lo que gritaba en voz alta. Una voz interior le decía que tuviese clemencia y benevolencia, y le hizo ver que en aquella figura esbelta, en aquel rostro lleno de luz, en aquellos ojos de mirada dulce y penetrante, en aquel pecho prominente y apetitoso, había, en una palabra, un ángel más que otra cosa.

Turbado y fuera de sí, se fue de allí y regresó a su palacio.

Aquel incidente agravó la enfermedad del pobre monarca e hizo que empeorase su estado físico y mental. Pero en vez de guardar cama como había hecho antes, tomó una espada y fue a colocarse en una de las puertas de la ciudad. Allí se quedó sentado, y detenía a cada una de las personas que entraban en la ciudad, y les decía:

Dime sin cuidado
cuál es la presa que yo tenía
para hacerla mía.
De mis manos ha volado,
triste y solo me ha dejado.

Al no saber de qué se trataba, el preguntado no contestaba; y el sultán, sin más palabras, le cortaba la cabeza y la colgaba en la muralla. Una, dos, tres víctimas empezaron a acumularse. La noticia voló por toda la ciudad y la gente empezó a tener miedo.

La muchacha se enteró igual que todo el mundo y se sintió un poco culpable, o por lo menos creyó que debía de hacer algo para salvar vidas inocentes. Se dirigió a su madre y le dijo:

—¡Madre! Tú sin motivo ni razón me dejaste ir con aquella vieja bruja. Hoy quiero que me dejes marchar, para ver si me es posible poner fin a esta matanza.

—Pero, hija, ¿adónde vas a ir tú? Basta con lo que pasaste la otra vez, cuando gracias a la ayuda divina saliste sana y salva. Así que déjate de bromas y quédate aquí tranquila: a las víctimas las ayudará Dios.

—¡No, madre! Puesto que soy yo el origen del mal que está azotando a la ciudad y a su gente, algo he de hacer para acabar con esta locura del sultán; con la ayuda del cielo lo conseguiré.

—¿Y si te pasa algo?

—No me pasará nada, ya verás. Así como me dejaste ir el otro día, déjame ir hoy, te lo ruego. Es por el bien de todos.

A duras penas pudo convencer a su madre, quien al final y muy a su pesar le dio permiso y le llenó la cabeza de recomendaciones y consejos.

Pero la muchacha tenía ya un plan preparado, así que poca atención prestaba a su madre. Se dirigió a la habitación de uno de sus hermanos, eligió un traje de su talla y se disfrazó de caballero. Cuando estuvo lista, tomó uno de los caballos de los hermanos, cabalgó en él y salió de la ciudad por una de las otras puertas.

Se alejó y luego regresó al galope, como si llegara de un largo viaje, y entró por la puerta que estaba bajo la vigilancia del sultán. Él, cuando la vio, la llamó y le dijo:

—¡Eh, tú! ¡Alto ahí!

—¿Qué es lo que pasa? ¿A qué viene esto?

Dime sin cuidado
cuál es la presa que yo tenía
para hacerla mía.
De mis manos ha volado,
triste y solo me ha dejado.

Ella le respondió y dijo:

Mejor volar
que vergüenza sembrar
y turbantes deshonrar,
y también una cofia[22].

—A ver, a ver: repite lo que has dicho.

—No hace falta que lo repita, porque no hay duda de que lo has entendido. ¿Te parece justo estar aquí cortando cabezas, tan fuera de la razón y de la justicia? ¿Solo porque no recibes de la gente una respuesta?

Dicho esto, espoleó su caballo y regresó al galope a su casa. Desmontó, devolvió el caballo al establo y entró. Se quitó el traje y se sentó tranquilamente, con la paz de quien ha cumplido un deber y satisfecho su conciencia. Su madre, contenta, le preguntó qué era lo que había hecho y adónde había ido. Pero ella se limitó a repetir que todo iba bien y que todo iría aún mejor, y volvió a sus labores diarias, como si nada.

El sultán se había quedado atónito al oír aquella respuesta. Siguió con la mirada al que

[22] El turbante es, en este contexto, símbolo del hombre, y la cofia de la mujer.

tomó por caballero, hasta que desapareció. Se puso luego a reflexionar sobre lo que había escuchado. "Pensándolo bien", se decía, "puede que aquel caballero tenga razón. No, no: es seguro que tiene razón; lo que he hecho y lo que sigo haciendo no tiene ningún sentido; algo me pasa: ¿es por culpa del amor que estoy perdiendo la razón? Yo no soy un gobernante déspota ni injusto; ¿por qué, entonces, me comporto de esta manera?".

Rumiando estas reflexiones e ideas regresó a su palacio. Se bañó, comió algo y descansó. Una vez recuperadas sus fuerzas físicas y mentales llamó a su visir. Él comunicó al monarca la alegría que sentía al verlo como le había conocido siempre, y se puso a su disposición para lo que desease el soberano.

Él confió a su visir sus sentimientos, le dijo en qué estado emocional y mental se encontraba y le dio detalles acerca de lo que había pasado con aquella vieja pícara y malvada y con las escenas del baño y el modo en que él se había comportado, lo que había provocado la huida de la muchacha.

El visir estaba al tanto de todo, por supuesto, pero por delicadeza, educación y diplomacia hizo como si nada supiese. Cuando el sultán terminó el relato de los hechos, el visir meditó un rato y le dijo al sultán:

—¿Y por qué no pide usted su mano y se casa con ella? No creo que haya

impedimento, y ese sería el camino más lógico, fácil y lícito. Preguntemos por su padre, y a él le podrá pedir la mano de su hija.

—Encárgate tú del asunto —le dijo el sultán a su visir.

—Con sumo gusto, señor —le respondió—; será un placer para este su servidor poder hacer algo por su felicidad.

—Te lo agradezco mucho. Ponte ya a la tarea.

Salió el visir de la audiencia con el monarca, llamó a sus ayudantes y a la policía y les encargó que encontrasen a la vieja bruja y le sonsacase la dirección de la muchacha. No tardaron en cumplir el encargo. El visir informó al sultán, quien le pidió que llamase al padre. Se presentó él al día siguiente en palacio, y el visir le llevó ante el soberano. Tras las reverencias y los saludos debidos, le invitó el sultán a sentarse y le preguntó:

—Tengo entendido que tiene usted una hija; me han dicho que es muy guapa, bien educada y bien preparada.

—Sí, señor —respondió el padre—; es mi hija única, y su madre y yo le hemos dado la mejor educación que hemos podido darle, para que sea buena ciudadana, buena esposa y buena madre.

—Pues le pido la mano de esa mujer maravillosa.

—Me honra, señor, con su petición; y no creo que haya ni mejor pretendiente ni mejor esposo que usted para mi hija. Por mi parte, concedida está. Pero primero tengo

que preguntarle a ella: bien sabe usted que su consentimiento es de rigor.

—Por supuesto —le dijo el monarca—; pregúntele y deme la respuesta cuanto antes.

—A sus órdenes, señor. Espero no defraudarle.

Se despidió el hombre del sultán y del visir, quien había estado allí presente, y se fue derecho a su casa. Se sentó junto a su mujer, le informó del deseo del sultán y le pidió su opinión.

—Mi opinión, mi opinión… es fácil decirlo… Porque aquí no estamos hablando de ningún cualquiera: estamos hablando del sultán. ¿Y hay alguien que pueda decirle que no al sultán?

—Por supuesto que se le puede decir que no. Estas cosas no se pueden hacer a la fuerza. Además, nuestro joven sultán tiene fama de ser bueno, clemente y justo, y de velar por el bienestar de su pueblo; todo habla en su favor, y creo que sería un buen marido para nuestra hija.

—Me da la impresión de que ya has tomado la decisión de aceptar.

—La verdad es que mejor pretendiente no se podría pedir.

—Pero no te olvides de la locura que ha cometido y de los pobres inocentes que ha matado sin razón ninguna.

—Tú lo has dicho: ha sido una locura, un desequilibrio pasajero. Dicen los médicos que ya ha pasado. Pero a fin de cuentas no

nos toca a nosotros tomar la decisión. Ve a ver a tu hija, dile lo que hay y escucha qué es lo que piensa de todo esto. Si ella dice que sí, a nosotros no nos quedará más que decir. Es ella la que se ha de desposar.

La madre no dejaba de acordarse de todo lo que había pasado antes, y marchó a hablar con su hija, con la firme seguridad de que ella no iba a consentir.

Pero son curiosas las cosas que dan vueltas por las cabezas de las jóvenes. En contra de lo que ella esperaba, la madre encontró a su hija tranquila, receptiva y dispuesta a asumir lo que su pobre madre consideraba un gran riesgo. Dos o tres veces preguntó a su hija si estaba segura y si consentiría y aceptaría al sultán como esposo. Y la hija aseguró que sí aceptaba, e incluso que sería feliz desposándolo.

Satisfecha pero algo preocupada, la madre regresó adonde estaba su marido y le dijo que su hija daba el sí y aceptaba casarse con el joven sultán. Al día siguiente se dirigió el padre al palacio, pidió audiencia y, una vez ante el monarca, le comunicó que la hija y sus padres decían que sí, y que se sentían honrados con aquella alianza.

El sultán no pudo ocultar su satisfacción. Se levantó y abrazó a su futuro suegro, le llamó su padre y encargó al visir que le entregase una bolsa llena de monedas de oro y que se encargase de los preparativos de la boda, la cual quedó fijada para tres viernes después. Sería enviada entonces la

carroza con los sirvientes, y la novia sería conducida a su nueva morada.

La doncella, de nombre Aicha, comenzó a hacer los preparativos para el gran acontecimiento. Llamó a una anciana señora, vecina y amiga de la familia, de nombre Zahara, y solicitó sus servicios.

—Yo haré aquello que desees, hija mía; me tienes a tu servicio; esta es la alegría de la vida, como solemos decir. ¿Qué es lo que he de hacer por ti?

—¡Tía Zahara! Aquí tienes una bolsa con dinero más que de sobra. Ve a comprar una cantidad de trigo, hazlo moler y saca una sémola bien finita, para hacer una pasta que se pueda moldear bien. Luego hazme el favor de ir al artesano, que es ese judío que fabrica muñecas y que además es fotógrafo, y encárgale que haga una muñeca de mi tamaño, a mi imagen y semejanza; que sea igual que yo, que se parezca en aspecto y medidas.

La buena mujer se puso manos a la obra, y cuando la sémola estuvo lista fue a ver al artesano judío y le dijo qué era lo que necesitaba. El artista aceptó el encargo y se concertaron las citas para ver a la muchacha y para hacer la copia de su figura.

En pocos días tuvo listo el artesano un doble tan perfecto que cualquiera podía confundir aquel artificio con el natural. La novia se sintió satisfecha; pagó al artista más de lo que él pedía, y le solicitó que añadiera dos detalles: que pudiese mover la cabeza, de

modo que al tirar de un hilo se inclinase como si expresase aprobación; y que introdujese en la estatua un poco de miel. El diestro artista lo hizo con maestría y entregó a la doncella una copia perfecta de sí misma, con los requisitos que le habían sido pedidos.

Llamó entonces Aicha a su amada y dócil Zahara y le dijo:

—Estoy muy satisfecha y muy ilusionada, tía Zahara. Te agradezco todo lo que has hecho por mí. Y te voy a pedir algo más; ya que has empezado, te ruego que termines de hacerme el favor.

—Tú sabes, mi querida Aicha, que tú eres para mí como la hija que Dios, por razones que solo él sabe, no me ha dado; así que estoy siempre a tu disposición, porque quiero verte casada felizmente y con hijos.

—Ya lo sé, tía Zahara. Me gustaría que ahora te lleves la muñeca contigo; vístela como si fuese yo misma, preparada para la noche de bodas: igual, igual. Yo pediré que me acompañes hasta mi habitación, y mientras se cumplen la *yilwa*[23] y el resto de las ceremonias, tú meterás la muñeca en mi habitación y la sentarás sobre la cama.

Todo se hizo según el plan de Aicha, que nadie conocía más que ellas. La tía Zahara colocó la muñeca sobre la cama y

[23] *Yilwa*, ceremonia de las tantas que se celebran durante los festejos de una boda; consiste en poner a la novia, con toda su ropa y sus adornos, encima de una tarima, y al son de la música y los tamboriles hacerla girar lentamente, para que todas las presentes la vean y la admiren. Solo las mujeres participan de este rito.

salió a esperar el final de las ceremonias; acompañó entonces a la novia hasta su dormitorio, le quitó el velo y lo puso encima de la cabeza de la muñeca, de la cual sacó un hilo que dio a la novia.

Ella se escondió debajo de la cama y la vieja salió para anunciar que todo estaba listo y que ya podía ser llevado hasta allí el novio. Entró él en el patio de ceremonias vestido de gala y con la espada en el cinturón, acompañado por sus amigos más cercanos y por la gente de su corte, con la música y las albórbolas sonando a toda potencia. Le llevaron hasta la puerta de la habitación en que lo esperaba la novia. Entró, y la puerta se cerró detrás de él.

Se acercó lentamente a la cama y le dijo:

—*Assalamu-aaleikum*, "que la paz sea con vosotros".

La novia, que estaba debajo de la cama, tiró del hilo que tenía en la mano, y la muñeca inclinó la cabeza. El sultán se acercó un poco más y rompió en quejas y en lamentaciones. Trajo a cuento las cosas del pasado y dijo:

—Te envié a la vieja, te llevó al baño, me hiciste creer que estabas allí por tu propia voluntad y luego me engañaste y huiste; por tu culpa maté a mucha gente inocente, y si no hubiese sido por un caballero que la providencia me envió, no sé cómo hubiera acabado todo aquello.

Según hablaba, la muñeca iba aprobando todo con la cabeza, hasta que él

perdió la paciencia y tuvo otro ataque de rabia y cólera. Le dijo:

—Sigues sin hacerme caso: ni me dices nada, ni pides perdón, ni me das explicaciones. Por tu culpa he hecho lo que nunca debiera haber hecho, y tú no te excusas, ni reconoces tu equivocación, ni das motivo o explicación. ¡Pues aquí tienes lo que te mereces!

Desenvainó su espada y, con toda la fuerza que da la rabia, dirigió el golpe contra la muñeca y le cortó la cabeza.

Con la fuerza del golpe saltó hasta el techo. El sultán alzó su cabeza y siguió con sus ojos, rojos de cólera, la cabeza que acaba de cortar, y ella dejó caer la miel en la cara y en la boca del enfurecido novio. El sabor de la miel y su dulzura hicieron que aumentase su dolor y que renaciese el amor en él. Rompió a llorar y dijo:

—Qué dulce es tu sangre, querida Aicha, qué sabrosa es tu sangre. ¿Por qué me has obligado a hacer esto? ¿Por qué?

Lloró, se lamentó, se quejó. Pero ya era tarde. O eso es lo que él se pensaba. Desde debajo de la cama salió una voz que pedía:

—*Amán*: no me hagas nada.

—¿Quién está ahí? —preguntó el turbado novio, que creía que estaba volviendo a recaer en su pasada locura.

—*Amán*, dame la seguridad de que no me harás nada —volvió a pedirle aquella voz.

—Puedes considerarte completamente segura: tienes *el amán y el sello de Solimán*. Sal y dime quién eres y qué es lo que deseas.

—Soy la novia, tu novia.

—¿Qué?

No había terminado todavía su frase cuando ya estaba la novia frente a él, en todo su esplendor y encanto. El pobre joven no sabía qué hacer ni qué decir. Pero la bella novia, o mejor dicho, su ya esposa, no le dejó pasar por más incertidumbres. Tomó su mano temblorosa y la acercó a la muñeca.

—Mira, señor: esta es la novia que acabas de matar. Pero yo, Aicha, estoy aquí viva y a tu lado, para decirte que si desde el principio hubieses actuado con normalidad y conforme a lo tradicional y acostumbrado, nada de esto hubiese ocurrido. ¡Pero no! El señor se sentía todopoderoso, dueño del mundo y del derecho sobre los demás. Quería demostrar su autoridad y lo largos que son sus brazos. Ya has visto que, largos o no, los brazos no llegan a ninguna parte si no hay justicia ni respeto a los otros.

El sultán se echó en los brazos de su novia, loco, pero aquella vez de alegría y satisfacción, y le dijo mientras la abrazaba con todo su amor y su fuerza:

—*Que seas mi esposa en este mundo y en el otro también*. Soy de verdad el hombre más afortunado, por tener una mujer que no solo es hermosa, sino también sabia y razonable. Ese es el deseo de cualquier hombre. Que

Dios te bendiga y que juntos nos colme de sus favores.

El pasado se quedó atrás y los esposos iniciaron su camino *bajo la sombra del amor y la felicidad.*

Nuestro cuento
ha terminado
y este año
mucho hemos
cosechado.

EL JOVEN QUE HABÍA SIDO PROMETIDO A UNA VIEJA MALA Y ELUDIÓ SU DESTINO

Érase una vez un comerciante conocido por todos pero que no podía tener hijos. Eso le dolía y le obsesionaba. Un día se presentó ante él la muy conocida vieja Asuset Estut[24],

una vieja lista,
deshonesta,
que hace daño
y molesta
hasta cuando
cae muerta.
Por el pitorro del botijo
sale la vieja atrevida;
con malicia dice: "hijo,
ancha está la avenida;
Como si fuera una aguja chiquita,
pasa por su agujero".
Sin vergüenza, con su risita,
dice: "ancho está el sendero".

Se presentó la vieja ante el hombre caviloso, y le dijo:

—¿Cómo es que andas tan pensativo y pareces tan triste y preocupado, cuando todos tus deseos están a tu alcance?

[24] *Asuset Estut,* Vieja Dañina, Malvada. Personaje legendario, encarnado en una vieja que representa el celestineo, la malicia, la astucia, el engaño.

—Pues es que tengo tres mujeres —le dijo él—, pero no tengo hijos. Me gustaría tener descendencia, como la tiene todo el mundo.

—Pues eso es fácil —le dijo ella—. Yo puedo solucionar ese problema.

—¿Y cómo podrías tú ayudarme, buena mujer? Si no he dejado nada sin probar y todo ha sido en vano.

—¡Tú no te desesperes! Yo tengo el remedio adecuado: aquí tienes tres manzanas; que cada mujer coma una. Pero te pongo una condición.

—Dime qué condición es. Si está en mi mano, considérala aceptada.

—Mi condición es que la primera criatura que nazca será para mí.

—Pues de acuerdo —respondió el comerciante—. Si llego a tener hijos, el primero te lo daré a ti.

—Conforme. Pero acuérdate de decir a tus mujeres que tomen su baño de purificación y que hagan sus abluciones antes de tomar las manzanas: tienen que estar purificadas cuando las tomen. Con la ayuda del Señor engendrarán enseguida.

El hombre, que con tal de tener hijos estaba dispuesto a creer en lo increíble, tomó las manzanas y marchó a ver a sus esposas. A cada una le entregó una y le dijo que no la comiera sin haberse purificado y hecho sus abluciones.

—Con la ayuda de Dios —les dijo— llegaremos a tener lo que deseamos: un hijo cuya presencia llenará de alegría nuestra vida.

Comieron las tres mujeres las manzanas, y se quedaron embarazadas al poco tiempo. El primero que nació, un varón, había sido engendrado por la prima del esposo. Al poco tiempo dieron a luz las otras dos esposas, y cada una tuvo un varón más. Así que tres hijos tuvo el dichoso comerciante, y eso le llenó de alegría y felicidad. Celebró festejos a lo grande, repartió limosnas a muchos pobres, colmó a sus esposas de ricos regalos y envió velas a todos los santos de la ciudad[25].

El tiempo corría rápido para todos, pero aquellos niños crecieron más rápido de lo habitual. Como se suele decir, *lo que crece la gente en años, lo hacían ellos en días*. El comerciante ofreció a sus hijos, como era de rigor, la mejor educación, y empezó por enviarlos a la *medersa*[26].

Pero la maliciosa vieja, la *Asuset Estut* aquella, la de las manzanas, no había olvidado la condición que había puesto. Cada día, a la salida de la escuela, salía al encuentro de los muchachos y le decía al primogénito:

—Dile a tu padre que me dé lo que es mío.

---

[25] La ofrenda de velas a los santos es un ritual muy común, que se hace sobre todo para pedir favores o para agradecerlos.

[26] *Medersa*, escuela.

El joven no prestaba demasiada atención a lo que le decía la vieja aquella y se olvidaba del encargo. Cuando la vieja volvía a salirle al encuentro y le repetía lo mismo, él respondía que había olvidado decir a su padre lo que ella le pedía. Una y otra vez se repitió aquello, siempre igual: ella pidiendo que le dijera a su padre que le diera lo suyo y él olvidándose.

Hasta que un día, enfadada la vieja, pellizcó al muchacho en una oreja; de ese modo, pensaba ella, no se le olvidaría. Pero al niño aquel lo que le pasaba en la calle lo dejaba en la calle, y siguió sin contarle nada a su padre.

Hasta que un día, cuando su madre le ayudaba a bañarse, notó que una de sus orejas estaba enrojecida:

—¿Te duele la oreja, hijo mío? —le preguntó—. Veo que está muy roja.

—No, madre —respondió el hijo—; es que casi a diario se me acerca una vieja que me dice "di a tu padre que me dé lo mío"; y a mí se me olvida contárselo. Así que ayer me dio un pellizco en la oreja para que me acordara.

La madre no sabía nada de la vieja aquella ni de aquel asunto. Habló con su marido. Él se acordó, por supuesto, de la condición que había puesto la vieja y de la promesa que le había hecho. Pero, ¿cómo iba a dar él su hijo a alguien? Por supuesto que no lo iba a hacer, y menos a una vieja tan malvada como aquella.

Se puso a reflexionar acerca de lo que se podría hacer para evitar el daño. Y no encontró nada mejor que alejarse de allí con su familia, al menos por un tiempo. Llamó a sus esposas y les pidió que se preparasen para salir de viaje aquel mismo día.

Las mujeres se prepararon y prepararon a sus hijos a toda prisa, y no se olvidaron de llevar sus joyas y sus más valiosos adornos. Pero la madre del primogénito no se las llevó consigo, sino que metió todas sus joyas en una caja y la escondió en un agujero que hizo abrir debajo de su cama.

Emprendieron el viaje y se instalaron en un país vecino. Cada tarde, tras las tareas diarias, a la hora de la merienda, las esposas se vestían, se arreglaban y se ponían sus joyas, y hacían una merienda. Todas excepto la madre del primogénito, que se vestía y se arreglaba bien, pero sin joyas.

Uno, dos, tres días se sentaron las mujeres con sus joyas, excepto la madre del joven, que iba sin adornos. Su hijo se dio cuenta de aquello y preguntó a su madre si era que su padre la tenía en menos y no le compraba joyas como a las demás esposas. La madre le tranquilizó y le dijo que su padre nunca le había faltado, y que, antes de salir de viaje, ella misma había escondido sus joyas en casa. Y le dijo dónde y cómo.

Al día siguiente se levantó la familia y se reunió para desayunar. Pero el primogénito no se presentó. Fueron a su habitación, pero no lo hallaron. Buscaron por todas partes,

pero nada: era *como si se le hubiese tragado la tierra.*

Mientras sus padres y todos le buscaban desesperadamente, el joven iba galopando a su casa para traer las joyas de su madre.

Llegó, entró y, qué sorpresa: un hombre le estaba esperando allí. Era aquella maliciosa bruja, *Asuset Estut*, que se había transformado en hombre.

—Ya te tengo —le dijo—. No tienes escapatoria.

El muchacho se dio cuenta al instante de que se trataba de una bruja peligrosa. Ocultó lo mejor que pudo su sorpresa y su susto, y dijo:

—¿Y por qué iba yo a escaparme? ¿No ves que he dejado a mi familia y que he venido hasta aquí solo por verte? Cuando mi madre me contó todo, pensé que, si hay una persona que me aprecia, esa persona merece mi amor y que viva a mi lado. Esa es la razón por la que he venido hasta aquí.

El hombre le dio las gracias y se lo llevó con él. Marcharon a su casa y, tal y como haría un buen padre con su hijo, le cuidó, le mimó y le dio la mejor formación. Puso todo de su parte para que al muchacho no le faltase de nada: tuvo la mejor comida, los mejores vestidos y los mejores estudios. Y así hasta que el niño aquel se convirtió en un mozo fuerte y guapo.

Un día preguntó a su tutor por tres objetos que se hallaban colgados en la pared

de su habitación, y que nunca había sabido para qué servían: eran una esponja, un botijo y un agujón. Le dijo:

—Padre, ¿para qué sirven esas tres cosas que tienes colgadas en tu habitación?

—¿Qué? Ah, no son nada. Eso a ti no te importa.

—¿Por qué? A mí me gusta saber. Tú me has enseñado y me enseñas de todo, y a mí me encanta aprender. Como sabes, no tengo a nadie más que a ti; ni amigos ni nadie. Si tú no me enseñas, ¿quién va a hacerlo?

Y rompió a llorar.

—Tienes razón, hijo —le respondió el otro, algo enternecido, o quizás habría que decir algo enternecida—. Pues te lo voy a decir: la esponja, si la arrojas entre tú y tu enemigo, se convierte en un mar; el agujón se convierte en espinas; y el botijo en fuego.

—¿Lo ves? Pues ya he aprendido algo nuevo, y ha sido gracias a ti.

Pasaron los días, y el hombre aquel enseñó al muchacho todo lo que podía serle útil.

Pero para su madre los días no pasaban tan felices. Después de buscar al hijo en vano, toda la familia echó la culpa de su desaparición a la madre. El marido, dolido por la pérdida del primogénito, se dejó influir por la cizaña que metían las otras esposas, celosas siempre las unas de las otras, y más de la madre del primogénito, que era además la prima del marido. La acusaron de

todo lo malo, y poco a poco fue perdiendo el favor del marido, y las otras la convirtieron en su sirvienta: toda la tarea de la casa se quedó para la culpable de haber echado a su hijo, para la que había sacrificado a su hijo, para aquella que no tenía corazón de madre. Según la acusaban, empezaron a decirle que hiciese esto o lo otro, para no andar molestando a los criados…

Y de ese modo la pobre mujer, triste, dolida y afligida por la pérdida de su hijo, humillada por las otras mujeres, abandonada por su esposo y agotada por tantas tareas, fue perdiendo peso, hermosura, atractivo, y se fue consumiendo y sintiendo que estaba próximo su final.

Su hijo dejó pasar algún tiempo. Y un día, aprovechando una ausencia del tutor, sacó las joyas de su madre, descolgó los tres objetos que estaban colgados en la pared y tomó el camino de regreso al lugar en el que estaba su familia.

Cuando el hombre regresó a casa, no lo encontró, y echó además de menos sus tres objetos. Salió corriendo a la puerta más cercana de la ciudad y allá a lo lejos vio al joven que corría. Echó a correr detrás de él, y cuando le tenía ya muy cerca, el joven le tiró la esponja, que se convirtió en un lago. El tutor se convirtió en una barca, y de ese modo pudo cruzar el lago. Llegó a tierra firme, recuperó su estado anterior y reanudó la persecución del fugitivo.

Este, cuando se dio cuenta de que lo volvía a tener cerca, arrojó el agujón. El agujón se convirtió en espinas, y se levantó un valle espinoso entre el fugitivo y el perseguidor. A duras penas se metió el hombre por entre aquellas plantas, pese al dolor que le causaban, y pudo continuar la persecución.

Cuando estaba muy cerca otra vez de su presa, el joven le arrojó el botijo. Un fuego con llamas muy altas subió hasta el cielo que separaba a los dos corredores. El joven se sintió un poco más tranquilo, pero continuó su camino sin darse tregua ni descanso, hasta que pudo llegar a la casa de sus padres. Tocó a la puerta, y las mujeres llamaron a su pobre madre para que fuera a abrir:

—Eh, tú, la que echaste de aquí a tu hijo, ve a ver quién llama, y si es algún mendigo dale algo.

Obedeció la infeliz y abrió la puerta. El hijo perdió casi el juicio cuando vio a su madre en aquel estado. Ella, sin sospechar quién era, le preguntó cabizbaja qué era lo que deseaba. Sin perder el control de sí mismo, el muchacho se inventó alguna explicación y le hizo unas cuantas preguntas: que si aquella era la casa del señor Ahmed el comerciante (es decir, su padre); que por qué se encontraba ella así; que cuál era el dolor que tenía… Y más y más preguntas, que la infeliz no podía ni tenía fuerzas para contestar.

—Señora —le decía él, insistiendo de manera decidida—, estoy seguro de que sufre usted de algo. ¿Por qué no me cuenta qué es lo que le pasa? A lo mejor puedo ayudarle.

—¿Qué iba usted a poder hacer, señor? Dígame qué es lo que quiere y déjeme volver a mis ocupaciones.

—Por Dios le pido, y por su hijo si es que tiene usted alguno, que me diga cuál es la causa de su sufrir.

—¿Hijo? Sí que tenía yo un hijo. Pero se marchó. Le perdí. Y como ve usted, desde entonces me quedé de criada.

La mujer se olvidó entonces del tiempo y del modo en que debía comportarse, y se puso a contar su historia al desconocido.

—¿Y tiene ese hijo suyo alguna señal o algo especial que lo distinga?

—Ah, pues sí que lo tiene. Tiene su nombre tatuado en un brazo.

—¿Algo así como esto, madre?

Al ver aquello soltó la mujer un grito de alegría, y a continuación unas albórbolas, y se lanzó a los brazos de su querido y anhelado hijo. Le abrazó, le besó, le volvió a besar y a abrazar con lágrimas de alegría y felicidad en los ojos.

En el interior de la casa las otras dos mujeres se preguntaron si no se habría vuelto loca aquella mujer que soltaba albórbolas tan sin razón ni motivo. Antes de que tuviesen tiempo de enterarse de más, entró la madre, casi abrazada por su hijo, y les dijo:

—Este es quien decíais que yo había echado y sacrificado.

Llegó el padre y se quedó pasmado de sorpresa y alegría. El hijo querido, el primogénito que creía perdido, había vuelto. Allí estaba, delante de él y hecho ya un hombrecito. Le abrazó con el mayor cariño y se sentó a su lado para enterarse de todo lo que le había sucedido.

El joven contó a su padre el motivo de su marcha y todo lo que le había ocurrido en aquel tiempo. Pero no pudo dejar de sacar a relucir el comportamiento que había tenido el padre para con su madre. Con la educación y el respeto debidos, dirigió a su progenitor reproches serios y sinceros:

—¿A tu esposa —le dijo—, que es además tu prima y la madre de tu hijo, la maltratas, consientes que la humillen y la reduces a servir? Pero, ¿tú tienes corazón? ¿Dónde están la bondad y los consejos del Señor de que hay que tener amor, respeto y piedad para con las esposas? ¿Dónde están las virtudes de las que siempre me hablabas?

El padre escuchó el río de reproches de su hijo sin pronunciar palabra:

—Tienes toda la razón —le dijo cuando acabó—. Tu pérdida me cegó, y di por hecho que había sido ella la culpable de que te fueras. El dolor y el enfado me impidieron creerla cuando ella lo negaba. De verdad que lo siento mucho, y que le voy a pedir perdón ahora mismo.

Eso es lo que hizo, y la vida recuperó su curso normal y feliz.

Feliz, sí. Pero no para el hijo, quien todavía tuvo un aparte con su padre y le dijo que no estaba del todo tranquilo, y que la lucha contra la vieja-hombre no había concluido aún, se temía.

—¡Escúchame bien, padre! El día del mercado yo estaré hecho una buena yegua, que tú vas a llevar a vender. Entre la gente habrá un hombre que, cada vez que alguien ofrezca un precio, ofrecerá más, hasta conseguir la compra. Acepta el precio final, pero con la condición de que la yegua será entregada sin su brida.

—Pero él no va a aceptar llevársela sin la brida.

—Pues tendrá que hacerlo. Ofrezca lo que ofrezca, no le entregues la brida. En ello me va la vida. A no ser que me quieras ver muerto.

—¿Qué es lo que dices, hijo mío? Si yo daría mi vida por la tuya.

—No se trata de que des tu vida, padre, sino tan solo de que no des la brida.

El día del mercado bajó el padre con la yegua y, apenas empezó el pregonero a alabar las cualidades del animal para incitar a los compradores, el hombre en cuestión se acercó y se puso a pujar.

El padre lo reconoció y, cuando ya nadie seguía pujando más que él, quedó rematada la venta y le entregó la yegua sin la brida. El comprador, tal y como había

previsto el hijo, no quería recibir el animal sin la brida. Pero al ver que el vendedor no le hacía caso, empezó a ofrecerle más y más dinero a cambio de la brida aquella. Pero todo fue en vano.

Se resignó el hombre finalmente, tomó la yegua y se marchó.

Por el camino se declaró una pelea con transformaciones sin fin. El caballo aumentó de tamaño hasta tener el de un tren; y luego se metamorfoseó en los intestinos de un buey, mientras que su enemigo trataba de enfrentarse a él con sus propias transformaciones. Al final la yegua se convirtió en un ave, y el enemigo hizo lo mismo.

Mientras volaban vieron a la hija del sultán que estaba sentada en la terraza de su palacio. De pronto la yegua se transformó en un anillo y se introdujo en el dedo de la princesa. Su enemigo no perdió el tiempo. Descendió, tomó el aspecto de un humano, se presentó en el palacio y alegó que su anillo lo tenía la princesa.

—¿Y cómo es posible que su anillo esté en el dedo de la hija del sultán? —le dijeron.

—Hagan ustedes el favor de subir y pregúntenle. Ya verán que lo que digo es verdad.

Subió uno de los guardias a informar al sultán. Él, intrigado, preguntó a su hija si era verdad lo que aseguraba aquel señor.

—Sí, padre —le dijo ella—; yo estaba sentada como me ves cuando, no sé cómo,

me he encontrado con este anillo metido en el dedo.

—Pues quítatelo, que su dueño está en la puerta y lo reclama.

—No, que es mi anillo y no voy a dárselo a nadie.

—Pero, ¿cómo va a ser tuyo, hija? Sé razonable y entrégame el anillo de ese señor que está esperando. Te prometo que te compraré uno igual.

La princesita entregó el anillo a su padre, y él se lo entregó al guardia para que fuera devuelto a su dueño. En cuanto lo hizo, el anillo se transformó en una granada que se cayó al suelo; al caer se abrió y rodaron sus granos. El enemigo, que había sido testigo de la transformación, no perdió el tiempo, y se convirtió de pronto en un gallo que se puso a picar los granos de la granada. Un grano saltó debajo del zapato del guardia y tomó la forma de un cuchillo bien afilado. Como si estuviese en manos de un carnicero habilidoso, saltó al cuello del gallo y lo degolló.

El guardia no entendía nada de lo que estaba pasando y pensó que los demonios le estaban jugando una mala pasada. Pero tomó fuerzas y corrió a contar al sultán qué era lo que acababa de ver. El monarca se lo creyó solo a medias e, intrigado, bajó él mismo a comprobar si aquello era verdad. En el zaguán se encontró con un mozo guapo y elegante, que les saludó con reverencias y educación.

El guardia rompió en balbuceos, avergonzado y asustado, pero el joven se dirigió al sultán en un lenguaje principesco, y, tras presentarse, le explicó todo lo que le había sucedido en su palacio y toda la historia anterior. El soberano le dio la bienvenida, le hizo entrar y le agasajó.

La invitación del profeta es de tres días, como se dice siempre, así que el mozo pasó tres días con su anfitrión y su familia. Huelga decir que la hija que no había querido soltar el anillo, porque mientras lo había tenido puesto había sentido algo especial, lo sintió mucho más cuando conoció al joven aquel, que, al cabo de poco tiempo, se convirtió en su marido, tras la celebración de una boda que duró siete días y siete noches.

Y en su sueño cayeron
hasta que juntos murieron.

LA MUJER AVE QUE NACIÓ DE LA PIERNA DE SU PADRE

Se cuenta de un comerciante que no tenía hijos. Su mujer era estéril, o así lo creía él. Un día estaba sentado, pensativo, delante de su negocio, cuando pasó por allí *Asuset Estut*[27], a quien Dios no tenga en su misericordia cuando muera. Porque es

una vieja lista,
deshonesta,
que hace daño
y molesta
hasta cuando
cae muerta.
Por el pitorro del botijo
sale la vieja atrevida;
con malicia dice: "hijo,
ancha está la avenida;
Como si fuera una aguja chiquita,
pasa por su agujero".
Sin vergüenza, con su risita,
dice: "ancho está el sendero".

Se detuvo frente al pensativo comerciante y le dijo:

—¿Por qué estás tan triste, con esa cara de preocupado? Comerciante de los más

[27] *Asuset Estut,* Vieja Dañina, Malvada. Personaje legendario, encarnado en una vieja que representa el celestineo, la malicia, la astucia, el engaño.

prósperos eres, y tienes todo lo que quieres. ¿A qué viene esa tristeza?

—Pues es que no tengo hijos, mi mujer es estéril y me duele morir sin dejar descendencia.

—Pues no te preocupes —le dijo—, que yo te voy a dar una manzana que, cuando la entregues a tu esposa y se la coma, verás que quedará encinta enseguida.

Tomó el hombre la manzana que le dio la vieja y, a su vuelta a casa, se la entregó a su esposa y le explicó todo. La mujer se alegró y sintió esperanzas, pero como estaba ocupada con sus labores en aquel momento, tomó la manzana y la puso en una estantería. Y allí se quedó olvidada.

Pasaron unos días, y cuando vio el marido aquella manzana tan roja y tan apetitosa, la tomó y se la comió sin pensar de dónde provenía, y sin acordarse de la vieja ni de sus promesas. Al poco tiempo se le empezó a hinchar la pierna. Cada día se le hinchaba un poco más, hasta que no pudo ya andar.

Llegaron sus amigos a visitarlo y le aconsejaron que llamase al alfajeme[28], para ver si podía hacer algo. Eso es lo que hizo, y el alfajeme no encontró otro remedio sino operar. Cuando abrió la pierna encontró dentro un copete de pelo. Lo sacó, limpió bien la herida, la vendó y arrojó por allí los pelos.

---

[28] *Alfajeme,* barbero.

Un ave que volaba por allí bajó, se llevó el copete de pelo y fue a ponerlo en su nido, que estaba en un árbol alto que había en la huerta del sultán.

Poco a poco aquel copete se fue convirtiendo en una niña. El ave la estuvo cuidando hasta que ella se convirtió en una moza guapa y atractiva, de largos cabellos y encantadores ojos negros.

El sultán tenía la costumbre de ir a su huerta con su visir y sus amigos, cada viernes después de la oración. Uno de aquellos viernes se acercó al árbol en que vivía la muchacha y se tumbó bajo su sombra. La muchacha, cuando escuchó el ruido que hacía el visir, apartó las hojas y miró para abajo. Su mirada se encontró con la del visir. Él se levantó, y casi corriendo se dirigió al sultán y le informó de lo que había descubierto.

—¿Y qué hace una muchacha allí? ¿Cómo ha podido subir allí? ¿Y de dónde ha salido?

Preguntas que hacía el sultán a su visir y que solo podrían ser resueltas haciendo bajar y trayendo a la joven. Eso es lo que se hizo, y cuando vio el sultán a aquella criatura, se quedó pasmado. Jamás había visto nada parecido: era tan hermosa que de verdad *decía a la luna sal o deja que salga yo.*

No perdió su tiempo el sultán, y antes de que oscureciese se había casado ya con ella. Había de todo en aquel palacete, así que la dejó viviendo allí, y acudía a visitarla a

diario. Pero sus otras mujeres se enteraron y fueron presas de los celos.

Y resultó que las obligaciones del sultán le exigieron hacer un viaje. Antes de emprender la marcha llamó al encargado del palacio, le entregó la llave y le ordenó que se presentase todos los días ante su mujer para llevarle lo que necesitase.

—Pero sin dar la llave a nadie. Repito —le dijo—: a nadie, y menos aún a mis otras esposas.

El encargado le dijo que cumpliría a rajatabla las instrucciones del amo.

Pero la envidia y los celos no descansan. Las otras esposas del soberano aprovecharon la ausencia del marido y encargaron a un sirviente de confianza que siguiese los pasos del encargado del palacio y de la finca, hasta que pudiese descubrir dónde ponía o escondía la llave.

Lo averiguó, se lo dijo a sus amas y ellas acudieron cabalgando para "hacer una visita" a su rival. Cuando entraron se quedaron, ellas también, pasmadas ante la hermosura y el encanto de aquella criatura. Pero, movidas por su envidia y por sus celos, se pusieron a decir lo que a cada una le dictaba su mezquindad.

Una dijo:

—Cuánto desearía que esas manos me preparasen dulces *qtaief* [29] , para poder comerlos.

---

[29] *Qtaief*, pasteles con almendras, avellanas, pistachos y miel.

La otra dijo:

—Ojalá fuera la esposa de mi hijo.

La tercera la deseó para su hermano.

Volvió la primera a hablar, para desear que aquellos bonitos cabellos se convirtiesen en espinas. Y de ese modo, una tras otra, llevadas todas por los celos, desearon todo lo malo que se podía desear a la pobre mujer, quien, cuando no pudo aguantar ya más, levantó el vuelo y fue a posarse sobre su árbol.

Las esposas del sultán regresaron como si nada a su morada, para esperar el regreso del marido. Él, a la vuelta de su viaje, descansó un poco en su palacio y corrió a la finca, para ver a la que probablemente era su preferida. Pero no la encontró.

Llamó al encargado, que nada sabía: juró por todos los santos que él no había dado la llave a nadie; abría todos los días, le dejaba todo lo que le hiciera falta, cerraba y escondía la llave. El sultán no sabía qué hacer. Su preocupación y su tristeza eran tan grandes que se sentía presa de un extraño sentimiento, mezcla de nostalgia y de culpabilidad.

La muchacha había vuelto a su vida de antes, pero bajaba todos los días de su árbol para ir de un lado a otro de la finca, mientras cantaba:

Mamá me deseó;
papá se quedó embarazado;
padre ave me cuidó

en un árbol elevado;
el sultán me ha esposado;
sus esposas me odiaron;
volando me escapé,
y la huerta vuela, ¿o vuelo yo?

Y con toda su fuerza se estrellaba contra las plantas y las rompía, las arrancaba y las destrozaba, hasta que dejó el jardín fatal. Bajaba todos los días de su árbol, daba su paseo y destruía todo lo que quedaba a su alcance. Y subía después, de nuevo, a su nido.

El sultán se dio cuenta de aquellos destrozos y preguntó al jardinero la razón de que la huerta tuviese aquel aspecto. El jardinero explicó a su amo que él no había dejado de cumplir sus tareas lo mejor que podía, pero que había una muchacha que bajaba no sabía de dónde y destrozaba todo lo que él cuidaba, mientras cantaba cosas extrañas, como que su padre se había quedado embarazado, y que un ave la había cuidado y otras cosas por el estilo.

El sultán dedujo que debía tratarse de su esposa. Preguntó al jardinero cuándo era que ella solía bajar y, a la hora que él le indicó, se escondió detrás de uno de los árboles y se puso a la espera.

Bajó ella y, como de costumbre, se puso a cantar y a destrozar las plantas. Salió el sultán con cuidado, se acercó por detrás y, antes de que ella pudiese escapar o resistirse, le echó su capa por encima y la sacó de allí.

Una vez en el palacete, la tranquilizó y se puso a escucharla mientras ella le explicaba la razón de su comportamiento. Le contó con detalle todo lo que había pasado. El sultán envió a llamar a las mujeres y reunió un consejo de familia. Delante de todas ellas preguntó a la muchacha:

—Dime quién te dijo, y qué.

—Esta dijo: "ojalá fuera la mujer de mi hijo". Esta otra dijo: "es mi madre y te desea para mí". La de más allá dijo: "ojalá fuera la mujer de mi hermano". Esta es mi hermana. De estas dos, una dijo: "me gustaría ver que estas manos preparan pasteles para que yo me los coma", y la otra dijo "ojalá estos cabellos se convirtiesen en espinas y estas manos se rompiesen". Siguieron insultándome y deseándome todo el mal posible hasta que yo, asustada, me escapé volando.

—Pues estas dos, que son también mis esposas, van a tener enseguida su merecido.

¿Y cuál fue su merecido? Pues la pena máxima. Dio el sultán la orden de que fuesen castigadas las mujeres celosas y malas, y llevó a su esposa voladora al palacio, para que tuviese la compañía de su madre y de su hermana.

Y allí instalada y considerada, preparó los dulces, pero para su suegra y su cuñada. Y todos juntos vivieron felices y en armonía.

Y yo me he ido,
los he dejado

sin haberlos
jamás contemplado.

LAS SIETE PROMESAS DE AICHA LA PODEROSA

La poderosa y bien conocida Aicha[30] cayó en cierta ocasión enferma, pero muy enferma, y con un mal muy peligroso. En situación tan desesperada se vio que prometió que, si salía de aquella enfermedad y recuperaba la salud, cumpliría siete buenas acciones, para dar las gracias a Dios.

Logró vencer su mal y curarse. Y una vez que recuperó sus fuerzas, se dijo para sí misma: "pues ahora he de cumplir mi voto".

Salió a dar una vuelta por la ciudad y se encontró con un vendedor de aceite. Se le acercó y le dijo que quería comprar aceite, pero que no llevaba el dinero encima; que, si no le importaba ir con ella a casa, allí haría la compra y le pagaría.

El buen hombre aceptó y la acompañó hasta su casa. En la puerta tomó ella el aceite, pero fingió que había olvidado la llave y dijo al vendedor que le esperase allí, porque tendría que pedir ayuda a los vecinos. Dejó al hombre ante la puerta, entró en la casa de los vecinos, les dijo que había olvidado sus llaves dentro de su casa y les pidió permiso para subir por su terraza. La dejaron subir. Pasó a su casa con el aceite y allí que se

[30] Aicha la poderosa es otro personaje de cuento: mujer astuta, malévola y engañosa por excelencia.

quedó tan tranquila, como si nada hubiese pasado.

El vendedor de aceite se quedó esperando delante de la puerta, y al ver que la vieja no salía, llamó a la puerta por donde ella había entrado. Alguien abrió y le preguntó qué era lo que quería.

—Pues mi dinero —dijo el buen hombre.

—¿Y de qué dinero habla usted?

—Del que vale mi aceite, que ha comprado la señora que acaba de entrar.

—Pero si ella no vive aquí. Desde aquí ha seguido para su casa.

—¿Y cuál es su casa? —preguntó él.

—Pues no lo sabemos.

El infeliz llamó a unas cuantas puertas, pero nadie pudo socorrerlo y tuvo que abandonar su propósito y su búsqueda. Se marchó de allí enfadado.

Al día siguiente salió Aicha, la poderosa, de nuevo a la calle, y se topó con un vendedor de leña. Discutió un precio con él y, cuando lo cerraron, pidió al vendedor que le ayudase a llevar la leña a casa, y que allí se la pagaría.

—No hay problema —respondió el leñador.

Y la acompañó cargando con su compra. Cuando llegó a su barrio, hizo igual que la vez anterior. Entró en la casa de otras vecinas y fue pasando de terraza en terraza hasta que llegó a su casa, con una carga de leña que le había salido gratis.

El vendedor que la había transportado hasta allí quedó desamparado. Llamó y preguntó por la vieja y por su dinero, pero nadie pudo ayudarlo. "Pues un día de trabajo perdido", se dijo para sí; "a ver si con esto aprendo a seguir teniendo bondad con la gente". Dolido y arrepentido, se llevó de allí su tristeza y su desilusión.

Al tercer día salió la maliciosa de nuevo, en busca de alguna otra presa. Por el camino iba pensando qué convendría hacer cuando de pronto vio a una mujer con unas cuantas gallinas.

—¿Son tuyas estas gallinas? —preguntó a la mujer.

—Sí, son mías.

—¿Y qué es lo que te hacen?

—¿Cómo que qué me hacen? Pues me dan huevos y nada más.

—Vaya, vaya. Y ¿no preparan pasteles ni pasta para *nuaser*?[31]

—Pues no. ¿Y cómo es eso?

—Seguro que no las tienes bien enseñadas. Si quieres, yo puedo enseñarles. Me las dejas y, cuando estén listas, te las llevo adonde tú me digas.

La ingenua mujer se creyó lo que le decía la vieja maliciosa y le entregó las gallinas, tras darle su dirección, que la mala vieja prometió que no olvidaría. Y regresó Aicha a su casa con las aves, a las que fue

[31] *Nuaser*, pasta cortada en pequeños cuadrados que se cuecen como el cuscús, sobre el vapor de un caldo con carne.

sacrificando una a una para prepararse con ellas unos buenos banquetes.

Aicha la poderosa quería cumplir del todo su voto, pero las siete obras buenas no las había completado todavía. Salió de nuevo a la calle, en busca de alguna nueva aventura. Se encontró con una mujer, pobre de ella, que llevaba una oveja.

—Buenos días —le dijo Aicha.

—Muy buenos —respondió la dueña de la oveja.

—Lleva usted aquí un buen ejemplar de oveja —le dijo Aicha—. Seguro que le es de gran ayuda en las tareas domésticas.

—¿Cómo que de gran ayuda? Si una oveja lo que da es leche y lana.

—Ay, qué ingenua es usted —le respondió Aicha la maliciosa—. Hoy se pueden enseñar muchas cosas a los animales, para que aprendan a hacer de todo. ¿Es que no ha visto cómo bailan los caballos?

—Sí —dijo la inocente—, pero…

—Ni pero ni nada. Si quiere, yo puedo enseñar a su oveja todo lo que hay que hacer en las tareas caseras, y puede estar segura de que en poco tiempo tendrá una ayudante en casa.

—¿Seguro que podrías hacer eso por mí?

—Con mucho gusto lo haré. Usted dígame dónde vive y, en cuanto pase una semana, o como mucho dos, tendrá una oveja más lista y capaz de hacer de todo en

casa. Acuérdese de que me llamo *Hacha*[32] Aicha y de que vivo en el barrio *El Gharbi*[33]; (la dirección era falsa, por supuesto), por si le apetece ver cómo le doy las clases.

—Pues no sé si tendré tiempo, pero si puedo me pasaré. Pero tú trátala bien, que es casi como si fuera mi hija.

—Descuide, que la trataré como es debido.

Se despidieron con mucha cordialidad. Aicha cumplió, igual que siempre, su promesa, y trató a la oveja como era debido: la sacrificó y la convirtió en deliciosos manjares.

Pasó no mucho tiempo, y Aicha se enteró de que el hijo del sultán regresaba de viaje y de que sus amigos le iban a organizar un recibimiento y una fiesta en un centro de reuniones, antes de que entrase en su casa.

Se preparó Aicha, se arregló, y cuando llegó el momento se puso un velo y unos zapatos de fabricación extranjera, y se dirigió adonde estaban el hijo del sultán y sus amigos. Sin vergüenza ni pudor se acercó a él y le dijo que la familia de él le había pedido que se casase con su hijo.

—Pues esa no es una razón para que vengas aquí a hablarme delante de todos estos hombres. Vete a casa y allí me reuniré contigo.

---

[32] *Hacha*, la peregrina, la que cumplió su peregrinaje.

[33] *El Gharbi*, el Occidental.

Ella se disculpó y marchó a la casa del joven, y allí dijo que era la esposa del hijo, y que él la había traído desde el extranjero, y que en el extranjero se habían casado. En aquel momento él se encontraba con sus amigos, pero a ella le había dicho que se fuese adelantando.

—Pues bienvenida sea.

Uno de los criados la llevó a la habitación del señor y allí se quedó esperando hasta que entró él, muy tarde ya en la noche. Cansado del viaje y de la juerga, reparó apenas en la presencia de la mujer. Todo lo que pudo hacer fue preguntarle su nombre, y ella le dijo: "Cago".

—Pues de acuerdo —le dijo él, y cayó muerto de sueño sobre su cama.

Aicha la poderosa esperó hasta que comprobó que él estaba sumido en un sueño profundo. Fue al armario en el que le había visto poner su bolsa de viaje y su monedero, lo abrió y se llevó todo lo que encontró de valor. Y con cuidado, para no hacer ruido, como buena ladrona profesional, se escabulló y corrió para su casa sin mirar para atrás.

Muy avanzada la noche, en la madrugada ya, el joven viajero se despertó algo más descansado tras su profundo sueño y se acordó de la mujer aquella. La buscó, pero no la encontró. Se dio cuenta de que su armario estaba abierto. Miró adentro y no encontró su dinero, ni las joyas que había

traído como regalo para los suyos, ni nada de valor.

Salió de su aposento y se puso a llamarla:

—Señora Cago, señora Cago, señora Cago.

Pero nada. Ni la señora ni su olor. A la madre del joven la despertaron las voces de su hijo y, extrañada, llamó a una de sus doncellas y les dijo que subieran a ayudar a su señor, que parecía que estaba desorientado y que no encontraba el retrete.

Subió la doncella y le dijo:

—Por aquí está el retrete, señor.

—¿Qué retrete ni qué diablo? Estoy buscando a la mujer que habéis elegido para mí.

Cuando escuchó aquello, subió su madre y le dijo que ellos no habían elegido ni conocían de nada a aquella mujer:

—Ella ha venido a decirnos que tú la habías desposado en el extranjero y que, como estabas en el recibimiento que te hacían tus amigos, la habías enviado para que se esperase hasta que vinieras. La hemos recibido y, como dijo que estaba cansada, la hicimos subir para que descansase. Debe de ser una de esas malhechoras que se atreve hasta con el hijo del sultán. Pues va a ver lo que la espera.

Volvieron a acostarse y por la mañana lo primero que hicieron fue llamar a los guardias para que saliesen a buscarla. No sin dificultad pudieron echarle el guante. La

arrestaron y la encerraron en una dependencia del palacio, hasta que hubiese juicio.

Mientras estaba en su cárcel provisional, Aicha se puso a pensar en la manera de salir de aquella situación. Mientras pensaba miró por el ventanuco que daba a la calle, y vio a una campesina que estaba vestida con trapos viejos y sucios, y se dijo para sí: "He aquí mi salvación". La llamó. La otra se acercó y ella le dijo:

—¿No querrás, por un casual, entrar aquí y comer y beber bien? Yo te daría hasta los vestidos que llevo puestos.

El hambre y la pobreza hicieron que la desdichada campesina aceptase la generosa oferta.

—Espera aquí. Ahora te hago entrar.

Se acercó a la puerta y se puso a llorar y a llamar al guardia. Él abrió y le preguntó qué era lo que quería.

—Que seas bondadoso tan solo y que tengas piedad de mí.

—¿Y qué es lo que puedo yo hacer? —le preguntó el buen hombre.

—Pues que dejes entrar a mi hermana, que ha venido a consolarme.

Sus falsas lágrimas, su voz llorosa y sus dulces palabras convencieron al guardia, quien dejó entrar a la campesina. Se cambiaron de ropa en un rincón, charlaron un ratito y Aicha le dijo que le esperase allí, mientras ella iba al retrete. Llamó al guardia para que abriese la puerta y salió con su

disfraz de campesina, pidiéndole al guardia que cuidase de su hermana.

Cuando se vio lejos de allí, se imaginó que no tardarían en darse cuenta de que se había escapado y que saldrían a buscarla por todas partes. Lo más conveniente sería, pensó, salir del país. Corrió a su casa, recogió las pocas cosas que tenía y que le podían ser útiles, lo metió todo en un saco y cargando con él tomó el camino del destierro.

Salió de la ciudad y, anda que te anda, vio a lo lejos una jaima con el dueño sentado delante, rodeado de sus hijos. Se acercó, saludó y pidió hospitalidad. Le fue ofrecida con la generosidad más que conocida de los beduinos, y fue invitada a entrar en la tienda.

Una vez dentro, vio a una mujer que estaba tumbada, como si estuviera durmiendo. Preguntó al hombre, y él le dijo que era su esposa, que estaba muy enferma.

—Pues voy a sentarme a su lado para intentar consolarla.

El hombre le dio las gracias y salió para continuar con sus quehaceres.

La malvada Aicha, mientras fingía que hablaba con la enferma, empezó a estrangularla. La mujer soltó un gemido mientras se ahogaba. La escuchó el marido, y preguntó si pasaba algo. Le dijo Aixa la poderosa que no era nada:

—La pobre me está diciendo que es la providencia la que me ha enviado para que cuide de su marido y para que arrope y eduque a sus hijos.

Siguió adelante con el estrangulamiento, y la mujer siguió haciendo ruidos de sofoco. El marido volvió a preguntar, y la maliciosa le dijo:

—Está disponiendo sus últimas voluntades. Me parece que divaga y que delira. Apenas puedo entenderla. Está fatal. Pero no deja de repetir "cuida de mi marido y de mis hijos".

Mientras hablaba seguía apretando con fuerza el cuello de la desdichada, hasta que *devolvió su alma al Creador*. La sinvergüenza fingió llorar y salió a consolar al marido y a abrazar a los pequeños, para darles algún consuelo.

El marido enterró a la difunta y, pasado el tiempo de luto, llamó al cadí y a los testigos y se casó con Aicha la poderosa.

Se quedó ella encinta al poco tiempo y dio a luz un varón. Tras cambiarle sus pañales y amamantarlo, se puso a hacerle bailar y le cantó de esta manera:

Tu madre Aicha la poderosa
robó el aceite;
tu madre Aicha la poderosa
robó la leña;
tu madre Aicha la poderosa
robó las gallinas;
tu madre Aicha la poderosa
se apoderó de la oveja;
tu madre Aicha la poderosa
robó al sultán;
tu madre Aicha la poderosa

estranguló a la mujer.

El suegro, que había venido a ver a su hijo y estaba esperando fuera de la tienda, escuchó aquel cantar y tomó nota en su camisa. Cuando la mujer terminó de cantar, el suegro entró en la tienda, y ella notó y se fijó en lo que tenía escrito en su camisa. Sospechó que aquello no podía ser bueno para ella y pasó enseguida a la acción.

—Siéntate —le dijo—, que voy a prepararte un plato de *muhamasah*[34] bien caliente. Te sentará bien, con el frío que hace.

Salió y se puso manos a la obra. Preparó el plato con tres o cuatro morcillas dentro. Lo trajo muy caliente y le dijo que ya podía comer.

—Esperaré a que se enfríe —contestó él.

—No, mejor caliente —respondió ella.

Y de improviso se arrojó sobre el hombre y le metió la primera y la segunda morcilla por la boca, para ahogarlo. Le puso otra morcilla en cada mano y empezó a derramar la *muhamasah* caliente sobre su cara, con lo que lo quemó. El pobre hombre, quemado y ahogado, dejó de respirar y *devolvió el alma a su Creador.*

Salió Aicha la poderosa de la tienda fingiendo que lloraba. Llegó su marido y la

---

[34] *Muhamasah*, sémola hecha en bolitas más pequeñas que un guisante. Se guisa como si fuera un arroz, con o sin carne, y con algunas verduras.

encontró triste, llorando y lamentando su mala suerte. Le preguntó la razón de su llanto y ella le hizo con la mano la señal de que entrase. Él entró, y cuando encontró a su padre en aquel estado, pidió explicaciones a su esposa.

Ella, con la mayor desvergüenza, le dijo que creía que su padre había perdido la razón, porque apenas había visto la comida se había puesto a devorarla con ansia, sin esperar siquiera a que se enfriase, como si estuviese muerto de hambre

—Así que se ha ahogado con las morcillas. *Que Dios lo tenga en su misericordia.*

El marido, sencillo e ingenuo, al ver en qué estado estaba su padre, no pudo más que creer a la mala y perversa mujer.

Enterraron a la víctima, y la vida fue recuperando poco a poco su curso, con Aicha satisfecha de haber cumplido sus siete obras, y con la conciencia tranquila (si es que tenía conciencia) porque había satisfecho su voto.

Y yo me he ido,
los he dejado
sin haberlos
jamás contemplado.

EL SANTO *SIDI* BEN ARUS Y SU OFENSOR MUERTO POR UNA VÍBORA

Se habla del santo *sidi* Ben Arus y de todo lo que le hicieron y sufrió, por culpa de la maldad y de la incredulidad de la gente.

Estaba un día en la casa de su hermana, que había preparado una *aasida*[35], que es una comida buena y ligera. Pero a su cuñado, que no le apreciaba y que lo tomaba por bobo, le disgustaba que el hermano de su mujer comiera con ellos. Por eso se inventó una excusa para alejarlo de la casa y que no volviera por allí hasta que ellos hubiesen terminado de comer.

Tramó este engaño: entregó a su cuñado unas monedas y le encargó que saliera a comprarle una *hak*[36].

El ingenuo Ben Arus salió, y el malévolo cuñado se puso a reclamar y a insistir a su esposa para que preparase la *aasida* y se la comiesen antes de que regresase el crédulo cuñado, quien ni siquiera sabía qué era aquello que había de comprar.

En el zoco fue preguntando por lo que le había encargado su cuñado, pero nadie conocía ni sabía qué era aquello, así que

---

[35] *Aasida*, plato común en casi todos los países árabes. Consiste en gachas a base de harina, que se ofrece como un cono, en una fuente regada con aceite y miel, o bien con jarabe de dátiles o azúcar.

[36] *Hak*, voz sin sentido, inventada.

decidió regresar a casa. Por el camino se tropezó con unos chavales que estaban jugando, y algunos de ellos gritaban: "*hak*, *hak*, *hak*". El nombre aquel le llamó la atención. Se detuvo y preguntó a los muchachos dónde estaba el *hak* del que hablaban.

—Allí está —le dijeron.

Miró adonde le señalaban y vio una víbora. "De modo que este es el *hak*", pensó para sí. Y tomó una caja, encerró el venenoso reptil y regresó a la casa.

Su hermana, descontenta de la mala intención de su marido, había hecho todo lo posible para retrasar la preparación de la comida y para que su hermano pudiera regresar antes de que empezasen a comer.

El santo varón entró en la casa, contento porque había conseguido lo que su cuñado le había pedido, y sonriendo se acercó a él.

—¿Has encontrado el *hak*? —le preguntó.

—Sí —le respondió—. Aquí lo tienes.

Y le entregó la caja. El otro, sin sospechar nada, tomó la caja y la abrió. Antes de que se diera cuenta, le saltó la víbora a la cara y le picó con toda la rabia que acumula aquel se libra de un encierro. El cuñado cayó al suelo aullando, y en pocos minutos entregó su alma a Dios.

Su esposa se puso a gritar, a llorar, a lamentarse y a llenar la casa de gritos que pedían ayuda. Acudieron los vecinos,

preguntaron qué había ocurrido y, cuando se enteraron, volvieron sus miradas hacia Ben Arus. Él, envuelto en su capa y cabizbajo, repetía una y otra vez:

Quien hace el bien se salva,
quien hace el mal perece;
tú me encargaste el hak*,*
y yo con tu dinero te lo he traído.

Los presentes prestaron atención a lo que decía una y otra vez, y entonces le preguntaron:

—¿Quién te ha pedido y qué?

El pobre hombre, como si no se enterara de nada, les dijo que su cuñado le había encargado que le comprase un *hak*, y que él no sabía lo que era eso.

—Pero cuando los muchachos que jugaban me lo enseñaron, lo he traído en una caja y se lo he entregado. Él ha abierto la caja y el *hak* le ha mordido.

Desde aquel día la gente empezó a mirarle como si fuese un ser indeseable, incluso como si se tratara de un criminal asesino.

Un día él no pudo seguir soportando la hostilidad silenciosa de su entorno y decidió emigrar de allí. "Me iré a Bagdad", se dijo para sí, "y allí viviré sin duda mejor".

Montó un caballo y tomó su camino. Al salir por la puerta de la ciudad dijo a su montura, o quizás a sí mismo:

Tú, montado sobre la yegua,
marcha sin hacer caso del ladrido de los perros.
Mucha gente ha querido matarme,
pero aquel con quien Dios está
nunca será vencido.

Y así dejó el país, en busca de mejor gente.

LA CUCARACHITA Y EL RATONCITO

Érase una vez una cucaracha que estaba bien arreglada, maquillada y sentada al sol. Pasó el asno y cuando la vio le dijo:

—*Cucaracha arreglada,*
con crema maquillada
y que en el sol estás sentada,
¿te quieres conmigo casar?

—A ver —le dijo ella—, muéstrame cómo es tu voz.

Al momento se puso el burro a rebuznar:

—Hi ha, hi ha, hi ha.

La cucaracha se asustó y dijo:

No, madre: su voz es alta;
no, madre: su cabeza es grande;
no, madre: su boca es enorme;
no, madre: yo no me caso con él.

Al cabo de un rato pasó por allí el borrego. Se detuvo ante ella y le dijo:

—*Cucaracha arreglada,*
con crema maquillada
y que en el sol estás sentada,
¿te quieres conmigo casar?

—Quiero antes oír tu voz —le respondió ella.

Abrió el borrego el morro y se puso a balar:

—Be, be, be.

—Dios mío,

qué fea voz,
qué morro tan grande,
qué cabeza tan grande;
no, madre: yo no me caso con él.

Se alejó el borrego tristón y vino el gato. Miró bien a la cucaracha y le dijo:

—*Cucaracha arreglada,*
con crema maquillada
y que en el sol estás sentada,
¿te quieres conmigo casar?

—Deja que primero oiga tu voz. Cántame algo, ¿quieres?

El gato no se hizo de rogar y se puso a maullar:

—Miau, miau, miau.

—*No, no, no, madre;*
no me gusta esta voz,
no me gusta su cabeza,
no me gusta su bigote;
yo no me casaré con él.

El pobre gato, que se había hecho sus ilusiones, se alejó cabizbajo y dolorido.

Al cabo de un rato se presentó el ratón:

—Cucarachita —le dijo—, tengo algo que decirte.

—Dime —respondió ella—, ¿qué es lo que quieres?

—Cucaracha arreglada,
con crema maquillada
y que en el sol estás sentada,
¿te quieres conmigo casar?

—Me gustaría oírte primero cantar; quisiera saber qué voz tienes.

El ratoncito se puso a dar vueltas como si estuviese bailando, y:

—Siu, siu, siu —decía.

La cucaracha escuchó aquellos silbidos y quedó encantada. Y muy contenta, se puso a decir:

—Qué voz tan bonita, madre;
qué música tan dulce;
qué bonito es, madre;
yo me caso, me caso con él.

Se arregló la petición de mano en pocos días y no duró mucho el noviazgo. Al poco tiempo se casaron y empezaron una nueva vida, como si fueran la más feliz de las parejas.

Hasta que un día la cucaracha le dijo a su ratoncito que la llevase a la playa a lavar la ropa, porque la tenía sucia.

—De acuerdo —respondió el marido—, pues cuando quieras.

Al día siguiente puso ella la ropa para lavar en una bolsa, la cogió y se montó en el lomo del ratoncito. Él, corriendo y saltando, la llevó a la orilla del mar. Una vez allí le dijo ella:

—¡Ratoncito!

—Dime, cucarachita.

—Yo me quedo aquí lavando la ropa y tú mientras ve a la churrería del sultán y roba un poco de levadura, para que comamos algo.

—De acuerdo —respondió él.

El ratón se dio la vuelta y se dirigió a la churrería para robar un poco de levadura, mientras ella se quedaba lavando la ropa.

Pero la mala suerte le hizo perder el equilibrio y se cayó al agua. En aquel momento pasó por allí un caballero que iba montado sobre su caballo. La cucaracha le vio y le dijo:

Caballero que galopas,
tus estribos de oro son;
si al entrar en la ciudad
ves acaso a mi ratón
que algo de levadura está robando
en la gran churrería,
dile que me estoy ahogando,
cucaracha pobrecilla,
y que ya que no puedo nadar:
que me venga a salvar.

El caballero se echó a reír y siguió su camino. Ya en la ciudad entró en la churrería para tomarse unos churros, y mientras se los comía le dijo al churrero:

—Mientras venía para acá he pasado por la orilla del mar y he escuchado decir tal y tal.

Y repitió todo lo que la cucaracha había estado diciendo.

El ratoncito, que estaba a la escucha, dio un respingo y corrió a ver a su cucarachita. Llegó a la playa sin aliento y, sin perder un instante, se dispuso a salvar a su esposa.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó.

—Pues que he perdido el equilibrio y me he caído.

—Ya ha pasado. Ahora dame tu mano.

—¿Qué? ¿Para que se caiga mi pulsera?

—Pues dame tu pierna.

—¿Cómo? ¿Es que quieres que pierda mi ajorca?

—Déjame que te tome por la cintura, entonces.

—¿Es que acaso quieres que pierda mi faja?

—Bueno, pues acerca entonces tu cabeza.

—Perdería así mis pendientes.

—¿Pues cómo quieres que te saque?

—Date la vuelta y me agarro de tu rabo.

Hizo así, y agarrada a su cola salió sana y salva. Recogió su ropa, la puso sobre sus

espaldas y se marcharon. Por el camino ella se orinó encima del pobre marido.

—¿Qué es esto? —le preguntó él.

—Eso es azahar —dijo ella.

El ratón no dijo nada. Al cabo de un rato le cagó encima.

—¿Y esto qué es? —preguntó el pobre compañero.

—Eso es esencia de ámbar —dijo la cucaracha.

El ratón no pudo aguantar más. La tiró al suelo, le dijo que él no era su retrete, y con una piedra la aplastó.

Dos epílogos

LAS BODAS DE EDIPO Y LA ESFINGE, CON LA MUERTE DE CUCARACHITA POR RATONCITO (MÁS PARADOJAS DEL ARTE ORAL DE LELA ULA)[37]

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Sería prematuro, cuando el corpus total de los cuentos que le fueron grabados está saliendo todavía a la luz, intentar formular una estimación concluyente del arte verbal de Lela Ula. No bastaría con resaltar la obviedad de que su repertorio resulta deslumbrante por su cantidad y por su calidad, ni concluir que la comparación a primera vista con los repertorios grabados a otros narradores sitúa los cuentos de la gran artista tunecina en el olimpo de los relatos orales registrados en el mundo.

Sin quitar ningún mérito a su estilo soberbio y a la ingeniería infalible de sus estructuras narrativas, puede que lo más valioso, incluso lo más genial, se halle cifrado justamente en lo que pasa más

[37] Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de I+D «El corpus de la narrativa oral en la cuenca occidental del Mediterráneo: estudio comparativo y edición digital» (referencia: PID2021-122438NB-I00), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

desapercibido, al menos para el lector común. Algo que para ser adecuadamente dilucidado exige tiempo y esfuerzo.

La atrevida combinatoria que convierte a muchos de los cuentos narrados por Lela Ula en mecanismos de originalidad inaudita no es su rasgo mejor identificable, porque caer en él obliga a operar en un espectro comparativo de amplios alcances. Pero en las ocasiones en que se tiene la fortuna de poder deducir alguna de sus claves no queda más remedio que volver a rendirse ante el inconformista genio narrativo de Lela Ula y de la tradición oral tunecina de la que ella fue cualificada portavoz.

Fijémonos, a título de ejemplo, en el insólito cuento de *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó*, que puede ser leído en estas páginas y del que no conozco parangón tipológico perfecto en ninguna tradición oral del mundo.

El que no sea versión cabal de ningún tipo cuentístico acuñado no quiere decir que estemos ante un relato absolutamente raro, nunca visto. Su naturaleza excepcional se debe más a lo insólito de su combinatoria que a lo extraño de sus piezas constituyentes. De hecho, adelantaré ahora, dejando el detalle para después, que su sección primera no deja de recordar a la trama inicial de la *Celestina*; que su sección segunda no coincide con ningún argumento de cuento que yo conozca; que su sección tercera es un paralelo rarísimo y fascinante del mito de

Edipo y la Esfinge; y que su sección cuarta y conclusiva es análoga a los desenlaces de otros cuentos bien conocidos en diversas tradiciones orales en árabe y en otras lenguas, de los que daré más detalles.

Lo que más admira es, en fin, que, siendo una quimera deudora de esos y de otros linajes, la estructura de *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó* sea tan tensa y tan tersa, sin puntos débiles ni cabos sueltos.

Para apreciar mejor su unidad y su diversidad convendrá ir por partes. Basta el desglose de los motivos narrativos del arranque para que constatemos cuán típicos y tópicos son: ahí están el rey que se enamora de una joven a la que contempla desde lejos, la enfermedad de amor en que al instante cae, el despacho de una vieja alcahueta para que engatuse a la joven… Tan común resulta ese guion que coincide tal cual con el inicio de la eminente *Celestina* de Fernando de Rojas, que se inspiró sin duda en tramas folclóricas análogas a las que confluyeron en el relato de Lela Ula. El que quien muestra desconfianza hacia la alcahueta sea, en la fábula española, la madre y no la hija, y el que suceda al revés en el cuento tunecino, en el que la desconfiada es la hija y la ingenua la madre, no abre ninguna brecha grave entre uno y otro relato.

Es justo después cuando aflora el punto de inflexión y cuando la parte segunda de la trama se separa de cualquier convención: la

joven logra escapar (al contrario de lo que hizo Melibea) de la encerrona preparada por la alcahueta y el sultán; y regresa, indemne aunque aterrada, al refugio de su casa. Mas sucede que su huida es el detonante de que la locura del poderoso, que se había manifestado hasta entonces bajo la forma más inocua de la melancolía, se transforme en furia homicida. No conozco paralelos exactos de tales peripecias, por más que las alcahuetas que conducen a jóvenes ingenuas a baños públicos, que es el escenario que elige el cuento tunecino para la celada erótica, sí sean figuras conocidas en otros cuentos[38].

Se abre en ese punto la que pudiéramos considerar la pieza tercera del cuento, la que es paralelo fastuoso y evidente del mito de Edipo y la Esfinge. Para poder apreciarlo en todo su esplendor conviene atender a las palabras de la propia Lela Ula:

> Aquel incidente agravó la enfermedad del pobre monarca e hizo que empeorase su

[38] El tópico se documenta incluso en la tradición en español. Recuérdese el modo en que Francisco Delicado, en *El retrato de la Lozana andaluza*, ed. Claude Allaigre (Madrid: Cátedra, 1985) p. 462, recreaba una de las tácticas de alcahuetería que más hábilmente manejaba la pícara protagonista: "Fuime esta semana a una, y díjele: ¿Cuándo viene vuestro marido, mi compadre? Dice: Mañana. Digo yo: ¿Por qué no's is al baño y acompañaros he yo?". En el baño hizo creer la alcahueta a su joven e ignorante víctima que un anillo había penetrado en su cuerpo a través de su vagina, y que para recuperarlo era preciso el concurso de un varón.

estado físico y mental. Pero en vez de guardar cama como había hecho antes, tomó una espada y fue a colocarse en una de las puertas de la ciudad. Allí se quedó sentado, y detenía a cada una de las personas que entraban en la ciudad, y les decía:

Dime sin cuidado
cuál es la presa que yo tenía
para hacerla mía.
De mis manos ha volado,
triste y solo me ha dejado.

Al no saber de qué se trataba, el preguntado no contestaba; y el sultán, sin más palabras, le cortaba la cabeza y la colgaba en la muralla. Una, dos, tres víctimas empezaron a acumularse. La noticia voló por toda la ciudad y la gente empezó a tener miedo.

La muchacha se enteró igual que todo el mundo, y se sintió un poco culpable, o por lo menos creyó que debía de hacer algo para salvar vidas inocentes. Se dirigió a su madre y le dijo:

—¡Madre! Tú sin motivo ni razón me dejaste ir con aquella vieja bruja. Hoy quiero que me dejes marchar, para ver si me es posible poner fin a esta matanza.

—Pero, hija, ¿adónde vas a ir tú? Basta con lo que pasaste la otra vez, cuando gracias a la ayuda divina saliste sana y salva. Así que déjate de bromas y quédate aquí tranquila: a las víctimas las ayudará Dios.

—¡No, madre! Puesto que soy yo el origen del mal que está azotando a la ciudad y a su gente, algo he de hacer para acabar con

esta locura del sultán; con la ayuda del cielo lo conseguiré.

—¿Y si te pasa algo?

—No me pasará nada, ya verás. Así como me dejaste ir el otro día, déjame ir hoy, te lo ruego. Es por el bien de todos.

A duras penas pudo convencer a su madre, quien al final, y muy a su pesar, le dio permiso y le llenó la cabeza de recomendaciones y consejos.

Pero la muchacha tenía ya un plan preparado, así que poca atención prestaba a su madre. Se dirigió a la habitación de uno de sus hermanos, eligió un traje de su talla y se disfrazó de caballero. Cuando estuvo lista, tomó uno de los caballos de los hermanos, cabalgó en él y salió de la ciudad por una de las otras puertas.

Se alejó y luego regresó al galope, como si llegara de un largo viaje, y entró por la puerta que estaba bajo la vigilancia del sultán. Él, cuando la vio, la llamó y le dijo:

—¡Eh, tú! ¡Alto ahí!

—¿Qué es lo que pasa? ¿A qué viene esto?

Dime sin cuidado
cuál es la presa que yo tenía
para hacerla mía.
De mis manos ha volado,
triste y solo me ha dejado.

Ella le respondió y dijo:

Mejor volar
que vergüenza sembrar
y turbantes deshonrar,

y también una cofia[39].

—A ver, a ver: repite lo que has dicho.

—No hace falta que lo repita, porque no hay duda de que lo has entendido. ¿Te parece justo estar aquí cortando cabezas, tan fuera de la razón y de la justicia? ¿Solo porque no recibes de la gente una respuesta?

Dicho esto, espoleó su caballo y regresó al galope a su casa. Desmontó, devolvió el caballo al establo y entró. Se quitó el traje y se sentó tranquilamente, con la paz de quien ha cumplido un deber y satisfecho su conciencia. Su madre, contenta, le preguntó qué era lo que había hecho y adónde había ido. Pero ella se limitó a repetir que todo iba bien y que todo iría aún mejor, y volvió a sus labores diarias, como si nada.

El sultán se había quedado atónito al oír aquella respuesta. Siguió con la mirada al que tomó por caballero, hasta que desapareció. Se puso luego a reflexionar sobre lo que había escuchado. "Pensándolo bien", se decía, "puede que aquel caballero tenga razón. No, no: es seguro que tiene razón; lo que he hecho y lo que sigo haciendo no tiene ningún sentido; algo me pasa: ¿es por culpa del amor que estoy perdiendo la razón? Yo no soy un gobernante déspota ni injusto; ¿por qué, entonces, me comporto de esta manera?".

Rumiando estas reflexiones e ideas regresó a su palacio. Se bañó, comió algo y descansó.

---

[39] El turbante es, en este contexto, símbolo del hombre, y la cofia de la mujer.

En estos párrafos que nos comunica Lela Ula está cifrada, vale insistir, una versión realmente sensacional, más extensa y novelesca que cualquiera de las que nos legó la antigüedad grecolatina, y que cualquiera de las no muchas que se han infiltrado hasta el folclore más moderno, del mito de Edipo y la Esfinge.

Casi no hace falta recordar, para facilitar la comparación, la fama de la monstruosa Esfinge que se apostaba en una elevación del terreno que había junto a una de las puertas de Tebas para matar a los transeúntes que no eran capaces de resolver sus adivinanzas. Solo Edipo, héroe traductor por excelencia, salió airoso de la prueba. De ahí vendría el suicidio de la Esfinge, que se arrojó desde las alturas (según Apolodoro, desde la cima de la acrópolis de Tebas) cuando se vio despojada de su razón de ser, que no era otra que el monopolio de un enigma lingüístico y conceptual que no había sido hasta entonces compartido con ningún intelecto humano.

A cualquiera de nosotros nos costaría gran esfuerzo imaginar un desenlace con reconciliación y boda del ingenioso Edipo y de la asesina Esfinge; nos parecería, seguramente, una refutación anti-natural de nuestro legado cultural y una traición a nuestra memoria más acuñada; los paralelos orales y las reescrituras letradas que han sido documentados de la fábula de Edipo y la Esfinge confirmarían nuestra posición, ya

que acaban regularmente con el triunfo del héroe y con la muerte de su criminal interrogador.

Pero para la imaginativa Lela Ula y para la vigorosa tradición oral tunecina que en su voz se encarnaba, lo que a nosotros nos parece impensable podía no serlo tanto. No suponía ningún problema, para la genial narradora de Sfax, apartarse de ese esquema archirrepetido y desarrollar una cuarta y conclusiva sección del cuento no ya distinta, sino radicalmente contrapuesta, con boda final, pese a que antes de su redención el enloquecido sultán había hecho todavía un turbio amago de asesinato de la joven (decapitando a la muñeca rellena de miel con la que la confundió) que se había convertido en su esposa.

El tópico del poderoso enloquecido que decapita el señuelo de una muñeca rellena de miel, pensando que es la joven a la que ama y odia al mismo tiempo (lo paradójico es que después de ese rapto último de ira se calmará y acabará casándose con ella) es un motivo migratorio bien conocido (K525.1.1. *Woman puts figures of paramour and herself in bed.* Husband attacks them. Woman uses it as a lesson to "reform" husband[40]) que suele quedar adosado, tal

[40] Véase Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Litterature: A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols. (Bloomington & Indianapolis-Copenhague, Indiana University-Rosenkilde& Bagger: 1955-1958).

cual, a los desenlaces de los tipos cuentísticos ATU 879 (*The Basil Maiden*) y ATU 883B (*The Punished Seducer*)[41], que se hallan bien atestiguados en otras tradiciones orales árabes e internacionales[42]. Ello corrobora que las peripecias finales del cuento de Lela Ula están sacados directamente de la tradición oral consuetudinaria.

Añádase que hay algún otro tipo de cuento en que acaban casándose quien propone las adivinanzas y quien, al resolverlas, se libra de la muerte: el más ilustre es el cuento ATU 851 (*The Princess who Cannot Solve the Riddle*), que enlaza con la célebre leyenda de la cruel princesa

---

[41] Véase Hans-Jörg Uther, *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004).

[42] Hay documentados, de hecho, en otras tradiciones orales en árabe, como la egipcia, cuentos protagonizados por un hombre arrogante que impone pruebas dificilísimas (por lo general no de destreza lingüística, sino de elaboración de objetos imposibles) a una joven de inteligencia muy despierta. En ocasiones rematan esos cuentos con la escena de la decapitación de la muñeca y con la boda del hombre antes furioso y después calmado con la joven a la que había tratado con desprecio y arrogancia. Las analogías con el cuento de Lela Ula son muy laxas antes de llegar a la escena de la decapitación de la muñeca, en que se tornan muy estrechas. Véanse las dos hermosas versiones y el agudo estudio que publicó Celeste Seoane, en *Cuentos populares y sociedad en los oasis del Valle Nuevo (Egipto)*, tesis doctoral, 2 vols. (Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2016) I, núms. 37 y 38, y II, "Cuento 37-38. *Senāys la Ingeniosa* (versiones A y B)", pp. 236-239.

Turandot, que ordenaba matar a los pretendientes (hasta que fue doblegada, intelectual y eróticamente, por uno de ellos) que no eran capaces de descifrar sus enigmas[43].

Pero lo cierto es que el cuento de Lela Ula no se halla tanto en la órbita del mito de Turandot como en la del mito de Edipo y la Esfinge, el cual acaba regularmente con la muerte del interrogador derrotado, y no con la conciliación y el casamiento. Téngase en cuenta, para confirmar la analogía, el contundente enunciado del motivo C822, *Tabu: solving sphinx's riddle: sphinx perishes*, según aparece en el catálogo de motivos folclóricos de Stith Thompson.

La sutura de la sección tercera (la análoga al mito del triunfo de Edipo y de la eliminación de la Esfinge) y de la sección cuarta (la de la boda justo después de la decapitación de la muñeca) era una operación de alto riesgo, que exigía un pulso narrativo tan fino como firme, por cuanto que no es fácil llegar a un punto de equilibrio entre el extremo de la muerte violenta y de la redención por amor. Su zurcido no supuso ninguna dificultad, en cualquier caso, ni para la experta Lela Ula ni para la vigorosa tradición oral que encarnaba, las cuales

[43] Sobre el tipo de cuento ATU 851 y sobre el mito de Turandot hay una nutrida bibliografía internacional. Uno de los estudios más importantes y recientes es el de Paola Orsatti, *Materials for a History of the Persian Narrative Tradition. Two Characters: Farhād and Turandot* (Venecia: Edizioni Ca' Foscari, 2019).

dejaron el cuento cual si hubiese nacido de un solo trazo y no de una suma aleatoria de retales.

Jamás sabremos a través de qué alquimias pasaron los relatos que dieron en la voz de Lela Ula y que lo mismo cristalizaron en el viejo mito de Edipo descifrador de adivinanzas y vencedor de la Esfinge como en el cuento de la joven tunecina que, tras resolver la adivinanza y vencer al criminal enajenado, aceptó, apoyándose en la trama de un cuento sobrevenido, el matrimonio con él. El caso es que sobre la fábula de Lela Ula recaen no solo los méritos de ser un *collage* feliz de varias piezas y una versión tan rara como suntuosa de uno de los mitos más clásicos, sino también el de constituir una enmienda radical, una inversión insólita de tal mito, al que impone un remate feliz y no trágico. Un experimento narrativo, en definitiva, de audacia enorme.

Pero no acaban ahí, ni mucho menos, las posibilidades de análisis y de comparación del episodio, ni las perplejidades que puede suscitar. Otra recreación tan osada como genial del tópico del poderoso controlador de un lugar de paso (se tratará, ahora, de un puente), que, so pena de muerte, plantea enigmas a los transeúntes inocentes, es la que formuló Miguel de Cervantes en el *Quijote* II, 51, en la ocasión en que un fingido súbdito pidió a Sancho, gobernador iluso y provisional de su

ínsula Barataria, que intentase introducir algo de luz en un sombrío dilema:

> —Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío, y esté vuestra merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso... *Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: "Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna"*. Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decían verdad y los jueces los dejaban pasar libremente. *Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa*. Repararon los jueces en el juramento y dijeron: "Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme a la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre". Pídese a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces del tal hombre, que aún hasta agora están dudosos y suspensos, y, habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuestra merced, me enviaron a mí a que suplicase a vuestra merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso.

A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber escusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda: quizá podría ser que diese en el hito.

Volvió otra y otra vez el preguntante a referir lo que primero había dicho, y Sancho dijo:

—A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: *el tal hombre jura que va a morir en la horca, y si muere en ella, juró verdad y por la ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira y por la misma ley merece que le ahorquen*.

—Así es como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—, y cuanto a la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni que dudar.

—Digo yo, pues, agora —replicó Sancho— *que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen*, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador —replicó el preguntador—, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; *y si se divide, por fuerza ha de morir*, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad espresa que se cumpla con ella.

—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—: este pasajero que decís, o yo soy un porro *o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena*

> *igualmente*; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil las razones de condenarle o asolverle, *que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal*[44].

Apela Sancho a la fuerza del bien para resolver esta intrincada paradoja y para disipar las amenazas de muerte que se cernían sobre los inocentes que habían de pasar por el espacio regido por un gobernante criminal; la joven del cuento de Lela Ula recurre, por su parte, a la fuerza del amor para, tras la descodificación de la adivinanza, lograr el mismo objetivo y cancelar el peligro de homicidio en la geografía dominada por otro gobernante poseído por impulsos asesinos.

Ambos, el sagaz Sancho y la no menos sagaz joven tunecina, y con ellos quienes movían sus hilos respectivos, Cervantes y Lela Ula, empeñaron todas sus destrezas en alcanzar un difícil punto de compromiso y en lograr que la reconciliación y el perdón acabaran pesando más que la irracionalidad del crimen.

Pero la narración tunecina no se conformó con la anulación de la sentencia de muerte, que fue el logro con el que se dio por satisfecho Sancho, sino que, ya lo hemos subrayado, fue mucho más allá y llegó hasta la estación, más avanzada, en que la joven

[44] Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

víctima acababa redimiendo mediante el matrimonio a quien hasta hacía muy poco había sido un criminal compulsivo. Una solución que sorprende tanto como sorprenderían, sin duda, las bodas de Edipo con la Esfinge.

Se da el caso de que ni Cervantes ni Lela Ula fueron los demiurgos que diseñaron en primera instancia ni el dilema del puente ni el dilema de la puerta: el uno y la otra no hicieron sino reelaborar materias narrativas heredadas, que tocaban por un lado al mito de Edipo y la Esfinge pero que se relacionaban también, por flancos en que ya hemos parcialmente escudriñado, con otros cuentos y otras literaturas[45]. Ahora bien: sus respectivas reelaboraciones estaban tocadas, aparte de por la maestría estilística, por el propósito de subrayar las zonas de penumbra y de ambigüedad, las opciones de polisemia, a sabiendas de que ello hacía más

[45] La bibliografía sobre el mito de Edipo en general, y sobre la peripecia con la Esfinge en particular, es inmensa. Ello nos excusa de dar, en este Epílogo que ha de ser forzosamente breve, mayor detalle. Sobre el dilema cervantino, véase Katherine L. Brown, "Entre el puente y la horca: la 'paradoja del mentiroso' y la narración de la conciencia moderna en Don Quijote (II, 51)", *Bulletin of Spanish Studies* (2017) pp. 1-18; Manuel da Costa Fontes, "El enigma del puente y la expulsión de los moriscos en *Don Quijote*", *El arte de la subversión en la España inquisitorial: Fernando de Rojas y Francisco Delicado (con dos notas sobre Cervantes)* (Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2018) pp. 379-395; y Rafael Beltrán, "La discòrdia entre ferrers i teixidors al *Tirant lo Blanc*: entrades reials, imaginari carnavalesc i motius folklòrics", *Tirant* 23 (2020) pp. 1-56, pp. 24-28.

alarmantes y más desasosegadoras, y por eso más geniales, sus fábulas.

Si la sentencia benévola de Sancho, que desactivaba las causas del mal y decretaba el perdón, puso un broche inapelable a su dilema, la decisión de la no menos benévola joven tunecina no ya de desactivar a su malvado oponente, sino de casarse con él, exacerbaba las contradicciones e inducía (e induce, hasta hoy) inevitables angustia y desasosiego en los receptores.

Tales anomalías no encajan para nada en el horizonte de expectativas que se asocia a la experiencia regular de la literatura. Existe, en efecto, una suerte de ley que rige un sinnúmero de relatos y que impone la pena de muerte (o algún otro castigo severísimo) al poderoso (soberano, o aristócrata, o guerrero, o potentado) que perpetra o intenta perpetrar abuso, violación o asesinato de alguna mujer joven: recuérdese el exterminio de los pretendientes que en la *Odisea* acosaban a Penélope; o el castigo del rey don Rodrigo que violó a La Cava; o el de los infantes de Carrión que vejaron a las hijas del héroe en el *Cantar de mio Cid*; o el de don Juan, el gran abusador; o el del comendador de *Fuenteovejuna* de Lope… Téngase en cuenta, por lo demás, que si los insignes Fausto de Goethe y don Juan Tenorio de Zorrilla se libraron por los pelos de las penas del infierno fue porque fueron redimidos por las mujeres a las que habían maltratado: los

casos de Fausto y de Tenorio, con las sorprendentes reconciliaciones finales de criminales y de víctimas, son parangones casuales pero llamativos del caso del sultán tunecino y de su joven víctima unidos a última hora.

Todos los abusadores que hemos mencionados son, es preciso insistir en ello, de clase soberana o aristocrática. Pero cuando el violador de fábula es un dios (recuérdense los muchos abusos que contra mujeres jóvenes perpetraron, en la mitología griega, Zeus o Poseidón), su acción suele ser considerada generadora, en positivo, de héroes y de fundadores de ciudades; y cuando el agresor es un ser de clase baja o de condición abyecta, la violación no llega a ser, por lo general, consumada, por eliminación rápida del criminal y restitución de la joven al espacio del que había sido sustraída.

Contra todos estos protocolos, tan trabados y de tanto arraigo en la memoria profunda de la literatura y de la cultura, se alza también, en definitiva, el inconformista y genial cuento tunecino de *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó*, que con su magistral encaje de retales desiguales y su fórmula de unión final de los opuestos se empeñó en contradecir, también en ese frente, el denso legado de la tradición, y en singularizarse como un cuento de diseño realmente único.

Pero no deja de haber otros desenlaces imprevistos, desconcertantes, paradójicos,

en el repertorio narrativo de Lela Ula. Sorprende que, en este mismo volumen, el cuento de *La joven huérfana y la serpiente que le dio su oro* concluya con la muerte, cuando todo parecía que conducía a la redención y a la unión dichosa, de dos amantes modélicos (la muchacha esforzada y el joven-serpiente encantado), tan solo porque la mujer había transgredido una prohibición (la de cocinar con huevos) de la que nadie le había prevenido. Los currículos heroicos de ambos protagonistas resultaron por ello inservibles y todo devino en tragedia para ellos, en congoja para el receptor y en realce, por supuesto, de la emotividad y la originalidad del cuento.

¿En qué otro repertorio de cuentos que nos sea conocido se han hecho experimentos narrativos de tal atrevimiento y han sido propuestas soluciones tan chocantes?

Otro desenlace absolutamente a contracorriente, sombrío, amargo, nihilista, es el del cuento que cierra esta colección, el de *La cucarachita y el ratoncito*. Se trata de una versión descomunal de una narración que en España goza de gran popularidad y es conocida como *La ratita presumida*. Tiene amplia difusión en las cuencas del norte y del sur del Mediterráneo, en el medio oriente y en Hispanoamérica, y le ha sido asignado el número ATU 2023 (*Little Ant Marries*) en el catálogo internacional de cuentos, en el que

tiene asociado este resumen que traduzco al español:

> *La hormiguita se casa* (antes, *La hormiguita encuentra un centavo, compra vestidos nuevos con él y se sienta en la puerta*).
>
> Una hormiga (o un escarabajo, o una cucaracha, o un saltamontes, o un caracol, o un gato, etc.) encuentra dinero, se compra ropa nueva y se pone en su puerta. Muchos animales pasan y le piden matrimonio, con sus voces características. La hormiga elige al ratón porque es tranquilo.
>
> Cuando el ratón prepara el guiso (la sopa de boda), se cae dentro de la cazuela y se ahoga. Cuando la hormiga se da cuenta, se echa a llorar. El ave se arranca el pico, la gaviota se arranca la cola, etc.

La versión que nos legó Lela Ula vuelve a suscitar perplejidad, porque aunque en su arranque se pliega dócilmente a tal argumento tópico, se empeña después en subvertirlo, introduciendo peripecias realmente desconcertantes: primero sucede que el que cae en el líquido es la fémina y no el macho; y después que cuando el ratoncito se entera de que su amada cucarachita se halla en un tris de ahogarse, acude a salvar heroicamente a su pareja; mas, en vez de colaboración y gratitud, lo que recibe de la esposa por la que arriesga su vida son escarnios y humillaciones. Eso lleva al hartazgo del salvador y al sórdido remate del aplastamiento de la cucarachita con una piedra:

El ratoncito, que estaba a la escucha, dio un respingo y corrió a ver a su cucarachita. Llegó a la playa sin aliento y, sin perder un instante, se dispuso a salvar a su esposa.

—¿Qué es lo que ha pasado? —le preguntó.

—Pues que he perdido el equilibrio y me he caído.

—Ya ha pasado. Ahora dame tu mano.

—¿Qué? ¿Para que se caiga mi pulsera?

—Pues dame tu pierna.

—¿Cómo? ¿Es que quieres que pierda mi ajorca?

—Déjame que te tome por la cintura, entonces.

—¿Es que acaso quieres que pierda mi faja?

—Bueno, pues acerca entonces tu cabeza.

—Perdería así mis pendientes.

—¿Pues cómo quieres que te saque?

—Date la vuelta y me agarro de tu rabo.

Hizo así, y agarrada a su cola salió sana y salva. Recogió su ropa, la puso sobre sus espaldas y se marcharon. Por el camino ella se orinó encima del pobre marido.

—¿Qué es esto? —le preguntó él.

—Eso es azahar —dijo ella.

El ratón no dijo nada. Al cabo de un rato le cagó encima.

—¿Y esto qué es? —preguntó el pobre compañero.

—Eso es esencia de ámbar —dijo la cucaracha.

> El ratón no pudo aguantar más. La tiró al suelo, le dijo que él no era su retrete, y con una piedra la aplastó.

Este desenlace desquiciado, sofocante, de un cuento tan conocido y por eso tan previsible, no puede menos que volver desconcertar y a dejarnos sin herramientas conceptuales para interpretar el enigma de una tradición, la árabe tunecina de Sfax, y de una narradora, Lela Ula, que hicieron bandera del experimentar y del salirse de rutinas narrativas, y que se empeñaron en eludir, de tanto en tanto, todo término de comparación.

Es posible que a la gran mayoría de los receptores le traiga sin cuidado o le cause solo una sorpresa moderada el que una cucarachita orine y defeque sobre las espaldas de su esposo y salvador, un roedor por cierto tan gentil; y que, en castigo de esas y de otras injurias, él acabe aplastando a la insolente con una piedra. Pero, al margen de la sensibilidad con que cada uno desee interpretar hechos de esa especie, sucede que, considerados desde las reglas que rigen tanto la poética de este cuento en concreto como la poética en general de los cuentos, ese remate es un acontecimiento absolutamente anómalo.

Al menos a primera vista, porque en cuanto profundizamos algo más descubrimos que la narración de Lela Ula no se desvía del currículum convencional de

este relato para simplemente trastornarlo, sino que lo hace, y ahí está cifrado su mayor mérito, para mejorarlo, haciéndolo mucho más original, complicado, conflictivo.

Se precisa la conjugación de creatividad aédica o demiúrgica, de maestría técnica, de genialidad iconoclasta, para lograr la desviación, sin merma de la calidad (al revés: con ganancia) del cauce habitual e inmemorial del río de los cuentos.

Logros de esa calidad han quedado asociados a la voz de muy pocos narradores y en no muchas tradiciones, y han podido ser registrados tan solo por notarios excepcionalmente oportunos y sensibles.

El arte narrativo genial de Lela Ula, la tradición oral riquísima en la lengua árabe de Túnez, la intervención minuciosa y providencial de Mohamed Abdelkefi, que estuvo ahí, con su grabadora, en el momento justo, para salvar aquel tesoro, quedarán asociados por siempre a uno de los monumentos de la literatura oral más valiosos de los que constan en el archivo del mundo.

EL CUENTO DE *EL SULTÁN LOCO DE AMOR Y LA AMADA ASTUTA QUE LO SANÓ*: UNA VERSIÓN CELESTINESCA DE *LA MUÑECA DE AZÚCAR* (ATU 879)[46]

Óscar Abenójar
El Colegio de México

En esta tercera y última entrega de los cuentos grabados a Lela Ula que publica la editorial Mitáforas, mi querido amigo Mohamed Abdelkefi ha vuelto a concederme un espacio para que exponga las correspondencias entre los relatos tunecinos y los tipos narrativos internacionales. Y eso es, precisamente, lo que encontrará el lector en estas páginas.

Sin embargo, a diferencia de los epílogos que publiqué en los dos volúmenes precedentes, en esta ocasión he descartado informar acerca de la distribución internacional de cada una de las narraciones que compone esta colección. En lugar de ello, me ha parecido más pertinente presentar aquí un análisis del cuento tunecino que lleva por título *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó*. En ese estudio —que ocupa la segunda parte de este

[46] Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de I+D «El corpus de la narrativa oral en la cuenca occidental del Mediterráneo: estudio comparativo y edición digital» (referencia: PID2021-122438NB-I00), financiado por la Agencia Estatal de Investigación (AEI) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER).

epílogo— comparo la versión de esta antología con otras versiones del mismo relato que han sido recogidas en otras latitudes, lenguas y áreas culturales, con el propósito de dejar sugeridas algunas líneas de investigación interesantes en torno al repertorio cuentístico de la narradora de Sfax.

Pero vayamos por partes. Para cumplir con la tarea que se me había encomendado inicialmente, he incluido bajo estas líneas una tabla en la que expongo la nomenclatura internacional que corresponde a cada cuento de este volumen. En la columna de la izquierda, despliego los títulos de los relatos tunecinos; en la del centro, especifico a qué tipos cuentísticos corresponden esas narraciones; y, en la de la derecha, coloco las etiquetas con las cuales son conocidos internacionalmente esos cuentos[47]:

[47] En la mayoría de los casos, remito al catálogo de Hans-Jörg Uther *The Types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Academia Scientiarum Fennica, 2004). Cuando el índice de Uther no contiene una entrada específica para determinado cuento, recurro al de Hasan Mohamed El-Shamy *Types of the Folktale in the Arab World. A Demographically Oriented Tale-Type Index* (Bloomington-Indianapolis: Indiana University, 2004). El lector que no se halle familiarizado con la nomenclatura de estos índices encontrará una guía útil en "Los paralelos pluriculturales de los cuentos de Lela Ula", que es el título del epílogo que incluí en el primer volumen de esta colección de cuentos tunecinos (*En busca del pájaro esmeralda y otros cuentos tunecinos de Lela Ula*, Madrid: Mitáforas, 2018, pp. 228-248).

TÍTULOS DE LOS CUENTOS EN ESTE VOLUMEN	TÍTULOS EN EL CATÁLOGO INTERNACIONAL	TIPOS
El joven que llegó adonde había llegado su padre el sultán	No corresponde a ninguna entrada de *The Types of International Folktales*, pero su argumento tiene ciertas similitudes con el del tipo ATU 517: *El muchacho que aprendió muchas cosas*	
Los dos caminantes y los cuatro enigmas	*La campesina lista al final del viaje*	ATU 875D
La astucia de las mujeres vale dos y la astucia del hombre vale una	No corresponde a ningún tipo cuentístico que haya sido catalogado hasta ahora	
El sultán que aprendió un oficio para poder casarse	*El fabricante de cestas*	ATU 888A*
La joven huérfana y la serpiente que le dio su oro	*El novio animal*	ATU 425A
El padrastro judío, el huérfano ahorrador y su esposa ahorradora	*La prueba de la novia*	ATU 1452
La princesa que dijo no al pretendiente que había tomado un grano de granada del suelo	*La muchacha altiva*	ATU 940
La joven que dio una lección a su marido avaro	*El avaro come de noche*	ATU 1562C*
El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó	*La muñeca de azúcar*	ATU 879
El joven que había sido prometido a una vieja mala y eludió su destino	*El hada de la represa del molino*	ATU 316 / El-Shamy 317B§
Las siete promesas de Aicha la poderosa	*El robo del perro, caballo, sábana o anillo*	ATU 1525 / 1525A / 1525H*
El santo Sidi Ben Arus y su ofensor muerto por una víbora	*El embustero descubre adulterio: la comida va al esposo, no al amante*	ATU 1358C
La cucarachita y el ratoncito	*La hormiguita encuentra un centavo, con él compra ropa nueva y se sienta a la puerta*	ATU 2023

Como anuncié, en la segunda parte del epílogo —que es, precisamente, la que da comienzo en este punto—, he decidido presentar un breve estudio del cuento de *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó*. Dado que se trata de un relato muy extenso, antes de acometer ese análisis comparativo, conviene recordar sus pasajes más significativos. Leamos, pues, un resumen de la trama:

> Un sultán se enamora perdidamente de una muchacha a la cual suele espiar desde el balcón de su palacio. Sin embargo, en lugar de pensar en la manera de acercarse a ella para entablar una conversación galante, el sultán se queda sumido en una profunda depresión, porque desconoce la identidad de la joven. Y se le ocurre entonces que el mejor consuelo para sus penas es distraerse con los cuentos que narran las viejas.
>
> Un día, una de las ancianas que suele contarle los cuentos se acerca a él y se ofrece a arreglarle un encuentro con su enamorada. Él acepta el ofrecimiento, la acompaña hasta el balcón y desde allí le indica quién es la muchacha de la que se ha quedado prendado.
>
> Luego la vieja se dirige a casa de la joven, cuyo nombre es Aicha, y llama a la puerta haciéndose pasar por su tía. La muchacha, que es muy astuta, se percata enseguida de que se trata de un engaño y le dice a su madre que esa anciana visitante no es de fiar. Pero la madre hace caso omiso a la advertencia de su hija y deja entrar a la alcahueta.

En poco tiempo la forastera se gana la confianza de la madre y logra convencerla de que envíe a Aicha al *hamam*. Después regresa a palacio, informa al sultán del día en que su amada tiene previsto ir a los baños públicos, y le sugiere que vaya a encontrarse con ella. Cuando llega ese día, la vieja acompaña a la muchacha hasta el *hamam*, pero, una vez allí, el plan no se desarrolla según lo previsto: la joven comprende que le han preparado una encerrona y logra escabullirse mediante una argucia.

El sultán vuelve a deprimirse, y un día decide recurrir a un despiadado y absurdo plan para averiguar dónde vive su enamorada. Su estrategia consiste en instalarse junto a la puerta de la muralla, preguntar por el paradero de la joven a todos los que pasen por ahí, y decapitarlos, en caso de que no sepan darle una respuesta satisfactoria.

Pero entonces Aicha se entera de que el sultán está matando a decenas de inocentes, y decide ir a su encuentro para detenerlo: se disfraza de hombre, monta en un caballo y acude a la puerta de la muralla. Cuando el monarca le pregunta si conoce a la mujer que desea, ella le hace ver que lo que está haciendo es injusto y cruel.

En ese momento el sultán recupera la cordura y envía a su visir a casa de Aicha para que pida su mano como es debido. Ella acepta, pero, como no confía en que su prometido vaya a comportarse con serenidad en el día de la boda, vuelve a urdir un plan para asegurarse de que no le hará daño: acude a un artesano y le encarga una muñeca que sea lo más parecida posible a

ella. Una vez que la muñeca está terminada, Aicha pide a su tía que lo vista con su ropa y que la coloque en su habitación.

La noche de la boda, la novia se oculta bajo la cama. Cuando el sultán entra en la alcoba, confunde al maniquí con su esposa y comienza a recriminarle que se lo haya hecho pasar tan mal antes de aceptar casarse con él. En un arrebato de furia, desenvaina su espada y le asesta un tajo mortal a la muñeca. Luego se arrepiente y rompe a llorar amargamente.

En ese momento, Aicha sale de su escondite y le dice que, de haber pedido su mano como era debido, ella habría aceptado casarse con él a la primera. A continuación, agrega que, en vista de que ha comprobado que se arrepiente y que ha aprendido la lección, se quedará con él para siempre.

Como indiqué en la tabla de correspondencias, este relato tunecino constituye una versión del tipo ATU 879 (*La muñeca de azúcar*), el cual se encuentra muy extendido por buena parte de Europa, del norte de África y de Asia. Sin embargo, la versión que narró Lela Ula presenta varias divergencias significativas respecto de los paralelos registrados en otras regiones: de hecho, esa narración es muy diferente, incluso, de los paralelos documentados en otras partes del Magreb.

Por lo general, la mayoría de las versiones internacionales narra cómo el hijo de un rey se queda prendado de una vendedora que todos los días sale al balcón

de su casa para regar una planta. En cierta ocasión el príncipe se acerca a la muchacha y, con la intención de ridiculizarla o de coquetear con ella, le pregunta cuántas hojas tiene su planta. Pero la joven, en lugar de responderle, le formula otra pregunta todavía más excéntrica; y el príncipe, que no se esperaba una réplica semejante, siente que ha quedado en ridículo y se retira humillado a su palacio.

Al día siguiente, él se disfraza de comerciante, se aproxima al puesto de la vendedora y le ofrece mucho dinero por uno de sus productos, a cambio de que ella le dé un beso. La muchacha acepta el trato, le da el beso y le vende el producto a un precio muy elevado.

Al cabo de unos días es ella quien, disfrazada de mercader, acude a ver al hijo del rey para mostrarle un collar muy valioso. El príncipe —que no sospecha que ese vendedor es, en realidad, la muchacha del balcón— se interesa por el precio de la joya, y el presunto comerciante le responde que no tiene inconveniente en regalárselo, a condición de que él le dé un beso a su burro debajo del rabo. Sin más, el príncipe se acerca al jumento, le levanta el rabo y le propina un beso justo en mitad de las nalgas. En ese instante, ella se retira el disfraz de mercader y le confiesa que está dispuesta a casarse con él.

El día de la boda, la novia presiente que corre peligro por haberse burlado del

príncipe. Y, para evitar que el novio se vengue de ella, urde el mismo plan que en la versión tunecina: primero, confecciona una muñeca de azúcar, le coloca su propio vestido y la deja sentada en la cama; después, se esconde en la habitación y espera pacientemente a que llegue el novio. Cuando este entra en la alcoba, confunde al maniquí con la novia, y comienza a recriminarle que lo haya dejado en ridículo en dos ocasiones. Al no obtener respuesta alguna, pierde los estribos, desenvaina la espada y le asesta un tajo a la muñeca, de manera que la cabeza de esta sale volando por los aires y unos pedazos de azúcar van a parar a la boca del novio.

En cuanto siente el dulzor, el príncipe recuerda lo honesta que era su amada, y se echa a llorar. Al verlo en ese estado, la novia sale de su escondite y le confiesa que, si hubiese sido más cortés, ella no habría dudado en casarse con él desde el principio.

Las versiones de *La muñeca de azúcar* que han sido registradas en la península ibérica y en Iberoamérica suelen tener unos tintes chuscos y obscenos que no encontraremos ni en el paralelo de Lela Ula ni en otras versiones de Europa ni del Mediterráneo. Ese tono jocoso impregna, por ejemplo, la versión que reproduzco bajo estas líneas, que fue recogida por Aurelio Macedonio Espinosa en la ciudad de Granada:

Este era un hombre que tenía *tre* hija y la *tre* eran *mu* guapa y *mu honestita*, y casi nunca salían de su casa. Y en una ocasión *er* padre se marchó por *uno* día a otro pueblo y les encargó que no *l'*abrieran la puerta a nadie.

Y en uno de los *balcone* de su casa tenían un macetero que tenían que *salí* a *regá too* los *día*. Y cuando *er* padre no *staba* en casa salió *er* primer día la mayor a *regá* la maceta. Y salió *er* rey que vivía en un palacio que *staba* cerca y pasó por *ai* y le dijo a la muchacha:

—Regadora que riegas la albahaca,
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella no contestó *na* y fue y les dijo a sus hermanas lo que le había dicho *er* rey. Y dice la menor, que se llamaba Mariquilla:

—¡Anda, tonta! Mañana *vi* a *subí* yo y verás lo que le digo.

Pero al otro día salió la segunda a *regá* la macera. Y pasó otra vez *er* rey y le dijo como a la otra:

—Regadora que riegas la albahaca,
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y tampoco le contestó y se fue y les contó a sus hermanas lo que le había dicho *er* rey. Y otra vez dice la menor:

—¡Anda, tonta! Mañana *vi* a subí yo y verás lo que le digo.

Y *ar* tercer día subió Mariquilla, la menor, a *regá* la albahaca y pasó *er* rey y le dijo:

—Regadora que riegas la albahaca,
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella le contestó:

—Tenedor de pluma y tintero,
¿cuántas estrellas tiene *er* cielo?

Y como *er* rey no pudo *contestá* a lo que Mariquilla le preguntó se fue *pa* su palacio *avergonzao*. Y otro día pasó *er* rey otra vez por la casa a *vé* si salía Mariquilla. Pero ya no salía. Salían las otras *do* a *regá* la albahaca. Y ya que *vido* que aquella no salía se vistió de limosnera *pa í* a *pedí* una limosna a la casa de las tres *hermana pa vé* si podía *vé* a Mariquilla.

Y llegó la viejecica limosnera pidiendo *posá* por la noche. Y salieron *la do mayore* y le dijeron a la viejecica que no podían *dale posá* porque *er* padre no *staba* en la casa. Y salió la menor y dice a sus *hermana*:

—Anda, tonta, que la *metemo* en la chimenea a la pobre y mañana se va.

Y ya la dejaron *entrá*. Y le dieron un *peazo e* pan y comió y después se fueron aquellas a *dormí* a sus *habitacione* y a la viejecica le *dijeon* que podía *dormí* allí cerca *e* la chimenea. Y cuando ya aquella *tre* estaban en su habitación sacó *er* rey tres *orejone* que *traiba* y empezó a *asalo*.

Y dice Mariquilla:

—¡*Josú*! ¿Qué estará asando la viejecica que *güele* tan bien? Yo vi a *vé* qué *sta* asando.

Y las otra le dijeron:

—No, que no vayas.

Y ella dijo:

—¿Qué me ha de *jacé* esa pobre viejecica?

—Que no, que nos regaña papá.

—Que no; que no nos regaña.

Y salió Mariquilla y le preguntó a la viejecica:

—*Agüela*, ¿qué *sta* asando *uté* que tan bien *güele*?

Y ella contestó:

—*Orejoncico*.

Y le dice *entonce* Mariquilla:

—Déme *uté unico*.

Y él le dice:

—Dame tú un besico.

Y dice ella:

—Pus déme *uté tre*.

Y él le dice:

—Dame *tre besico*.

Y le dio Mariquilla *tre besico* y la *agüela* le dio *tre orejoncico*.

Y entró Mariquilla y les dio a sus *hermana* dos *orejoncico* y el otro se lo comió ella y les contó a sus *hermana* que le había *dao* a la viejecica tres *beso* por ello.

—¡Uy, Dios mío! ¡Quién la besa a esa vieja! —dicen las hermanas.

—Es una pobre viejecica. ¿Qué *m'*ha de *jacé*? —contestó Mariquilla.

Y al otro día se fue la viejecica. Y cuando llegó *er* rey a su palacio ya *staba* tan *enamorao* de Mariquilla que no sabía qué *jacé*. Y pasó un día por la casa de *la* tres *hermana* y salió Mariquilla a *regá* la albahaca. Y le dijo *er* rey:

—Regadora que riegas la albahaca,
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella le contestó:

—Tenedor de pluma y tintero,
¿cuántas estrellas tiene *er* cielo?

Y *er* rey le dice *entonce*:

—*Tre orejone* te *comites*.
pero *tre besito* me *dites*.

Y con eso la pobre se metió a su casa *avergonzá* y *er* rey se fue *pa* su palacio tan *enamorao* de Mariquilla que cayó enfermo en la cama. Y ella fue *entonce* y publicó un bando diciendo que había *llegao* un *méico estranjero* y se vistió de *méico* y fue a *curá ar* rey. Y dijo que tenían que *dejala* sola en la habitación con *er* rey y que ella le curaría. Y llevaba un rábano *mu* largo que mandó que le cortaran de su *güerta*. Y cuando llegó *ar* palacio le *dijieon* que *subiea*. Y subió ande *staba* er rey y se encerró con él y le dijo:

—*Vamo*, diga *uté* la *verdá*. *Uté* lo que tiene es mal de *amore*. *Uté* está *enamorao* de *arguna* mocita.

Y *er* rey le dijo:

—Sí, *e verdá*. Estoy *enamorao* de una mocita que vive cerca de mi palacio.

Conque ella le dice *entonce*:

—*Pus* no hay *má* remedio que *echale* una lavativa.

Y cogió *er* rábano y se lo metió en *er* culo. Y *er* rey chillaba y chillaba. Y así lo dejó chillando y con *er* rábano *metío* en *er* culo y se marchó *pa* su casa. Y *er* rey gritaba:

—¡Ay, Dios mío! ¡Que me saquen eso, que ese tío *m'*ha *matao*!

Y llegaron los *criao der* rey le sacaron *er* rábano *der* culo.

Y ya al otro día salió *er* rey otra vez y pasó por la casa de Mariquilla y salió ella a *regá* la albahaca y le dijo como antes:

—Regadora que riegas la albahaca,
¿cuántas hojas tiene la mata?

Y ella le contestó:

—Tenedor de pluma y tintero,
¿cuántas estrellas tiene el cielo?

Y a eso le contesta él:

—Tres *orejone* te *comites*.
Pero *tre besito* me *dites*.

Y entonces le dijo Mariquilla:

—Y el rábano que te metí *pol* culo,
¿te supo blando o te supo duro?

Conque otra vez tuvo *er* rey que marchase *pa* su palacio muy *avergonzao*. Pero como ya sabía que Mariquilla era quien se había *burlao* de él determinó vengase. *Pus* al otro día mandó *er* rey a *decí ar* padre de la *tre hija* que vinieran a *comé* ella y él *ar* palacio con él. Y el padre que sabía que su hija menor era *mu sardequilla* le dijo:

—¡Ay, Mariquilla, ¿qué le has hecho *ar* rey que nos ha *mandao* llamar?

Y ella dice:

—*Na*. Yo *na*.

Y *tamién* le mandó a *decí er* rey *ar* padre:

—De la *tre hija* que *uté* tiene me entrega mañana una viuda, la otra doncella y la otra *preñá*.

Conque se va *er* padre *mu* triste con sus *hija* y llega a su casa y se pone a *pensá* a *vé* como va a *jacé*. Y le dijo otra vez a Mariquilla:

—Mariquilla, ¿qué le has hecho *ar* rey?

Y ella contesta otra vez:

—*Na*. Yo *na*.

Y ya fue *er* padre y a la mayor la vistió de viuda, a la segunda le puso una barriga y Mariquilla se vistió de doncella. Y llegaron *ar* palacio y sale *er* rey a *recibilos* y les dice:

—*Güeno*, *pus* primero *vamo* a *comé*. Digan *utées* lo que quieren *comé*.

Y *la do mayore dijieron* que lo que estaba en la mesa, *na* más. Y Mariquilla dijo:

—Yo, no. Lo que está en la mesa no me gusta. Yo quiero *comé* nieve *asá*.

Y *lo cocinero* no podían *asala*. Si la ponían a la lumbre, se les apagaba la lumbre y, si la ponían en un cazo, se deshacía.

—Eso no *pué sé* —le dijeron *ar* rey.

—Vaya, Mariquita, pide otra cosa —le dijo *er* rey.

Y ella contestó:

—Eso es lo que como en mi casa.

Y *er* rey ya *mu enfadao* le dice otra vez:

—Vaya, *mujé*, pide otra cosa, que eso no *pué sé*.

Y ella le contesta también enfadada:

—Vaya, *pus* de *la tre hija* que tiene mi padre tampoco *pué* estar una *preñá*.

Y al *decí* eso le quitó la barriga a su hermana. Y entonces ya *er* rey pensando en *vengase* no dijo *na*. Y ya llamó *ar* padre y le dijo que se quería casar con Mariquilla. Y ella dijo *enseguía* que sí, que se casaba con *er* rey.

Güeno, *pus* se casaron, y por la noche dijo Mariquilla que ella se iba a *acostá* sola. Y fue y puso en la cama un muñeco de cartón

lleno de *licó* y *parecío* a ella y le puso una cuerda de la cabeza y se metió ella debajo e la cama. Y al poco tiempo entró *er* rey con un puñal *mu* grande, *mu* grande, *pa matala*. Y *vido er* muñeco en la cama y creyó que era Mariquilla y le dijo:

—¿Te acuerdas, Mariquilla, cuando *pa* burlarte de mí me *preguntates* cuántas estrellas tiene *er* cielo?

Y ella tiraba de la cuerda y la cabeza del muñeco decía que sí. Y entonces dice *er* rey:

—¿Te acuerdas, Mariquilla, cuando *pa* burlarte de mí te *disfrazates* como *méico* y me *metites* un rábano en *er* culo?

Y el muñeco decía que sí. Y *entonce* sacó *er* puñal y le dio una *puñalá* en *er* pecho. Y le *sartó er licó* a la boca y gritó:

—¡Ay, Mariquilla, *durce* tienes la muerte y *agria* la vida!

Y ella salió entonces de debajo e la cama y le dijo:

—Mierda *pa er* rey
que yo *stoy* viva.

Y se escapó por una puerta *farsa* y se fue *pa* su casa[48].

Al igual que en el paralelo tunecino, en esta versión granadina se incluye una escena en que uno de los personajes recurre a un disfraz con el propósito de hacerse pasar por

[48] Aurelio Macedonio Espinosa, *Cuentos populares españoles, recogidos de la tradición oral de España*, ed. de Luis Díaz Viana y Susana Asensio Llamas, Madrid: CSIC, 2009, pp. 97-100.

otra persona[49]. Ese motivo del disfraz se encuentra, por cierto, en buena parte de los testimonios europeos, norteafricanos y asiáticos de *La muñeca de azúcar*, de lo que se deduce que pudo hallarse integrado en la trama del relato desde tiempos muy remotos.

Lo encontramos, por ejemplo, en este paralelo que Italo Calvino recogió en la ciudad de Milán y que fue publicado en sus *Fiabe italiane*:

> Había una vez un boticario; era viudo y tenía una hija bella y atractiva que se llamaba Estrella Diana. Estrella Diana iba todos los días a casa de una costurera para aprender costura. En casa de la costurera había una terraza llena de macetas con flores y plantas, y todos los atardeceres Estrella Diana iba a regar un tiesto de mejorana por el que sentía predilección. Frente a la terraza había un balcón, y un joven señor asomado. Y el joven señor le dijo un día:
>
> —Estrella Diana, Estrella Diana,
> ¿cuántas hojas tiene tu mejorana?
>
> Y la muchacha le respondió:

[49] Entre los motivos relacionados con los disfraces, los más habituales en las versiones de *La muñeca de azúcar* son el K1810.1: *Disfraz con las ropas de cierta persona*, el K1817.4: *Disfraz como comerciante* y el K1815: *Disfraz de persona humilde*. Esa nomenclatura corresponde a la que utiliza el catálogo de Stith Thompson, *Motif-Index of Folk Literature. A Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jestbooks and Local Legends* (Bloomington, Indiana University-Rosenkilde & Bagger, 1955-1958).

—Oh muy noble caballero,
¿cuántas estrellas hay en el cielo?

Y él:

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.

Y ella:

—Mi mejorana no se debe mirar.

El señor se disfrazó entonces de vendedor de pescado y fue bajo la ventana de la costurera a vender pescado. La costurera mandó a Estrella Diana a comprar un pescado para freírlo a la hora de la cena. Ella bajó y le preguntó al vendedor cuánto costaba. Él le dijo el precio, pero era una cifra tan elevada que Estrella Diana le dijo que no lo quería. Entonces él le respondió:

—Si me da un beso, se lo doy gratis.

Estrella Diana le dio un beso fugaz y él le dio el pescado para la cena de la costurera.

Al atardecer, cuando Estrella Diana apareció entre los tiestos de la terraza, el señor le dijo desde el balcón:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿cuántas hojas tiene tu mejorana?

Y ella:

—Oh muy noble caballero,
¿cuántas estrellas hay en el cielo?

Y él:

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.

Y ella:

—Mi mejorana no se debe mirar.

Entonces le dijo el señor:

—Por un solo pescadito
me diste un lindo besito.

Estrella Diana comprendió la jugarreta y se retiró furiosa de la terraza; pensó en el acto una treta para replicarle. Se vistió de hombre y se ajustó al talle una fajita preciosa; salió a lomos de una mula y se paseó por la calle donde vivía el señor. El vio la fajita y dijo:

—¡Qué hermosa! ¿Me la vendería?

Ella puso voz de hombre y le dijo que no se la vendía a ningún precio. Él dijo que haría cualquier cosa con tal de poseer esa fajita.

—Entonces —dijo ella— déle un beso a la cola de mi mula y le daré la fajita.

Como al señor le gustaba mucho la fajita, miró alrededor para asegurarse de que nadie lo veía, le dio un beso a la cola de la mula, cogió la fajita y se fue.

Cuando se vieron, ella en la terraza y él en el balcón, se entabló el diálogo de costumbre:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿cuántas hojas tiene tu mejorana?

—Oh muy noble caballero,
¿cuántas estrellas hay en el cielo?

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.

—Por un solo pescadito
me diste un lindo besito.

—Por tener una fajita
Le besaste la cola a mi mulita.

El señor se sintió muy mal al escuchar esa réplica. Decidió ponerse de acuerdo con la costurera y le pidió permiso para ponerse debajo de la escalera. Cuando Estrella Diana subió los escalones, el joven, desde abajo, le tiró de la falda. La muchacha gritó:

—¡Costurera, costurera,
me tiran de la falda desde la escalera!

Y ese atardecer se entabló el siguiente diálogo de la terraza al balcón:

—Estrella Diana, Estrella Diana
¿cuántas hojas tiene tu mejorana?

—Oh muy noble caballero,
¿cuántas estrellas hay en el cielo?

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.

—Por un solo pescadito
me diste un lindo besito.

—Por tener una fajita

le besaste la cola a mi mulita.

—¡Costurera, costurera,
me tiran de la falda desde la escalera!

Esta vez fue Estrella Diana quien se sintió mal; y pensó: "¡Te daré una lección!". Dándole una propina al criado, logró entrar en la casa del joven y se le apareció con una sábana en la cabeza, una antorcha en la mano y un libro abierto. El joven, al ver ese fantasma, se puso a temblar y dijo:

—Yo soy joven, linda muertecita,
ve a casa de mi tía, que es una viejecita.

Estrella Diana apagó la antorcha y se fue. Al día siguiente, el dúo continuó:

—Estrella Diana, Estrella Diana,
¿cuántas hojas tiene tu mejorana?

—Oh muy noble caballero,
¿cuántas estrellas hay en el cielo?

—Las estrellas del cielo no se pueden contar.
—Mi mejorana no se debe mirar.

—Por un solo pescadito
me diste un lindo besito.

—Por tener una fajita
le besaste la cola a mi mulita.

—¡Costurera, costurera,
me tiran de la falda desde la escalera!

—Yo soy joven, linda muertecita,

ve a casa de mi tía, que es una viejecita.

Ante la nueva burla, el joven se dijo: "Esto ya es intolerable. Encontraré una nueva manera de cobrar venganza". Y dicho y hecho: fue a casa del boticario y le pidió la mano de Estrella Diana. El boticario quedó muy contento y en el acto redactaron el contrato. Se acercaba el día de la boda y Estrella Diana temía que su prometido aún albergara el propósito de vengarse de todas sus tretas. Se hizo una muñeca de engrudo de su mismo tamaño, semejante a ella en todo, y en lugar de corazón le puso una bolsita llena de natillas. Cuando se retiró a su cuarto después de la boda, puso la muñeca en la cama con su cofia y su camisón, y luego se escondió.

Entró el esposo:

—¡Ah, al fin solos! ¡Llegó el momento de vengarme de todas las humillaciones que me has infligido!

Desenvainó un puñal y atravesó el corazón de la muñeca. La bolsita estalló y las natillas salpicaron por todas partes, hasta en la boca del esposo.

—¡Ah, pobre de mí! ¡Qué dulce es la sangre de mi Estrella Diana! ¡Y yo que acabo de matarla! ¡Pero qué he hecho! ¡Ah, si pudiese hacerla revivir!

Entonces apareció Estrella Diana, vivita y coleando.

—¡Aquí estoy! ¡Yo soy tu Estrella Diana, y de ninguna manera estoy muerta! El esposo, feliz y contento, la abrazó, y felices y contentos vivieron a partir de entonces[50].

[50] Italo Calvino, *Cuentos populares italianos*, trad. de

No cabe duda de que este relato italiano y la versión granadina que conocimos más arriba pertenecen a la misma subcategoría de *La muñeca de azúcar*. Esa rama europea del tipo ATU 879 presenta, además, grandes divergencias respecto del testimonio de Lela Ula, por lo que es más que presumible que la narración magrebí se adscriba a otra rama distinta.

Que en Europa y en Túnez hayan cundido dos variantes diferentes del cuento no tiene de por sí nada de insólito; lo que sí resulta llamativo es que otros testimonios que han sido documentados en el noroeste de África sean tan distintos del paralelo que narró Lela Ula. Y, para apreciar en detalle esas divergencias, nada mejor que cotejar la versión tunecina con esta otra, que fue documentada en cierto lugar no precisado de Marruecos:

> Había una vez hace mucho, mucho tiempo un sultán que era muy respetado por todo el mundo. Dios le había regalado tres hijas, pero no había conseguido traer ningún hijo a este mundo. La hija más joven era la más hermosa y la favorita de su padre. Él le concedía todos sus deseos.
>
> Como es natural, la preferencia del padre por la menor empezó a suscitar la envidia de las hermanas, de manera que comenzaron a hacerle la vida más difícil. Para vivir en paz, le pidió a su padre que le

---

Carlos Gardini, Madrid: Siruela, vol. 1, 1990, núm. 21.

construyera un palacio y que le regalara unos sirvientes. Una vez que su deseo fue cumplido, se encerró allí y comenzó a vivir como una ermitaña. Incluso, llegó a prohibir que la gente se aproximara al palacio.

En un terreno vecino, vivía el hijo de otro sultán poderoso, que se enteró de lo que le había ocurrido a aquella hermosa muchacha que vivía aislada. Entonces se le ocurrió enviarle un mensaje en el cual le pedía que se casara con él. Y, como ella no le hizo ningún caso, el príncipe se coló en su palacio, llegó hasta ella y le entregó en mano aquel mensaje.

La muchacha aceptó, pero puso muchas condiciones imposibles. De cada cosa que ella le pidiera, él tendría que regalarle cien. El príncipe aceptó y se las apañó para cumplir todas las exigencias de la muchacha. Pero aun así ella seguía insatisfecha, y le había prohibido que se acercara a su palacio en público. Así que, para poder visitarla, no le quedó más remedio que excavar un túnel por debajo del palacio hasta su alcoba. Y aquella era la única manera en que pudo visitar a su amada, y, por si fuera poco, ella solo le permitió que lo hiciera durante las horas de la comida.

El hijo del sultán hizo todo aquello porque estaba enamorado. Poco a poco empezaron a verse con más frecuencia. A pesar de que tomaron muchas precauciones para verse en secreto, las hermanas terminaron enterándose de que la pequeña tenía una relación amorosa y empezaron fisgonear para enterarse de cómo era el pretendiente. Un día le pidieron a su padre que le enviara un mensaje a su hermana,

diciéndole que la echaban de menos y que querían volver a verla.

En cuanto la princesa leyó la nota, se le encogió el corazón y pensó que la envidia de sus hermanas era ya agua pasada. Así que las invitó a su palacio.

Entonces, las hermanas urdieron un plan y fueron a visitarla. Primero, le propusieron a su hermana que se encontraran en el *hammam*, que es el baño público, y, una vez allí, fingieron que se les había olvidado algo. Así que la dejaron con los sirvientes, y ellas corrieron a la habitación a echar un vistazo al joven. Y, una vez allí, descubrieron el túnel de vidrio que había construido el pretendiente de su hermana.

Después vieron al hijo del sultán en el interior del túnel y empezaron a lanzarle piedras, hasta que un pedazo pequeño de vidrio fue a parar a uno de los ojos, causándole una herida muy seria. Él pensó enseguida que había sido su amada quien le había lanzado las piedras. Se enfadó mucho y regresó dolorido a su palacio.

Su amada regresó a su alcoba, pensando que su visitante habría llegado ya y que estaría esperándola. Pero no estaba allí. Se quedó mucho tiempo esperándolo, y, como no aparecía, empezó a sospechar que le había sucedido algo malo. Así que se metió en el túnel para ver si había dejado algún mensaje y lo que encontró fueron unos pedazos de vidrio roto y unas gotitas de sangre. Se quedó pensativa un momento, y enseguida comprendió que aquello había sido obra de sus hermanas, que la habían dejado sola en el baño para conspirar contra ella. Fue entonces cuando entendió de una

vez por todas que ni el tiempo ni la distancia podían curar los celos.

La joven abandonó el palacio y, nada más salir, encontró una vieja que solía mendigar en la esquina. La invitó a su casa, se quedó hablando con ella en una habitación privada y la convenció de que intercambiaran los vestidos que llevaban. Y, así, ataviada con aquellos harapos, abandonó el palacio y se marchó a buscar a su esposo.

Estuvo caminando durante un día entero. Recorrió varias millas y, al caer la noche, se quedó dormida bajo un árbol. Al rato, dos palomas llegaron a ese mismo árbol buscando refugio y fueron a posarse en la rama que estaba justo sobre su cabeza. Luego comenzaron a hablar sobre los dos enamorados: que si las hermanas habían conseguido separarlos, que si el joven corría un gran peligro, que si iba a perder la vista para siempre... Las palomas dijeron que la herida del muchacho únicamente podría curarse con las cenizas de sus propias plumas. Luego, cuando se quedaron dormidas, ella trepó por el árbol, las atrapó y comenzó a quitarles las plumas. Después las quemó y recogió las cenizas en un pedazo de tela.

A la mañana siguiente continuó caminando, hasta que por fin llegó al palacio de su enamorado. Los guardias la tomaron por una mendiga y no la dejaron pasar. Pero ella insistió en que quería ver al sultán, alegando que tenía que entregarle un mensaje. Cuando les dijo que conocía la cura para su herida, los guardias enviaron un mensajero a decirle al sultán que había

llegado una anciana que decía conocer un tratamiento para su hijo.

Él la recibió. Y, una vez en presencia del sultán, la joven comenzó a limpiar los ojos de su hijo con agua caliente. Después colocó una pizca de ceniza en sus ojos y le pidió que los dejara cerrados durante una hora.

El sultán le ofreció una recompensa por haber curado a su hijo, pero ella la declinó, pues decía que aquello había sido obra de Dios. A continuación, regresó a toda prisa a su palacio, le dio las gracias a la anciana por haberle prestado la ropa y le dio mucho oro y plata.

Una vez que la mendiga se hubo marchado, la joven ordenó a su cocinero que preparara un pastel que tuviera su forma. Cuando el cocinero terminó la réplica, ella la colocó en su propia cama y la cubrió con una manta limpia y blanca, dejando únicamente al descubierto el rostro.

El hijo del sultán abrió los ojos al cabo de dos horas. Ya no le dolían, y había recobrado completamente la vista. Se puso muy contento, y pidió que le dejaran ver a la anciana que lo había curado. Pero le dijeron que ya se había marchado.

Entonces el príncipe agarró su espada, montó sobre su caballo y partió en busca de la muchacha. Estaba convencido de que lo había traicionado y quería vengarse de ella. Llegó al palacio, se metió en el túnel y se coló en la alcoba de la joven. Y. cuando la vio allí, sentada en su cama y sonriendo, como si nada, pensó "¡cuánta crueldad se puede esconder bajo esa belleza!". Después desenvainó su espada, y le cortó la cabeza.

> Un pedazo de azúcar de la muñeca saltó por los aires y fue a parar a su boca. Entonces se dio cuenta de que la muchacha había vuelto a engañarlo. Echó un vistazo alrededor, pero no vio a nadie, y las puertas estaban cerradas. Se acercó para retirar la ropa de la figura, pero, de repente, alguien saltó sobre su cuello y comenzó a besarlo. Era su enamorada.
>
> Entonces le contó que habían sido sus hermanas las que le habían tirado piedras y le contó cómo había encontrado la cura para sanar sus heridas. Cuando él se enteró de la verdad, rompió a llorar. La abrazó y, desde aquel día, los dos enamorados vivieron juntos y felices para siempre[51].

Aunque el argumento de esta versión es muy distinto del argumento de la tunecina, en los dos testimonios norteafricanos subyace un sustrato ideológico muy similar. A diferencia de los paralelos europeos del cuento —en los cuales predomina el tono chusco y a veces, incluso, soez— en el marroquí y en el tunecino aflora una tensión entre dos temperamentos antagónicos: uno, que es censurable y que está personificado en las figuras masculinas; y el otro, que es honesto, comedido y clemente, y que está representado por las figuras femeninas.

La oposición entre esas dos conductas diametralmente opuestas queda patente a lo largo de casi toda la trama, pero se deja ver

[51] Traduzco la versión publicada por Jilali El Koudia en *Moroccan Folktales*, Syracuse: Syracuse University, 2003, núm. 8.

de manera muy nítida a partir de determinadas peripecias de las dos narraciones: en la marroquí, ese punto de inflexión corresponde a la escena en que el príncipe se retira a su palacio, enfurecido con su enamorada, tras haber quedado gravemente herido en el ojo; y, en el tunecino, al pasaje en el cual el sultán pierde la razón y acude a las murallas para decapitar a cuantos desconocen el paradero de Aicha. En esos instantes críticos, la heroína acapara todo el protagonismo y termina resolviendo el conflicto con gran habilidad: primero, se disfraza —ya sea de médico o de anciana— y a continuación acude al encuentro del antihéroe; bien para sanarlo mediante un ungüento mágico, o bien para reconducirlo hacia una conducta moral aceptable.

Puede decirse, en definitiva, que las protagonistas magrebíes, contrariamente a sus homólogas europeas, no se enzarzan en una divertida disputa dialéctica con sus pretendientes. A lo que se dedican es, más bien, a hacer entrar en razón a los personajes masculinos o a sacarlos de una situación comprometida.

En este punto, cabe señalar que la arquitectura narrativa de *El sultán loco de amor y la amada astuta que lo sanó* resulta muy similar a la que subyace en la trama de *La Celestina*. En ambos casos, se relata cómo un individuo de una clase social acomodada (Calisto / el sultán tunecino) tiene un encuentro fortuito con una joven, y al instante se queda

prendado de ella de manera enfermiza. Ese loco de amor trata de acercarse a la muchacha, pero no sabe cómo hacerlo, o bien no lo hace con delicadeza y acaba fracasando estrepitosamente.

Es entonces cuando entra en escena una anciana alcahueta, que se ofrece a mediar entre él y su enamorada. Para ello, la vieja se hace pasar por otra persona (por un familiar cercano en el cuento magrebí, o por una vendedora, en la obra atribuida a Fernando de Rojas) para infiltrarse en la morada familiar de la joven y acercarse a ella. Y resulta llamativo, por otra parte, que los antihéroes de estos enredos —por no querer o por no saber controlar sus impulsos— se vean abocados a unos desenlaces trágicos; aunque, en el caso de la narración norteafricana, la astuta muchacha se las ingenia para que el novio descargue su frustración sobre la muñeca de azúcar y no sobre ella.

Esas analogías con respecto a *La Celestina* no resultan tan claras en otras versiones pluriculturales de *La muñeca de azúcar*. Lamentablemente, nunca estaremos en disposición de averiguar si ese extenso episodio protagonizado por la anciana alcahueta fue fruto del ingenio creador de Lela Ula, o si la versión que ella había escuchado llevaba ya integrado ese pasaje celestinesco. Sea como fuere, lo que sí parece claro es, a mi entender, que la contadora de Sfax consiguió tensar magistralmente la

oposición entre el modelo moral deseable, que encarna aquí la heroína femenina, y el modelo moral censurable, que personifica el antihéroe masculino.

Gracias a José Luis Garrosa,
por su minuciosa revisión
de estas páginas

Mitáforas

1
José Manuel Pedrosa
Heródoto y la soprano que cruzó el mar
con el hombro tatuado
(2016)

2
José Manuel Pedrosa
Dante y Boccaccio entre brujas y caníbales:
el cuento de El corazón devorado
en África y Europa
(2016)

3
Alberto del Campo Tejedor
Elogio de la locura sevillana.
Necios, inocentes y bufones
en la ciudad de la Gracia
(2017)

4
Óscar Abenójar
Primer tesoro de cuentos
del Atlas telliano
(2017)

5
Óscar Abenójar
Segundo tesoro de cuentos
del Atlas telliano
(2017)

6
Juan José Prat Ferrer
Y la diosa cantó:
anotaciones sobre el pensamiento mítico
(2017)

7
Óscar Abenójar
Tras las huellas de Don Juan
por el norte de África
y por la Grecia clásica
(2018)

8
Agustín Clemente Pliego
Cancionero popular
de Castellar de Santiago
(2018)

9
Xaverio Ballester
Gemelos, ciclôpes y chamanes:
tres exêgesis míticas
(2018)

10
Mohamed Abdelkefi
En busca del pájaro esmeralda
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula
(2018)

11
José Manuel Pedrosa
El convite en el palacio de Eros:
metáfora, ironía, fórmula y posesión
(2018)

12
Agustín Clemente Pliego
Tesoros encontrados en Castellar de Santiago y
aledaños: de la leyenda a la realidad
(2018)

13
Alberto del Campo Tejedor
El Rito y la Risa.
Ensayos sobre la burla en la religión cristiana
(2020)

14
Mariana Romero-Nieva
Aquel agujero.
Mis años entre una enredadera
(2021)

15
Francisco Molina Moreno
Scriabin, por el misterio hacia el éxtasis
(2021)

16
Mohamed Abdelkefi
La montaña de abanicos
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula
(2021)

17
Mohamed Abdelkefi
La astucia de la mujer vale dos
y la astucia del hombre vale una
y otros cuentos tunecinos de Lela Ula
(2022)

MITÁFORAS EDITORIAL

DIRECTORES
Óscar Abenójar · José Luis Garrosa ·
José Manuel Pedrosa

CONSEJO EDITORIAL
José Luis Agúndez · Sergio Callau · Alberto del Campo Tejedor · Eva Belén Carro Carbajal · Alexandra Chereches · Xochilquetzali Cruz Martínez · Desirée López Bernal · Josemi Lorenzo Arribas · David Mañero Lozano · Francisco Molina Moreno · Laura Puerto Moro

CONSEJO ASESOR
Martín Almagro Gorbea · Conrado J. Arranz · Xaverio Ballester · Luis Beltrán Almería · Pedro M. Cátedra · Santiago Cortés · Margit Frenk · Berenice Granados · Gustav Henningsen · Carolina Ibor Monesma · María Jesús Lacarra · María Antonia Martín Zorraquino· Mariana Masera · Gabriel Medrano de Luna · Pedro R. Moya Maleno · José Manuel de Prada Samper · Juan José Prat · Salvador Rebés · Joaquín Rubio Tovar · Marina Sanfilippo · Jesús Suárez López · María Tausiet · Daniela Zizi